



Marcelino Menéndez y Pelayo

Odas, epístolas y tragedias

Índice

Introducción
Primera parte
 Odas y epístolas
 Soneto-dedicatoria
 Carta a mis amigos de Santander
 Con motivo de haberme regalado la bibliotheca graeca de Fermín
 Didot
 La galerna del sábado de gloria
 A Lidia
 Remember
 Soneto
 Sus ojos
 Canción
 Elegía
 En la muerte de un amigo
 Diffugere nives...
 A Aglaya
 Nueva primavera
 A.....
 Himno a Dionysos

En el álbum de la Duquesa de Villahermosa
El Oaristys
 Idilio de Teócrito, traducido del griego
Himno de la Creación para la mañana del día del gran ayuno
 Poema de Judah Levi, poeta hebraico-hispano del siglo XII
Palinodia de Leopardi
El pájaro de Aglaya
Segunda parte
 Tragedias
 Los siete sobre Tebas
 Prometeo encadenado
Apéndice
 Poesías inéditas o no coleccionadas en las ediciones anteriores
 A la memoria del malogrado poeta dramático Don Luis Eguílaz
 Soneto
 Traducido de M. M. Barbosa de Bocage, poeta Portugués
 Soneto
 Traducción de uno portugués de Leonor de Almeida, marquesa de
 Alorna
 A La fortuna
 Oda de M. M. Barbosa de Bocage. Traducida del portugués
 Epigrama de Luciano
 Traducción de uno inserto en la «Antología griega»
 Séneca
 Fragmento dramático
 Acto I
 A la muerte de Judas
 Cuatro sonetos traducidos de Vincenzo Monti
 De morte reginae planctus
 En el abanico de la mujer de Pereda
 Fragmento de una oda
 Epístola al príncipe de los poetas
 Traducción de una poesía latina del canónigo de León, Busto, a
 Zorrilla

Índice alfabético
¡Al fin llegaron... desde el turbio Sena
Almas afines hay; bésalas Jove
¿A quién, Señor, compararé tu alteza
Arroja el precio vil; desesperado
A ti, de ingenio y luz raudal hirviente
Brote del labio lo que el pecho siente
Cien veces los miré, mas nunca supe
Cierto médico afamado
Con larga mano te otorgó, señora
Erré, cándido Gino, largo tiempo
Frenética ambición devora a César
¿Leíste alguna vez allá en el Tasso

Nunca manché con vil lisonja el plectro
¡Ojalá cada sol que te amanezca
Plangit Hesperia dominam Reginam
Por el perfume de azahar difuso
¿Por qué dicen, señora
Pueblos y villas y sagrados templos
Puso Dios en mis cántabras montañas
¿Quién pudiera atajar, dulce señora
¡Salve, alegre, genial Primavera
¡Salve, titán de la cerúlea frente
Si dura ley, señora
Siempre la tierra odié seca y desnuda
¡Ved!... ya la vida universal fermenta
Volaste, alma inocente, alma querida
Vuelve a mis manos, olvidada lira

Introducción

Sr. D. Mariano Catalina.

Mi querido amigo y compañero: Vergüenza me da de esta pereza o de esta seca esterilidad de la mente, que ha tiempo me aflige, y no me deja cumplir multitud de compromisos que tengo contraídos. Es uno de ellos el de escribir un largo Prólogo para las Poesías de nuestro amigo Menéndez y Pelayo, de las cuales hace usted elegantísima edición ahora.

En mi sentir, las Poesías susodichas no han menester de Prólogo, ni largo ni corto, escrito por nadie, y mucho menos escrito por mí, que he de ser tildado y recusado por muy parcial del poeta; pero el poeta se empeña en que yo escriba el Prólogo, y hasta en que el Prólogo sea largo; yo le he dicho que le complaceré; y ya, salga bien o mal, voy a cumplir la promesa y a escribir el Prólogo ofrecido, incluyéndole en esta carta, que dirijo a usted, con quien tengo más confianza que con el público, y a quien podré declarar ciertas opiniones mías con mayor desenfado y sin rodeos.

Todavía, a pesar de mis años, soy yo cándido para bastantes cosas; pero no lo soy, ni lo he sido nunca, en lo que a la vanidad se refiere. No me lisonjeo, pues, de que, en virtud de mi elocuencia crítica, he de convertir en admirador de Menéndez y Pelayo, como poeta, a uno solo de los que como tal le niegan o le denigran; pero quizás atine a exponer, con toda claridad, las razones que tienen sus parciales para encomiarle, y a discurrir sobre la poesía lírica en general, con ocasión de las de nuestro amigo, afirmando teorías, que me parece conveniente sostener y divulgar, y que pudieran llevar el convencimiento al ánimo de personas de recto juicio, que hasta hoy piensan de modo contrario, por carencia de reflexión sobre ciertos puntos.

El crédito que una persona adquiere de hábil en cualquiera oficio, suele estorbar, y a veces hace imposible que la celebren o aplaudan por otra habilidad, aptitud o merecimiento. El linaje humano es harto económico de alabanzas. Concedemos, por ejemplo, que alguien es buen mozo, y al instante nos sentimos inclinados a poner un pero o varios peros, a

fin de atenuar la concesión. Es buen mozo, decimos; pero es presumido, es soso, es muy sin gracia. Tal general es bizarro; pero sino le cabe en la cabeza un escuadrón de caballería, ¿qué quiere usted que haga?... Doña Luisa es lindísima y elegante; ¡pero es tan remilgada, tan fastidiosa, tan incapaz de sacramentos!... Pedro tira bien a la pistola y al florete, monta a caballo como pocos, y valsa a las mil maravillas; pero ¡si rebuzna en vez de hablar!... Diego habla elocuentísimamente en público; pero es calamitoso cuando escribe. Juan es un primor escribiendo; pero no se le puede aguantar hablando. Francisco sabe mucho de poesía: compone versos preciosos; pero ¿cómo quiere usted que cumpla con su obligación en la oficina? ¿Qué ha de entender de Hacienda un poeta?

Quien discurre de esta suerte logra limitar las facultades de todos, a fin de que nadie sobresalga demasiado y en varias cosas a la vez. Y luego, pasando de lo particular a lo general, solemos poner incompatibilidad absoluta, salvo por milagro o excepción rarísima, entre ciertas prendas y virtudes de entendimiento y de carácter, dando por evidente que se excluyen unas a otras en el mismo sujeto. Así, por ejemplo, todo el que es diestro en la prosa de la vida y conoce la aguja de marear, como vulgarmente se dice, se supone que jamás se levanta, ni con la imaginación ni con el sentimiento, medio palmo sobre la superficie de la tierra. En el que sueña con poesías e idealismos hallamos la más deplorable incapacidad para la vida práctica. En el poeta vemos desorden, poca o ninguna disposición para estudios eruditos, y carencia de crítica, a fin de que su obra sea el resultado portentoso de un instinto ciego y semidivino. Y en el crítico estudioso y dotado de erudición, propendemos a dar por evidente, o bien que su alma carece de alas, o bien que, con el peso de los librotos que ha estudiado, las alas pierden su brío y ligereza, y jamás llegan a alzar el vuelo a las regiones donde está la inspiración original, el numen o la musa, como se decía en otro tiempo. El erudito tiene memoria, y la memoria ahoga en él la fantasía y la suplanta; recuerda, y no crea; imita, y no inventa; repite los sentimientos e ideas de los extraños, y no siente ni piensa por sí. Hasta en la forma nada pone de su cosecha, y no emplea expresión que no haya sido empleada por algún autor de los que lee, estudia y admira.

De tal manera, no es dable que nadie llegue a ser buen poeta, y, sobre todo, poeta popular. Aun suponiendo que el tal tiene talento, abrumado este talento por la lectura, carecerá de la plena conciencia de la vida actual y real; lo verá todo de reflejo en los libros y no en el universo y en la sociedad humana; será anacrónico, pensando tal vez como en el siglo XV se pensaba, y será exótico, no retratando ni reproduciendo lo que hay en su siglo y en su patria cuando él escribe, ni columbrando tampoco y vaticinando, con vista y aliento fatídicos, algo de lo futuro. Si la urraca, que remeda lo que oye, y toma de acá y de acullá retazos y desechadas antiguallas, no tiende el vuelo ni clava la vista como el águila de Júpiter, tampoco el pobre humanista, que sueña con ser vate, dice con razón:

Longius et volvens fatorum arcana movebo,
ni pasa de repetir lo que se sentía, imaginaba o pensaba, hace veinte o treinta siglos, en Roma, por ejemplo, o en Alejandría, o en Atenas.

Para entender a este poeta erudito, todo lector medianamente profano

necesitará, por lo menos, del auxilio del Bouillet. La dama de sus pensamientos, a quien él dirija declaraciones, ternezas o piropos en sus coplas, se quedará a oscuras leyéndolas, como si en griego estuviesen escritas, o bien tendrá que seguir un curso de mitología, otro de antigüedades clásicas y otro de filosofía gentílica. Y el vulgo, por último, que ni tiene para comprar el Bouillet, ni sabe que existe, ni cuenta con solaz y reposo para meterse en la cabeza tanto enredo, oirá a nuestro poeta como quien oye llover, y no llegará a conmoverse, ni siquiera penetrará el sentido de lo que el poeta dice en alabanza de la religión o de la patria.

Todo esto tiene una parte de verdad, y todo esto y más se propala contra las poesías de nuestro amigo Menéndez y Pelayo. ¿Qué es lo que podemos y debemos contestar?

Sobre lo de poco inteligible y atiborrado de doctrina, la contestación es breve. Si por semejante falta o sobra hemos de condenar a Menéndez y Pelayo, condenémosle, que no irá en mala compañía a cumplir la condena. Con él irán Dante y Goethe, que saben cuanto había que saber en la edad en que vivieron, sin que lo guarden o escatimen al escribir versos, sino vertiéndolo en ellos con profusión, a fin de que cada lector alcance y entienda hasta donde lleguen sus entendederas y sus alcances. Además que el Quijote nos convida con la linda contestación que dio el cura a maese Nicolás el barbero, cuando éste dijo que no entendía cierto libro: «Ni aun fuera bien que vos le entendiérades». Lo cual, entre varias interpretaciones que puede recibir, significa que el que escribe no ha de estar obligado a ser rudo y vulgar, receloso siempre, y a menudo sin fundamento, de que es más rudo y más vulgar que él quien ha de leerle.

En lo demás, la defensa de las poesías de Menéndez y Pelayo es, a mi ver, facilísima. Lo que no puede ser es corta. Si la crítica con que son atacadas toma, sin duda, por blanco el valer personal del poeta, no reconociendo en él fantasía, sentimiento ni espontaneidad, más se funda en razones y conceptos generales sobre el arte soberano de crear la belleza por medio de la palabra rítmica, y contra estas razones y estos conceptos conviene protestar. De donde se sigue que la apología de este tomo de versos reclama e implica la refutación de no pocos errores literarios que acerca de la poesía lírica andan muy validos.

El antagonismo que ponen hoy los más de los críticos entre la poesía popular y la erudita no ha existido nunca. En cierto modo, no hay siquiera distinción entre ambas poesías. La popular es la erudita, que agrada o entusiasma al pueblo, haciéndose popular. Y la erudita, si, cuando no llega a ser popular, es tal vez porque no merece el aplauso y el entusiasmo de la muchedumbre, también puede ser porque el poeta vive en edad poco poética o porque el pueblo está extraviado por un pésimo gusto literario que le hace preferir lo malo a lo bueno. Hay, además, otra poesía, que podemos llamar vulgar, porque el vulgo, no sólo la sabe, sino que la compone; pero esta poesía no suele pasar de coplas en país alguno, y aun es probable que las mejores de estas coplas hayan sido compuestas por poetas eruditos, quienes adivinaron el gusto y obtuvieron el favor del vulgo. El prurito de lograr esto causa muchos extravíos. Ya, por afán de sencillez, se desdeña toda elegancia de lenguaje y se escribe con desaliño impropio hasta de la más desmayada prosa. Y ya, receloso el autor de no

ser entendido, suponiendo muy cortos alcances en el vulgo, no dice en sus versos sino enfáticas vulgaridades. Suele, por último, ocurrir que, a fin de dar el autor novedad a sus coplas, sin salir del tono y de los sentimientos que imagina él ingénitos en el pueblo, trae a sus cantares afectados y exóticos sentimientos, que jamás abrigó el alma de la nación para quien escribe, y que tal vez acaban por inficionarla y pervertirla. Así, por ejemplo, una empalagosa sensiblería tudesca, que nunca fue en lo antiguo española castiza, y que, o bien inmediatamente, o bien por medio de Francia, ha venido a adherirse a nuestra poesía pseudo-popular, como la filoxera o el oidium a la vid, apareciendo en seguidillas y coplas de fandango, las cuales hemos de suponer cantadas por jaques, flamencos y majas de lo más crudo. ¿Cómo no ha de disonar en tales bocas este hiperbóreo sentimentalismo? Hasta en Alemania se le niega el ser popular, y disuena y empalaga. Goethe pedía que se promulgara una ley que le desterrase de los versos durante treinta años, a ver si el sentimiento natural aparecía en lugar suyo. Y en otro agudo crítico alemán llegó el empalago a tal extremo, que estaba empeñado en perseguir y exterminar golondrinas y ruiseñores en todo el reino de las Musas. En efecto: hasta lo más bonito y simpático enfada a veces por lo repetido y mal traído a cuento. Aquí, por ejemplo, en esta tierra de Portugal, poseen una lengua rica y a propósito para la poesía lírica; pero andan también muy inficionados del sentimentalismo germánico. Usan palabras preciosas y significativas, que nos faltan en castellano, como luar, el relucir de la luna, y saudades, pasión melancólica nacida del deseo y de memorias amorosas de un bien perdido y soñado. Sin embargo, se prodigan ahora tanto las saudades y el luar, que se me antoja que convendría que ambos vocablos se prohibiesen durante medio siglo por lo menos.

La manía por la poesía popular trasciende hasta a los metros, aprobándose unos por populares y rechazándose otros por eruditos. No se ha de negar que el metro más popular en castellano es el de ocho sílabas; pero ¿proviene esto de afinidad misteriosa entre dicho metro, nuestros oídos, órganos de emitir la voz articulada e índole del idioma que hablamos, o de que los modelos, que en lo antiguo lograron popularizarse, están en versos de ocho sílabas? De todo hay, sin duda, si bien la explicación más natural es decir que el octosílabo y el empleo del asonante sirvieron para la poesía épico-popular, y de allí pasaron a las coplas en España. En Italia, al contrario, el pueblo aprendió y recitó, en un principio, tercetos de Dante y octavas reales del Ariosto y de otros épicos, y hasta los poetas franciscanos, en el albor del lenguaje y de la literatura, escribieron endecasílabos, de donde pasó el endecasílabo a la poesía popular, o, mejor dicho, vulgar. En la rica colección de cantares de Toscana, hecha por Tigri, apenas hay un verso que no sea endecasílabo. De lo cual, no obstante, no es lícito y sería cruel sacar la consecuencia de que debemos condenar a los italianos a perpetuo verso endecasílabo y condenarnos a nosotros al octosílabo perpetuo, so pena de no ser populares nunca.

Ni por el metro, ni por el atildamiento y ornato de estilo, conviene desechar como impopular la poesía, confundiendo lo popular con lo vulgar. Si la desecháramos, sería ineludible consecuencia el afirmar, v. gr., que la elegía de Gallego Al Dos de Mayo y la oda de Quintana Al levantamiento

de España contra los franceses, donde más alto y más claro suena la grande y heroica pasión patriótica que conmovió las entrañas de nuestra nación en 1808, y la hizo capaz de tantas hazañas gloriosas, no pueden ser populares, sino artificiosas y eruditas; y que la verdadera poesía popular de entonces es aquello de

Napoleón

Primero,
¡Ay, infeliz de ti,
Si a nuestro Rey Fernando
No vuelves a Madrid!

o aquello otro de

Con las bombas

que tiran
Los fanfarrones,
Se hacen las gaditanas
Tirabuzones,

donde, en efecto, ni hay alusiones mitológicas, ni lindezas de dicción, ni endecasílabos tampoco.

Muéstrase, por otro lado, abierta contradicción en el criterio más empleado en el día para juzgar y tasar el mérito de las composiciones poéticas.

Se pide sencillez, a fin de que la poesía sea inteligible para el vulgo, y se requiere a la vez que la poesía sea docente; esto es, que no tenga por fin primero y esencial la realización de la belleza, sino que se subordine a un propósito útil de difusión y propaganda. En el mismo amor a la sencillez de la forma hay contradicción a menudo. Nada más artificioso y alambicado que muchos versos de los que se ponen por modelo de lo popular. Calderón y Lope no se dirá que no fueron o que no son populares, y, no obstante, no pecan de sencillos. Dígase, pues, que no se censura en general el artificio, aunque raye en rebuscado, sino sólo determinado artificio.

Como quiera que sea, bueno es convenir en que en toda poesía debe haberle, y en que la forma es parte muy esencial de la poesía. De lo contrario, y para proceder con dialéctica, deberíamos negar como pueril y anacrónica toda poesía en nuestro siglo, y no aceptar sino la prosa. Muy discretos y notables escritores han discurrido ya de esta suerte. Citaremos en Francia a Courier y a Mérimée. Para ellos la poesía, allá en las primeras edades del mundo, entre los pueblos semi-bárbaros, tenía razón de ser, hasta como medio mnemotécnico, a fin de facilitar la tradición oral y poder retener en la memoria hechos y sentencias, merced al sonsonete del metro. En el día, cuando todo se conserva en bibliotecas y archivos y se divulga por medio de la estampa, es inútil y pueril dicho sonsonete.

Los que así piensan no van descaminados del todo. En algo tienen razón. Ni lo histórico, ni lo didáctico, cabe ya en verso. En vez de la epopeya, cumple mejor la historia; en vez de versos áureos y otras poesías gnómicas, manuales prosaicos de ciencias artes y oficios. Hasta para algún linaje de ficciones poéticas: como la novela, importa más la prosa que el verso, porque en la prosa cabe otro detenimiento analítico, otro examen

reflexivo propio de nuestra edad, y que en verso sería cansado. Pero como: al menos en la lírica, hay que aceptar los versos aún, me parece que, una vez los versos aceptados, que al fin son un artificio no hay razón para no aceptar otro lenguaje más primoroso, otro tono y otra dicción más peregrina, que los que suelen emplearse en la prosa que usamos de diario. O matemos del todo la poesía, o no la hagamos consistir, en lo tocante a la forma, tan sólo en la medida de igual número de sílabas y en terminaciones que se repiten.

Lejos de entender yo que la poesía ha muerto, creo, respecto a la lírica, que florece como nunca en nuestro siglo en las naciones más civilizadas de Europa. Y creo que florece, por el culto de la forma, en cuya virtud expresa el poeta, con mayor intensidad y brío, sus afectos e ideas, poniendo en sus versos lo mejor de su alma, la cual queda aprisionada por arte divino en la delicada red tejida por la palabra rítmica, desde donde se infunde en los espíritus aptos y perspicaces. Así se pone en verso lo que es inefable en prosa. Así lo inexplorado de la ciencia, la aspiración a lo desconocido, los ensueños que tal vez ha de realizar el porvenir, logran, al menos vagamente, manifestarse y pasar de unas almas a otras.

La poesía es imitación de la naturaleza; pero la imitación es medio y no fin. El fin es la creación de lo bello. Todo propósito útil de enseñanza, de moralización, etc., está por bajo o es extraño al arte. Nada más absurdo que la teoría estética que trata de establecer Zola en su libro crítico titulado *La novela experimental*. ¿Cuánto mejor no sería, para el progreso de las ciencias morales y políticas, la reunión de datos estadísticos y el estudio serio y analítico de vicios sociales, que no una novela o un cuento, mejor o peor escrito? Si las novelas de Zola no son detestables y aburridas, es porque los preceptos del autor van por un lado, y su pluma cuando es novelista y no crítico, va por otro. Aunque yo, lo confieso, no he leído más que una novela de Zola, *Nana*; *Nana* me basta para ver que Zola nada enseña, pues no ha de llamarse enseñar el poner a la vista vicios e indecencias nauseabundas, de las cuales, por desgracia, están el mundo y las historias tan llenos, que apenas habrá persona que no sepa más de lo que conviene. *Nana*, no obstante, divierte porque está escrita con arte; porque el autor, con todos aquellos horrores y torpezas, ha acertado a formar, si no una acción, una serie de aventuras enlazadas, con interés, con lances tremendos, con escenas dramáticas y con verdad humana, aunque abominable. Si *Nana* es una novela que tiene valor, no es, pues, por su enseñanza pornográfica, sino porque imita bien la naturaleza, e imitándola, crea la belleza de baja ley, que halaga las imaginaciones viciosas, y hasta algo de una belleza superior, por contraste, porque el arte lo purifica todo, y porque, en imagen o representación y no en realidad, tal vez gustan la cabeza del tiñoso en el cuadro de la Santa Isabel, de Murillo, y las figuras que, de espaldas y arrimadas a un muro, se ven en los cuadros de un pintor flamenco.

De aquí lo vano de la disputa entre el naturalismo o realismo y el idealismo. Aceptada y entendida bien la doctrina aristotélica de que el arte es imitación de la naturaleza, la disputa es imposible. La naturaleza que el arte ha de imitar, no es sólo la fea y asquerosa, sino también la bella, limpia y sana; no comprende sólo lo que existe, sino lo que puede

existir; no abarca sólo el mundo material, sino también la mente humana, con todas sus ideas, creencias, pasiones y ensueños. Es, pues, en este sentido, naturaleza y asunto de imitación y primera materia para la obra del poeta, cuanto ser hay en el universo, y además todo lo que el poeta fantasea, siente o concibe, porque, aun negando que en lo exterior tenga ser, basta que esté en el poeta como concepto, para que esté en el mundo, ya que el poeta en el mundo está.

Y esto, que es cierto para toda clase de poetas, lo es más que para el épico y el dramático para el lírico, en quien, valiéndonos de vocablo a la moda, hay mucho de subjetivo. No afirmamos, sin embargo, que el poeta lírico ha de encerrarse en sí; antes debe tender su mirada serena y penetrante por toda la amplitud del universo y por toda la prolongación de los siglos, donde verá claras y distintas las cosas. El poeta debe ser un ver por excelencia: o) fualmo/j, como dice Víctor Hugo que dice admirablemente la metáfora griega. Y el autor de las Orientales añade, en otro escrito suyo, que el arte no tiene límites; que lo pasado, y lo presente, y lo porvenir son su propiedad; que carece de ley; que en su paraíso no hay fruto vedado, y que no debemos prohibir al poeta que sea cristiano o gentil; que crea en Jehovah o en Zeus, en Plutón o en Satanás, en Canidia o en Morgana; que atravesase en barca la Estigia, o que vuele en un cabrío al aquelarre. Basta que vea la hermosura difusa en todo y logre reunirla en su alma, como en foco radiante, y como en espejo mágico, que magnificada y depurada la refleje. Pava ello el poeta, a más de la vista mental, distinta y clara, es menester que con amor lo vea todo, a fin de hacerlo tan suyo, que, al revestirlo de forma con la palabra, le estampe su sello y le preste su condición y su vida.

Tal es la principal calidad que ha de tener el poeta. Y Goethe, que lo era, sin dejar de ser por eso profundo crítico, lo expresa por estilo conciso en cuatro versos, elogiando a Hans Sachs. (1)

Infiérese de aquí que todo asunto es poético, como pase por el prisma hechicero de la poesía, como le trate poéticamente un poeta. Contestados quedan los que censuran a Menéndez y Pelayo porque sostienen que no se inspira en el mundo real, sino en sus libros de teología, de filosofía, de historia y de literatura. Si él logra representar con imágenes y dar pasión a las más metafísicas abstracciones, poesía serán. Y si resucita, con el vigor de la fantasía, muertas creencias, ninfas, genios y dioses de religiones que pasaron, todos esos seres volverán a vivir, a interesar, a amar y a ser amados y aun adorados, en el mundo ideal y puro del arte, donde serán inmortales.

El poeta erudito y estudioso ofrece mayor garantía de verdadera y original inspiración que el que no lo es. Muchos pensamientos los tiene por dichos y trillados y manoseados, y se abstiene de repetirlos como si fuesen una gran novedad; y, cuando no halla fuente de inspiración, no nos cansa con frialdades, sino se calla o imita o traduce buenos modelos.

Esto ha hecho con frecuencia Menéndez y Pelayo. Sus poesías, traducidas o imitadas, son más que las originales hasta ahora.

Hablemos, pues, primero de sus imitaciones, traducciones y paráfrasis.

Claro está que un mero traductor, por bien que traduzca, no merecerá el título de gran poeta; pero podrá dar tales muestras de hombre de buen

gusto, de hábil versificador y de hablista correcto, fecundo y elegante, que logre por ello mayor estimación y fama que no pocos poetas originales. Jáuregui, por ejemplo, con su traducción del Aminta, descuella entre nuestros vates del siglo XVII, que en verdad no fue estéril. Imitando, además, o parafraseando, si esto se hace con inteligencia y con amor, pueden ocurrir frases tan felices y hermosas, y pueden intercalarse tan peregrinos y levantados pensamientos, que lo imitado venga a igualar al modelo, y a veces le supere, pudiendo ocurrir, por último, que, con las nuevas formas y modos que el imitador trae a su lengua, cause benéfica revolución literaria, haciéndose jefe de escuela, lo cual suele alcanzarlo el poeta que no se jacta de original. Así Garcilaso, en España, en el siglo XVI, y así Andrés Chénier, en Francia, en el siglo pasado.

Desde la primera mocedad se nota en Menéndez y Pelayo ambición semejante. Y digo semejante y no igual, porque no vive Menéndez y Pelayo en edad de decadencia ni de depravación literaria, y no debía ni quería destruir y enmendar, como Luzán en la España del siglo XVIII, sino completar y añadir; dar un nuevo tono a la lira, donde ya tan diestra e inspiradamente han cantado y cantan en nuestros días Quintana y Gallego, Espronceda y Zorrilla, Bécquer, Campoamor y Núñez de Arce, Campillo, Alarcón y tantos otros. Lo repito, aunque peque de cansado: la poesía lírica florece como nunca en nuestros días y en nuestro suelo; pero ese mismo exuberante florecimiento convida a más esmerado cultivo y despierta el deseo de hacer brotar en el árbol nuevas inmarcesibles flores.

Es evidente que, desde hace tiempo, andaba muy descuidado en España el estudio de las humanidades, y hasta que rara vez se leyeron entre nosotros, sino hartos a la ligera, los clásicos latinos, y sobre todo los de Grecia. Las literaturas de los pueblos modernos de Europa tienen, o deben tener, para ser grandes y fecundas, raíz nacional y castiza; pero vivimos, no aislados, sino enlazados unos pueblos a otros, ya por la continuidad en la historia, y ya por las relaciones de cada instante de nuestra vida actual. Imposible sería, y si no fuese imposible sería nocivo, lograr que la literatura o la poesía de una nación, por sabia propia que en sí tenga, se sustraiga a todo influjo extraño. Lo importante está en saber asimilar lo que se toma; en darle nuestro ser y nuestra vida; y nada vale tanto para esto como las literaturas latina y griega. La última, sobre todo, es como fuente, no ya del buen decir, sino de toda ciencia y arte de los pueblos de Europa. El precepto de Horacio de repasar de día y de noche los autores griegos, no debe desecharse por anticuado. Los ingleses y los alemanes le siguen aún, y nos dan el ejemplo. Grecia es la madre común, y no pordioseosa, y no parece que hurta quien se aprovecha del abundante tesoro que en herencia nos ha dejado. No se desnaturaliza, no deja de ser quien es, el que acepta la hijuela de su madre y la utiliza como debe. Rico, además, con ella, ni se pasma de la riqueza de su vecino, ni la toma sin criterio ni conciencia, cuando la tiene él igual o mayor en su casa y familia. Espronceda hubiera siempre coincidido con Byron; pero le hubiera imitado menos si hubiera sido más humanista. Y aquí, en Portugal, si existiera aún la docta escuela de Francisco Manuel y se siguieran sus preceptos, ejemplos y huellas, como Garrett los siguió, no veríamos tanto claro ingenio pervertido y hecho arrendajo de Víctor Hugo. Traen, además, el estudio e imitación de los clásicos griegos la ventaja

de que infunden invencible apego al orden y a la medida, y nos precaven y sostienen para no caer en las extravagancias y delirios en que caen con frecuencia los que imitan a algún poeta extranjero a la moda, copiando y exagerando sus malas cualidades.

Impulsado, sin duda, por consideraciones como las que acabo de hacer, aspiró Menéndez y Pelayo a ser para España lo que Parini o Fóscolo para Italia, Chénier para Francia, y para Alemania Goethe: el poeta que desdeña el pseudoclasicismo francés del tiempo de Luis XIV, porque busca el clasicismo puro, en virtud de finezas y pertinaces obsequios, y de consorcio inmediato con la Musa griega, como nació Euforión de Fausto y de Elena, traída otra vez al mundo desde el seno de las Madres.

Nuestro poeta, vuelvo a decir, no fue impaciente, y se preparó con traducciones. Pero ¡cuán desencaminados van los que le acusan de poeta difícil, y por obstinación erudita! Los versos de Menéndez y Pelayo pecan de sobrado fáciles. El poeta halla en seguida la expresión; no trabaja, no lima, no pule. Todo parece escrito al vuelo. El estilo corre mucho. Yo echo de menos el esfuerzo. Yo quisiera que Menéndez y Pelayo, cuando escribe poesías, fuera más premioso. Como Goethe, como Chénier y como Fóscolo, Leopardi y Carducci, tiene sed de injertar la forma antigua en su lengua vernácula; pero repugna la fatiga que a aquéllos costaba. Los españoles, acaso por exceso de soberbia confianza, somos más flojos, menos tenaces y pacientes que los hombres de otros países.

La tarea de Chénier, en lo tocante a metrificación y aun a lenguaje poético, fue bastante más limitada y fácil. La índole del idioma francés, pobrísimo en la prosodia y que no se presta tampoco al hipérbaton, alejó de Chénier todo conato de reproducir los metros greco-latinos, y hasta de hacer versos libres con medida de versos de ahora, pues hubieran sido prosa y no versos.

En cambio, en Alemania tienen la pretensión de poseer una lengua en que caben las palabras compuestas, aunque sean, más que compuestas, aglutinadas; en que todo hipérbaton es posible, y en que la prosodia es tan rica, que se pueden escribir versos con todas las medidas de los griegos.

Yo, aquí, ni niego ni afirmo. Como me dirijo a usted y no al público, puedo ahorrarme la molestia de ponerme a estudiar de prisa y corriendo, y mal, por consiguiente, lo que no he llegado a entender bien hasta ahora. Confieso que hay metros griegos, verbigracia, en los coros de las tragedias y en las odas de Píndaro, que ni sé en qué consisten, ni me suenan. Imagine usted si comprenderé que puedan imitarse bien en alemán. Sólo sé que en alemán, no me suenan tampoco. Pero en las lenguas clásicas antiguas, y en alemán, y en inglés, me suenan el exámetro y el pentámetro, y gusto de ellos. Goethe ha escrito mucho en ambos metros, y no por eso dejan de ser populares su Hermann y Dorotea, su novela de La Zorra y su idilio de Alexis. Longfellow ha escrito igualmente en exámetros su lindo poema de Evangelina. El alemán, a no dudarlo, se presta bien a esto, cuando hasta traducciones de largas epopeyas, como la Ilíada, hecha por Voss, están en exámetros, y en vez de cansar, deleitan. En español, por el contrario, hasta donde del mal éxito de algunas tentativas, como la de D. Sinibaldo de Mas, se puede inferir lo inútil del empeño, conviene desistir de esta clase de metrificación, a no ser en alguna composición muy corta,

y como por gala y ligero capricho de artista. El reciente ejemplo de Carducci en Italia, si bien brillante y triunfador, no debe bastar a animarnos. Aplaudo, pues, en Menéndez y Pelayo, como buen tino, el no haber querido ensayarse en esto. Su forma clásica es el verso endecasílabo, libre de consonantes, ora alternando sin orden con el heptasílabo, ora endecasílabo siempre.

De tal metrificación bien puede decirse, y perdóneme usted lo familiar de la expresión, que lo que no va en lágrimas va en suspiros; es a saber, que, desnudo el verso del prestigio de la rima, que disimula o encubre a menudo lo prosaico del decir, es menester que sea en su estilo mucho más elevado y primoroso, lo cual le hace hartamente difícil. Maestros en este punto han sido para nosotros, y siguen siéndolo con toda evidencia, por la analogía de su lengua con la española, los poetas italianos que desde fines del pasado siglo han escrito tan admirables e inspiradas obras en endecasílabos sin consonantes. Parini en *Il Giorno*, Fóscolo en sus *Sepolcri* y Manzoni en su *Urania*, son acabados modelos. Su estudio hubo de influir en las composiciones bellas de este género que ya posee nuestro idioma, como las sátiras de Jovellanos, las epístolas de Moratín, la traducción del libro I de la Eneida, de Ventura de la Vega, y la Visión de Fr. Martín, de Núñez de Arce. Aquí, en Portugal, Francisco Manuel y Garrett han hecho sus mejores composiciones en este metro libre, el cual se desdeña o descuida hoy, empleándose con sobrada insistencia el alejandrino francés, con consonantes pareados, cuyo monótono martilleo debiera ser insufrible en ambas Hesperias, a todo oído de quien no quiera renegar de su casta. Vana y sin fundamento es, pues, la manía, el verdadero furor con que se desatan en España los más de los críticos contra el endecasílabo libre. ¿Qué mal les ha hecho? Ya se irán acostumbrando, y al fin le aplaudirán. Lo que sí es híbrido y malo, a mi ver, es el romance endecasílabo. Cuando es octosílabo, puede ser admirablemente bello. En él poseemos la más hermosa poesía épico-popular de todos los pueblos modernos. Pero el verso endecasílabo requiere amplia libertad, o bien la rima perfecta y variada, ora por estrofas simétricas, ora sin orden. Un acto entero de una tragedia, un canto entero de un poema, todo en un romance endecasílabo, fatiga por la monotonía de la larga serie monorrítmica imperfecta, y exige un esfuerzo algo pueril por parte del poeta, para no repetir los asonantes e ir apurándolos todos. No es esto negar que el ingenio extraordinario de un poeta venza a veces tamaños inconvenientes, y haga amena la lectura de una obra escrita en romances endecasílabos, como sucede con el Duque de Rivas en *El moro expósito*.

Menéndez y Pelayo escribe casi siempre endecasílabos solos, o endecasílabos mezclados con heptasílabos, y sin rimas ni asonancias. Su lenguaje poético es atinado en las más de sus traducciones, sobre todo en la del Canto de los Sepulcros de Fóscolo.

También emplea con frecuencia nuestro poeta los sáficos-adónicos: estrofas, como todos saben, de cuatro versos, los tres primeros endecasílabos, aunque acentuados de cierta manera, y el cuarto de cinco sílabas, si bien con tal acentuación, que imite, en lo posible, lo que en griego o en latín era un dácilo y un espondeo.

Para mí es evidente que, en castellano, o no hay sílabas breves ni

largas, como en latín y en griego, o no sabemos en qué consistía en aquellas lenguas ya muertas la cantidad de las sílabas. Nosotros no comprendemos bien sino el acento. Donde el acento está se apoya la voz, se detiene algo la pronunciación, y la sílaba se alarga, de suerte que las otras sílabas de que la palabra consta, parecen breves. Así en céfiro, por ejemplo, o en cualquiera otro vocablo esdrújulo, se diría que hay un dáctilo, pues sonando larga la primera sílaba, se hacen breves las dos que siguen. Pero ¿cómo suponer que, en una palabra de dos sílabas, son largas las dos? Si digo amo, al apoyar o acentuar sobre la a, me parece breve la sílaba mo, y si digo amó, al acentuar mó alargo la segunda sílaba, y a me parece breve. Confieso mi ignorancia o la torpeza antimusical de mi oído; no comprendo el tal misterio de la cantidad. Me doy además a recelar que este secreto se ha perdido. En la Grecia de ahora se habla, más o menos empobrecida de formas, la lengua helénica. Poco a poco podrán renovarse las formas perdidas, y tal vez se escribirá y hablará en griego moderno, como hablaría Platón si resucitara; pero de la cantidad nada se sabe. Hoy hacen los griegos como nosotros: alargan la sílaba donde está el acento, de modo que la sílaba, que tal vez es breve, según la prosodia, nos parece larga, y la larga, breve. Pongo por caso: los griegos dicen ahora Ku/klwpej, cíclopes, como nosotros, y apoyan en la u, resultando breve (a nuestros oídos) la w u o larga. En cambio, no dicen Agamenón como nosotros, sino Agamémnon, Agame/mnwn, aunque la o última es o larga, y dicen Demosténes y no Demóstenes, aunque de las cuatro sílabas de que la palabra Dhmosqe/nhj está compuesta, precisamente en las dos, en que ni los griegos ni nosotros apoyamos, hay h o e larga, y en las otras dos, o y e, o o breve y e breve. Vaya usted ni nadie a entender esto. Quizás el acento era para hacer la voz tiple, si era agudo, o barítona, si era grave, o para atiplarla y ahuecarla sucesivamente, si el acento era circunflejo. Mientras que la cantidad era el tiempo, el acento era el tono. Extraña música hubo de ser el habla entonces.

Personas sabias lo explicarán. Yo declaro con humildad que no lo percibo. Abro, por cualquier lado, a Esquilo, a Eurípides o a Sófocles. Leo un verso, según todas las pronunciaciones posibles, y casi nunca me suena a verso; pero los hexámetros, los pentámetros y los sáficos-adónicos, me suenan. Sin embargo, ni de éstos sé a las claras en qué consiste que me suenen. Creo que nadie lo sabe tampoco. De aquí que la imitación, en nuestras lenguas modernas, tenga que ser aproximada, y no exacta.

Goethe se queja del alemán; dice que no se presta a los metros antiguos; apenas está Goethe seguro de que se sepa de fijo cuál sílaba es breve y cuál es larga en su lengua. ¿Era esto porque Goethe no sabía bien prosodia, como deja entrever Lichtemberger? ¿La sabían mejor Schlegel o Voss? No nos metamos en tantas honduras. Yo me consuelo de no saber tampoco prosodia, con que Goethe no la supiese. Pero la verdad es que un espondeo, dos sílabas largas seguidas, ni en alemán, ni en italiano, ni en español, ni en inglés se hallan, ni se sabe lo que es, por donde resulta que no pueden hacerse verdaderos exámetros, ni verdaderos pentámetros, ni verdaderos sáficos-adónicos en castellano. Esto no impide, con todo, que se escriban estrofas de a cuatro versos, tres de once sílabas, y el cuarto de cinco, con tal artificio, que nos parezca que suenan como los versos

griegos y latinos, llamados sáficos-adónicos.

De tales estrofas ha hecho muchas Menéndez y Pelayo, y yo las hallo armoniosas y bellas, por lo común. Hay, no obstante, de vez en cuando, fuerza es confesarlo, versos que, ni aun entendidas las cosas a nuestro modo, son sáficos. Citaremos algunos:

Conducidme a los mármoles de

Sunio...

Todo se eclipsa menos vuestra gloria.

Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres...

Citamos los descuidos, porque los descuidos revelan la facilidad del escritor, aunque no por eso los hemos de aplaudir, ni aun siquiera de perdonar.

En cambio los aciertos son muchos, espontáneos, inspirados, sin que se note la fatiga, sin que aparezca el rastro de la lima en nada.

Los asuntos, no sé por qué, piden diferente metro. A cada cual le cuadra el suyo, por una afinidad inexplicable. Menéndez y Pelayo, en sus traducciones e imitaciones, ha observado esta vaga ley del buen gusto. El Canto secular de Horacio está, como en el original, en sáficos-adónicos. Y están también en estrofas del mismo género otra traducción y una imitación, a cuál más feliz, de dos obras lo más opuestas en sentimientos e ideas que pueden imaginarse. Se diría que el traductor e imitador quiso dar prueba con ellas de su amor al arte puro, y a cuanto el arte expresa, si el entusiasmo lo dicta, y si, por algún concepto, es digno del entusiasmo.

La traducción es del Himno de Prudencio a Los Mártires de Zaragoza. ¿Cuán maravillosamente no se retratan en esta obra del lírico latino-español, a quien Villemain ensalza a par de Horacio y de Píndaro, el carácter férreo, tenaz y heroico de los aragoneses, lo terrible de aquellos tiempos en que se hundía una civilización, la creencia en la próxima fin del mundo, y el culto de la sangre: algo como una hematolatría? Los versos castellanos son tan briosos, tan enérgicos, tan concisos, tan conmovedores como los latinos. Se ve bajar del cielo al Señor, sobre candente nube, armado del rayo, para juzgar a los vivos y a los muertos. Las ciudades todas del mundo acuden con ricos presentes, a fin de aplacar su ira. Estos ricos presentes son la sangre, los huesos, los miembros despedazados en el martirio, de los que le sufrieron por Cristo. La enumeración, la pompa de las ciudades es horriblemente sublime; pero Zaragoza las eclipsa a todas por la abundancia de sus dones. No hay otra que haya derramado más sangre. Ninguna ofrece tantos mártires. En ninguna han desafiado con más valor, hombres y mujeres, más feroces tormentos. El fervor de la fe les dio ánimo para resistir dolores tan espantosos y agudos, que no parecía posible que hubiese nervios que sin morir los sintiesen, ni voluntad que no flaquease y cediese ante ellos.

Menéndez y Pelayo, al traducir fiel y habilísimamente esta composición, ha dado a conocer a sus compatriotas a uno de los más grandes líricos, no sólo de España, sino de cuantos ha habido en el mundo, a quien teníamos olvidado.

La imitación es del himno de lord Byron A Grecia, y es inferior, como el original también lo es, al himno de Prudencio. Al poeta hispano-latino

no le faltan jamás medida e ilación dialéctica en medio de su mayor arrebató lírico. En el poeta inglés tal vez haya, algún desorden y extravagancia, que no deben confundirse con el lirismo, y que aún despiertan el recelo de que puedan ser algo afectados. El dualismo, la lucha entre dos sentimientos o pasiones, no diré que sea impropia de la lírica, pero quita sencillez y hace enmarañada y confusa esta especie de deliberación por raptos. Después de la orgía, y ya resuelto a combatir y morir por la libertad de Grecia, en vez de gozar de sus vinos y de sus mujeres, hubiera el poeta remontado más libre y más alto su vuelo, que no en el momento mismo de la vacilación indecisa. Hay más acción, más viveza en el mismo momento; pero menos claridad, precisión y brío. A pesar de esto, el talento y el noble sentir del poeta sacan rápidas y brillantes contraposiciones de la situación en que él se coloca. El traductor lo expresa todo gallardamente. Véanse estos dos ejemplos:

Cantó Anacreón el amor y el vino,

Cual del tirano Policrates siervo;
Mas era heleno Policrates; cuna
 Diérale Samos.

.....
Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
 Nido de amores.

Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
 Férrea cadena?

Las otras traducciones y paráfrasis se prestan a todos los gustos, en prueba de que el autor le halla siempre en la belleza del arte, prescindiendo del asunto que representa, describe o encomia. Linda por el esmero y primorosa concisión es la de la Oaristys de Dafnis y la muchacha, de Teócrito, que Chénier tradujo con más gala quizás, al menos para el gusto del día, pero diluyéndolo y bordándolo demasiado. Lástima es que mil palabras gráficas y ricas de significado que tenemos en nuestro idioma, no se adapten bien al estilo serio y noble, por truhanescas, picarescas o sobrado familiares. Si no, el título de la Oarystis debiera ser El Palique de Dafnis y la muchacha, o si se quiere, El camelar de Dafnis a la muchacha. Pero, aunque se quede con el título de Oarystis, tomado de una lengua muerta, el tal palique no puede ser más vivo ni más animado, si bien los dos personajes que intervienen en él son tan candorosos y se ven tan circundados de salubre y campesino ambiente, que se embriaga algo hasta el más asustadizo con el olor del almoradux y del romero, y todo lo perdona.

Imitación o paráfrasis de muy distinto género es la de una oda de Sinesio. No entraremos a deslindar lo que es del autor y lo que el parafrasta ha puesto de su propia cosecha. ¿Quién sabe hasta qué punto el severo autor del libro de los Heterodoxos se vale de la composición del obispo de Tolemaida, como de un pasaporte o salvoconducto, para lanzarse, en atrevida excursión poética, casi, casi fuera de los límites de la

ortodoxia? La oda, escrita en estrofas regulares, rimadas, de las que se llaman liras, compite, por su limpia sencillez, sobriedad de estilo y pureza de lenguaje, con las mejores odas de Fray Luis de León. Hay en toda ella profundo sentimiento religioso, si bien entreverado de filosofías de origen gentílico, lo cual no es condenarlas. Nadie ignora que los antiguos sabios cristianos tomaban lo que juzgaban saludable y útil en las ciencias y letras griegas; en las cuales, ora veían una evangélica preparación, ora el complemento humano de la obra de los profetas, ora la realización de lo prefigurado en los vasos y joyas de los ídolos egipcios que los israelitas se llevaron al huir de los dominios de Faraón para la Tierra prometida. Pero, cualquiera que sea la procedencia de las doctrinas, en la oda imitada por Menéndez y Pelayo, hasta donde puede juzgarse e inferirse de la vaguedad de un arrobamiento poético, más que misticismo, en sentido riguroso, se advierte emanatismo, combinado con la tesis aristotélica de la misteriosa atracción, por cuya virtud el primer motor mueve y llama a sí a los seres. Así es que el poeta no se reconcentra y busca a Dios en el centro del alma, como nuestros místicos, sino que, teósofo naturalista, difunde su alma por toda la inmensidad del universo, que Dios llena, si bien como luz que tiene su foco donde anhela el alma abrasarse y anegarse, volviendo a su origen.

Por el examen hecho hasta aquí, aunque resulta que nuestro autor percibe y ama la ya creada poesía, y sabe reproducirla y expresarla en su nativo idioma, no se ve aún al poeta con propio carácter y con originalidad individual. Y en España, en el día, a par que la lírica guarda, en general, su sello castizo, poseemos varios poetas líricos de mérito, con marcada fisonomía. Así, Zorrilla, brillante y rico de imágenes; Núñez de Arce, amonestador y nervioso; Campoamor, quinta-esenciado, paradójico y ameno; Alarcón, sutil e irónico; Querol, correcto, elegantísimo y lleno de sentimiento verdadero y puro, y Campillo, firme sostén por su alta entonación de la célebre escuela sevillana.

Yo veo con patriótica satisfacción el crédito, cada día mayor, que alcanzan en países extraños nuestros pintores; crédito que persuade al público español de que en la pintura nos hemos encumbrado, como en los mejores tiempos, a la altura de las naciones más gloriosas y fecundas en dicho arte; pero también estoy persuadido de que estas elevaciones no suelen ser en un arte solo, sino que son, por lo común, simultáneas en muchos: en casi todas las manifestaciones de la actividad del espíritu. Por donde tengo por seguro que nuestros poetas líricos contemporáneos muestran hoy florecimiento condigno al que celebramos en la pintura, si bien entre los extranjeros no es tan estimado, porque la lengua española es poco conocida y cultivada fuera de España.

Ahora bien: ¿podremos colocar a Menéndez y Pelayo en esa luminosa pléyade poética, de cuyos astros más claros acabamos de citar varios nombres? Harto sé que carezco de autoridad para dar o negar éste a modo de título o diploma; pero siempre me será lícito examinar, procurando ser imparcialísimo, los méritos y servicios que Menéndez y Pelayo alega y presenta en sus obras. Yo daré informe, según mi leal saber y entender, y el público resolverá.

Usted me ha de perdonar prolijidades y digresiones. El asunto que

trato es dificultoso para mí, no porque no se me ocurra nada que decir, sino porque se me ocurre más de lo que conviene, y no me resigno a dejármelo en el tintero.

Es evidente que, en el estado actual del mundo, un poeta de oficio o profesión es difícil de hallar. Si lo de poeta se limita al lirismo, la dificultad se trueca en imposible. Quiero significar con esto que el poeta lírico es, además, autor dramático, novelista, médico, juez, zapatero, fabricante, propietario, clérigo; en suma: tiene un empleo, o se ocupa en algo, con preferencia y con mayor asiduidad, que en componer sus poesías. Cualquiera otra bella arte puede ser una profesión; pero la lírica no puede serlo. Hay pintores, escultores, arquitectos, músicos y bailarines. Líricos no hay. Allá, en lo antiguo, hubo richis entre los arios, aoidos entre los griegos, bardos entre los celtas, trovadores y trouvères en Francia y minnesinger en Alemania. En el día, nada hay que a aquello se asemeje. ¿Será porque vivimos en edad más prosaica? No hay para qué tocar aquí tan grave cuestión. Baste aducir el hecho, sin escudriñar la causa. Lo que no puede menos de inferirse es que dicho arte de la lírica no se parece a los demás; que en él no hay maestros ni oficiales, sino que todos son aficionados, y que nadie le consagra su vida, sino sus ratos de ocio, como si se tratase de un mero pasatiempo. Lo cual, bien mirado, redundo, no en descrédito, sino en singular encomio y en privilegio soberano y augusto. A un ingeniero se le puede pedir que haga un camino, una mina o un puente; a un sastre se le encarga una levita, y hasta una novela a un novelista, un drama a un autor dramático y un sermón a un clérigo. Pero ¿qué editor encargará un tomo de odas, ni qué poeta las escribirá de encargo, ni qué persona no afirmará, con indicio infalible, antes de leer las odas o canciones, que no han de valer un pito, aunque sea el propio Píndaro el encargado de componerlas?

La musa lírica es voluntariosa, huraña y rebelde. No cede al capricho; no acude a la evocación; no viene sino en solemnes ocasiones. Cierto que toda otra obra artística requiere la inspiración. La obra no será buena, si no está inspirada. Pero la inspiración para toda otra obra artística está más a nuestras órdenes; más a la mano; más bajo nuestro dominio. Casi podemos disponer de ella cuando queramos. En la lírica, no. Por lo cual, ni excitaré yo a ningún poeta a que componga versos, ni le echaré en cara que haya escrito pocos. Lo que importa es que sean buenos.

Los buenos versos en pocos días se escriben. Poeta hay que vive setenta u ochenta años, como Quintana o Gallego, y gana la inmortalidad en una semana. Por mucho que D. Juan Nicasio medítase, limase y corrigiese, no se puede suponer que empleara más de una semana en escribir la elegía del Dos de Mayo. Manzoni vive más de ochenta años, y toda su poesía lírica, himnos y coros, puede haber sido tarea de un par de meses a lo más. La legítima y grande poesía lírica es, pues, producto rarísimo. Es la creación extraordinaria de un hombre, en un instante, o en varios breves instantes, dichosos y semidivinos, que tiene en muchos años de vida común y terrena. Para el advenimiento de este instante es menester que haya capacidad en nuestro ser interno; pero todavía importa, a veces, que le suscite algún caso exterior, algún acontecimiento que entusiasme, no ya al poeta solo, sino a todo el pueblo o a toda la generación para quien el poeta canta; de modo que el poeta apenas haga más que dar forma inmortal y

precisa al vago y confuso sentimiento de la muchedumbre.

La poesía lírica, entendida así, es más que un arte. Aún, en nuestro siglo, puede decirse de ella lo que de la poesía de las edades primeras: *Dictæ per carmina sortes et vitæ monstrata via est*. ¿Qué influjo no ha ejercido, en nuestro siglo, en el destino de las naciones? Sin los encomios a Napoleón I de Béranger, Lamartine, Víctor Hugo y otros, quizá Napoleón III no hubiera reinado nunca. Sin los cantos de líricos italianos, como Parini, Fóscolo, Giusti, Leopardi y Manzoni, no se hubiera fomentado la revolución en los espíritus, y seguirían siendo un sueño la independencia y la unidad de Italia. Y en Alemania ha contribuido también a los triunfos de aquella nación y a su unidad bajo el imperio.

No obsta lo dicho para que el poeta pueda inspirarse, sin caso exterior o por caso mínimo, si bien entonces la poesía será muy subjetiva, o será en su menor grado, y se salvará por el chiste, por el gracejo, desenvoltura o primor del estilo. Será un orden inferior de poesía.

No censuraré yo, como Moratín, a quien escriba
Un soneto al bostezo de Belisa

O al resbalón de Inés otro soneto.

¿Quién sabe las agudezas, discreciones y lindos conceptos que se le pueden ocurrir a un enamorado si su Belisa bosteza, o si su Inés se resbala? Entre los mejores sonetos de Lope cuentan los que le inspiraron el pájaro que se le fue a Lucinda de la jaula, y la pulga que picó a Leonor en el pecho. Casti tomó prestados tres duros. El acreedor se los pedía a diario, y Casti no los devolvía. A cada petición del acreedor respondía con un soneto, excusándose de pagar, y así compuso más de trescientos, todos graciosos y divertidos, menos para el acreedor, se entiende. Pero, aun en tales ocasiones, la lírica es también libre, y no de encargo. Y como requiere chiste y no seriedad, a no estar muy en condición para el género, conviene no abusar de él, a fin de no degradar arte tan noble y caer en el arte del coplero, como Gerardo Lobo, Montoro o el cura de Fruime.

Menéndez y Pelayo ha tomado la poesía por lo serio y no para juguete, y por todos estilos ha hecho bien. No quiere, o no puede, ser jocoso, sino grave. Sus composiciones, pues, ora inspiradas por sucesos externos, ora nacidas de los sentimientos más profundos del alma, podrán ser populares, en cuanto los sucesos que las ocasionen o los sentimientos que en ellas se expresen interesen o estén, de un modo más o menos vago, en la mente y en el corazón del pueblo para quien el poeta canta.

El primer asunto de las poesías de Menéndez ha sido la poesía misma. En esto sigue a muchos grandes líricos contemporáneos, que han cantado y celebrado su arte: así Goethe, Manzoni en su *Urania*, Filinto en su arte poética, la Avellaneda en odas y en octavas, etc., etc., porque prolongar la enumeración sería cansado. En la oda a Cabanyes, muerto en la flor de su edad, en 1833, poeta catalán, clásico a la manera de Andrés Chénier, ya expone Menéndez, por estilo elegantísimo, el concepto que tiene de la lírica. Al ensalzar al poeta y al lamentar su pérdida, deja ver que su aspiración es reemplazarle. ¡Con cuánta sencillez, efusión y sincera ternura saluda al modelo acabado del poeta, exclamando!:

¡Feliz quien nunca en el marmóreo
alcázar,
Su voz hiriendo regios artesones,
Himno entonó que servidumbre inspira,
 Preso en dorados lazos!
¡Feliz quien nunca de la inquieta plebe
El furor excitó, temió las iras,
Ni Arrastró de su Musa, desgarrado,
 El manto por las plazas!

Sólo éste es digno de ser verdadero lírico: sacerdote consagrado al puro culto de la Venus Urania. Todo propósito interesado le hace infiel a su numen. Todo empleo lascivo o vicioso de los dones de las Musas es un sacrilegio. Amor de este poeta es la santa, inmaculada idea, fuente de la belleza sensible. Ella fue la esposa de Cabanyes.

 Ella tu esposa fue, casta y
desnuda,
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
 Luchando por la vida.

Para quien alcanzase este triunfo, nada sería hasta la propia gloria.
Tranquilo pasaría por el mundo,
 Sin que el clamor de la mentida fama

 Su nombre pregonase.

No se quejaría de una oscura existencia y de una tumba olvidada y humilde pudiendo decirse de ella como de la de Cabanyes:
 Sobre ella vela el numen de la

lira,
Si el de la gloria duerme.

En las dos hermosas epístolas, a Horacio y a sus amigos de Santander, acaba Menéndez y Pelayo de darnos a conocer sus aficiones e ideas estéticas, no exponiéndolas con método e intento didácticos para lo cual está la prosa, sino poéticamente.

En ambas vierte todo su amor a la belleza del arte, y a la medida, y a la nitidez de la forma, sin las cuales no se manifiesta dicha belleza.

En la primera, pasan la facilidad y el brío de estilo con que hace resaltar el mérito del vate de Venusa, poniéndole como en compendio ante los ojos de nuestro espíritu, y como destilando su esencia.

La segunda es un cuadro poético, más breve aún y más entusiasta, de toda la literatura helénica.

Nada hay en este cuadro que no esté admirablemente dicho y hondamente sentido. Citemos sólo algunos versos de aquéllos en que el autor aclama a Homero como inexhausta fuente, no ya de la poesía sólo, sino de todo arte de su nación:

 De tu sol un reflejo centellea

Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
A Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.

Acaso, en esta segunda epístola, con ser tan bello lo que dice de los poetas de Grecia, sea más bello aún el final.

Los amigos del autor, comerciantes y propietarios de Santander, le hablan regalado la Bibliotheca Græca de Fermín Didot para premiar sus trabajos y celebrar su victoria en las oposiciones en que obtuvo la cátedra que hoy desempeña; y él les da por ello las gracias, y hace votos por la prosperidad mercantil de su ciudad natal, exclamando:

Dilátense tus muelles opulentos,

Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
O del café los vigilantes granos
O la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

Después los exhorta a que sigan protegiendo las artes y las ciencias, las cuales no están reñidas con el comercio y la industria, y para claro ejemplo les pinta los esplendores y cultas magnificencias del patriciado comercial de Florencia y de Venecia, en preciosos versos, donde, como en todos los de esta epístola, son más las imágenes y las ideas que los vocablos, haciéndose indispensable copiar, o remitir al lector a la obra, porque no es posible el extracto, y sólo cabe el comentario.

Sin querer enseñar, casi a pesar suyo, como debe acontecer siempre en la poesía, Menéndez y Pelayo, en estas composiciones en elogio de su arte, se eleva a consideraciones generales acerca de los sucesos humanos; deja ver su filosofía de la historia, su modo de entender el destino de los pueblos, y la ley providencial que sigue en su marcha nuestro linaje.

Un escéptico, a fin de burlarse de la filosofía de la historia, la llama la ciencia de vaticinar lo pasado; pero, entendido de cierto modo el tal vaticinio, sería alabanza y no burla. ¿Qué quisiéramos más que poseer una ciencia, por cuya virtud se explicasen las causas de lo ya sucedido? Dada tal ciencia, mucho de lo que está por venir se construiría a priori, o podría preverse con certidumbre. Es más: si entre las causas de lo que ocurre hay algunas sujetas a leyes ineludibles, fijas, de la Providencia o del Hado, o si se quiere de la misma naturaleza, pudiendo lo que de tales causas deriva ser previsto o predicho, como un eclipse o un cometa, también hay causas que están en los actos humanos que de nuestra voluntad dependen, y, en este punto, no sólo podríamos prever, sino dirigir el curso de los acontecimientos, siendo así la historia, como todos debemos creer, cual más, cual menos, maestra de la vida social y política, y sirviendo los hechos que ella relata, de saludable escarmiento, o de incentivo poderoso para evitarlos o reiterarlos.

Por desgracia (y crea usted que me aflige tener que mostrar de nuevo el escepticismo de que tanto me motejan), salvando la moral, que está por cima de todo cálculo y ventaja, y salvo también aquello que se sujeta a la prudencia más burda, y que, lo mismo para la vida de los imperios que para la del individuo más humilde, es norma práctica de conducta y regla trivialísima de sentido común, la filosofía de la historia es, hasta hoy, una de las ciencias más inexactas que se han inventado. Porque sería ridículo poner como filosofía de la historia que el que gasta más de lo que tiene se llena de deudas y se arruina; que para hacerse rico importa emplear los dineros en cosas útiles, trabajar y ahorrar; que es peligroso confiar demasiado en las propias fuerzas, y buscar aventuras y ruidos, etc., etc.

Tales perogrulladas, aunque se revistan del más pomposo aparato científico, no son filosofía de la historia. Y los que se elevan a cuestiones dignas de la ciencia, suelen explicarlo todo a su gusto. Ya inventan un sistema que superficialmente se ajusta a los hechos, o ya desfiguran, estiran o destrozan los hechos para que vengan a la medida o quepan en otro sistema. La vanidad nacional, el espíritu de secta y la pasión de partido, entran en la elaboración de estos sistemas por mucho más que el raciocinio.

Lo cierto es que las filosofías de la historia que hoy privan más, como forjadas en Alemania, Inglaterra o Francia, nos son harto poco favorables. De ellas se infiere, o en ellas se enseña, que España ha hecho poco o nada en lo pasado por el progreso y por la civilización del mundo, y que tanto España como Grecia, y aun como Italia para muchos, están ya decaídas y condenadas a ir a remolque, si es que van, mientras que nuevas gentes y razas superiores han venido a ponerse a la cabeza de esta procesión progresiva, a llevar el estandarte de toda cultura y a ejercer la hegemonía o principado. De Lutero proviene la libertad religiosa y otros mil bienes con que no soñó jamás aquel fraile fanático. Sin revolución francesa de 1789, nadie aspiraría siquiera a libertad política y a igualdad democrática. Sin Bacon, nos hubiéramos quedado sin ciencia experimental. Sin Descartes, no habría filosofía moderna. En resolución, todo proviene de fuera. Nosotros somos beocios, o peor que beocios, porque no hemos hecho más, en cuanto nos ha sido posible, que servir de estorbo y rémora a la ascensión majestuosa de la humanidad hacia las regiones de la luz y del bien, con nuestra Inquisición, nuestro fanatismo, nuestros taimados y tenebrosos jesuitas, y nuestra crueldad y barbarie en ambas Américas.

Muchos españoles, de los que presumen de discretos e ilustrados, aceptan todas estas cosas como otros tantos artículos de fe, y se resignan a pertenecer a una asociación y casta de hombres decaídos y extraviados, con tal de que se les haga la justicia de creer que ellos son una excepción rara y brillante. De todo esto, la manía de echarla de alemanes o de britanos, muy extendida en España, y aquí, en Portugal, casi endémica en los partidos más conservadores. Sabio hay por aquí que, a fin de probar que la gente portuguesa es más civilizada o civilizible que la española, apela a las conquistas de Lisboa y de Silves, a las que vinieron muchos hombres del norte, cuya sangre corre aún por las venas de los portugueses del día y produce esta ventajosa diferencia. En una palabra: en las tales

filosofías de la historia nos darán a veces algunas dedaditas de miel, nos elogiarán por algo para consolarnos; pero nos jubilan, nos condenan y nos declaran incapaces e inferiores. ¿Por qué extrañar, pues, que alguien se rebele, proteste y clame contra tan insolente jubilación y durísimo fallo? ¿Por qué llamar, al que así se rebela, neocatólico, retrógrado y otros apodosos? Sin duda que, por espíritu de contradicción, se ponen muchos en esa pendiente; mas no todos se precipitan. Si en Italia, la consideración de la grandeza de Roma y de la inferioridad actual ha movido a muy ilustres ingenios a hacerse neopaganos, como Leopardi y Carducci, y desde muy antiguo Maquiavelo, entre nosotros, coincidiendo la época de nuestro mayor auge con la intolerancia religiosa, bastantes se han hecho casi unos Torquemadas por patriótico enojo. Menéndez y Pelayo dista mucho de tal extremo. Su amor a las letras humanas le contiene dentro de límites razonables, y él también forja su filosofía de la historia, cuyo valer científico no se discute aquí, como no se discute el valer de la de los otros; pero que, entrando como materia poética en sus versos, y como materia combustible por lo apasionada, les presta animación y fuego.

Para Menéndez y Pelayo, lo grande y esencial de la civilización se debe, en lo humano, a Grecia, Italia y España, entendiéndose Portugal como parte de España; lo cual, dicho sea entre paréntesis, desagrada a muchos portugueses de ahora, muy diferentes de los del tiempo de Don Manuel el Dichoso, y aun de los del tiempo del propio épico que mejor celebró las glorias de Portugal. Entonces se creían todos tan españoles como los aragoneses y los castellanos, si bien dejando salva la autonomía de Estado independiente. Hoy son pocos los que piensan así, aunque, en estos pocos, lícito es felicitarnos de que se cuenten notabilísimos pensadores y escritores ilustres de que Portugal puede jactarse aún: Latino Coelho, Oliveira Martins, Teófilo Braga y otros. Para éstos, lo mismo que para Menéndez, por cima de la variedad política que nos separa, hay civilización idéntica y unidad de misión y destino en ambas naciones, que constituyen una sola gente. Si Dios da a cada pueblo un ángel, o si la naturaleza le da un genio o espíritu que le guíe, aliente e inspire, la Península ibérica no debe tener más que uno, y el pueblo peninsular que reniegue del otro pueblo, sobre las mil desventuras que nuestra decadencia nos ha traído, tendrá también, a mi ver, la de quedarse sin ángel, sin espíritu o sin genio propio.

Grecia da a la humanidad la poesía, el arte, la ciencia y la filosofía especulativa. Roma, unidad y leyes. Italia resucita la civilización en la época del Renacimiento. España abre nuevos caminos, completa el conocimiento de nuestro planeta, magnifica el concepto del universo visible, e inicia la sublime misión de las grandes naciones europeas de extender por todas partes su imperio y su cultura.

Verdaderos portentos han hecho después, siguiendo nuestras huellas, ingleses, franceses y alemanes; mas para Menéndez y Pelayo, aún les queda mucho que hacer hasta que nos eclipsen y sobrepujen.

En todo esto, en mi sentir al menos, aun en prosa me parece que Menéndez y Pelayo tiene razón. Si exagera algo, ponderando quizá más de lo justo a los olvidados o poco estudiados filósofos españoles, y denigrando a veces a los alemanes, condenémosle en la prosa, pero absolvámosle en la poesía, donde entran por mucho el sentimiento y la pasión, y donde cuadran

bien la hipérbole y la vehemencia.

En poesía, además, caben pocos distinguos y disuenan los sin embargos, no obstante y a pesar de todo. Así es que nuestro poeta, a quien jamás abandona al escribir su alto y sano juicio, el cual no le deja caer en vulgaridad ni en disparate, aun al lanzar la inventiva más briosa o entusiasmarse con la apología más ardiente, suele hacer afirmaciones que en prosa merecerían refutación; pero refutación que casi nunca pasa de un distinguo, que el propio poeta pone o pondría cuando en prosa escribe o escribiese.

Debo citar algunas de estas afirmaciones.

Achacar a los alemanes o a los ingleses

Esta vaga, mortal melancolía

Que al mundo enfermo y decadente oprime,

no es justo, y bien lo sabe Menéndez y Pelayo.

Antes de Schopenhauer estuvieron Sakiamuni, los autores del libro de Job y del Eclesiastés, Menandro, cuyo terrible verso cita, y mil otros. La vaga, mortal melancolía oprime a los hijos de Eva, en este valle de lágrimas, desde que hay memoria de sucesos. No hay que culpar de tanto mal ni al cristianismo, ni a los pueblos del Norte.

Razón tiene el poeta en exclamar:

Orgullosos

Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos,
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio o del ecuóreo Betis;

pero se extrema demasiado en la censura cuando niega al germano tenaz hasta la posibilidad de ser tan poeta y tan artista como los griegos y latinos, suponiendo que la mucha cerveza que bebe le incapacita y atonta.

Donde el fermento

De insípida cebada en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando.

Esto, no obstante, es sólo un arranque de mal humor poético, que tiene gracia, y que, entendido así, tiene también verdad. Los doctores Lauser y Schuchardt, hallándose un día en mi casa de Madrid, con Menéndez, me excitaron a que yo moviese a éste a recitar los versos en que están esas diatribas contra los alemanes; Menéndez los recitó, y naturalmente, ellos los celebraron, aplaudieron y rieron.

Es evidente que hay algo de celos y de noble envidia patriótica en los citados dicterios. Por eso reían y aplaudían Lauser y Schuchardt. Nuestro humanista siente en el fondo del alma que el llamado por él sacrílego consorcio de griegos y teutones se celebra mejor, por ahora, que el de españoles y griegos; que las paces están hechas; que Elena y Fausto se casan, como imaginaba el Júpiter de Weimar, y que Euforión ha nacido

entre las nieblas hiperbóreas. Los cantos de Schiller y de Goethe bien pueden igualarse con el de las Piérides; y el filosofar caliginoso de Schelling y de Hegel, si no vale (por el estilo) lo que vale el filosofar de Platón, menester es confesar que por la profundidad, impulso extraño de la fantasía para crear ingente sistema que encierra cuanto es y admirable fuerza de discurso para ponerle en orden, a todo, desde Platón y Aristóteles hasta ellos, eclipsa y supera.

La referida envidia patriótica, o mejor dicho, noble emulación, se revela más candorosamente cuándo dice el poeta:

Siempre ansiosos

De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descienden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan;

donde implícitamente, y con dolor, confiesa que los Bárbaros se han enriquecido más que nosotros, no sólo de dinero, sino de clásicos; que en Alemania e Inglaterra se estudian y se saben mejor que en España esos libros inmortales, que él quiere por modelo; que en Oxford y Cambridge se representan, en griego, las tragedias de Sófocles, y que hombres políticos, ingleses y alemanes, conocen esos autores, y hasta se atreven a citarlos en sus arengas, en la lengua original, sin temor de ser silbados, como unos Don Hermógenes de nuevo cuño.

Imaginar que esto destruye la originalidad y vuelve anacrónicos y exóticos a los poetas del día, es imaginación vana y sin fundamento. Lo que producía la afectación exótica y el harto somero conocimiento que en España se tenía antes de las letras griegas y latinas. De seguro, por ejemplo, que a Menéndez y Pelayo no se le hubiera ocurrido jamás decir como Quintana:

Tres veces

De Jano el templo abrimos
Y a la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.

Visto que no hay templo de Jano, no podíamos abrirle ni cerrarle; y en cuanto a los dioses tutelares, como nadie cree en ellos, ni los hay en España, su auxilio no nos importaba lo más mínimo. Menéndez y Pelayo, como creyente católico, hubiera dicho que los Santos Patronos de nuestra devoción no habían intercedido con Dios para que nos diese la victoria; que Santiago no había bajado a combatir en favor nuestro; que la Santísima Virgen María no había querido darnos su amparo; y al decir todo esto, hubiera sido muchísimo más clásico y más fiel imitador de los griegos que el ilustre Quintana. Si Leopardi dice, por ejemplo:

¡O numi, o numi,

Pugnan per altra terra itali acciari!

el tono general de la oda A Italia, el conjunto de las ideas filosóficas de Leopardi, todo justifica la exclamación de ¡oh númenes! y la hace

natural y no afectada y falsa. Los dioses tutelares de que habla Quintana, o son Santiago, la Virgen y otros Santos y Santas de la Corte celestial, y entonces es impropio llamarlos dioses, o no son nadie, sino una huera figura retórica; mientras que los númenes de que habla Leopardi se ve claro que son las fuerzas de la naturaleza que cumplen los decretos del destino ciego e inflexible, único Dios en quien él creía. Sin duda que los númenes no existen para Leopardi como tales númenes; pero, consentida la personificación, los númenes existen; tienen una realidad objetiva que sirve a la personificación de fundamento, y es tal la energía e importancia de esa realidad, que el personificarla y el convertirla en númenes resulta más que justificado.

En general, si está bien o mal el uso de la mitología griega en la poesía de ahora, es cuestión que, como muchas otras, deja de serlo, no bien se pone en claro, o sea sin ambigüedad ni equívoco en los términos.

En una narración poética de antiguas edades, en que las fábulas griegas eran creídas, dichas fábulas pueden entrar y tienen verdad estética. Todo depende del tono del narrador y del tino y buen gusto con que las emplee. Pero así, no ya la mitología griega, sino la egipcia, la de Escandinavia y la de los Vedas, están en uso. De esta última se empieza a usar mucho en las literaturas contemporáneas. Leconte de Lisle en Francia, Goethe en Alemania, en Italia Gubernatis, en Portugal con gran primor y acierto Cristóbal Ayres, creo que nacido y educado en Goa, y en España Bécquer y un servidor de usted, aunque esté mal el citarme a mí propio, hemos echado mano de la mitología védica y brahmánica. Pero ¿qué mucho, si Gonsalves Días ha empleado con éxito la mitología de las tupinambas y de otras tribus indígenas del Brasil?

Desde esto, no obstante, hasta el propósito, que con toda seriedad tienen algunos autores, de reemplazar la mitología griega con otra mitología, hay enorme diferencia.

La total cultura de Europa es combinación de varios elementos; unos que persisten en nuestro ser y forman la vida esencial del espíritu; otros que vienen a enriquecer el conjunto, pero que no son esenciales. De aquí la distancia que media entre los dioses indios, o los dioses de la Walhala, y los dioses griegos. Estos últimos viven en nosotros, tienen en nuestras almas aún Olimpo y Parnaso; son ideas inmortales de un pueblo que nos dio el arte, la filosofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva sabiduría novísima puede gran cosa, ni el cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adornar sus verdades y sus representaciones artísticas cuanto hay en ello de hermoso y puro. Por esto dice nuestro poeta:

Así León sus rasgos peregrinos

En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocose
Más de un templo gentil purificado.

Y entendiendo así este negocio, razón tiene nuestro poeta para añadir en otra parte:

Te contaré mil fábulas sagradas

De amores de los hombres y los dioses:
Cuanto soñó la griega fantasía
En la serena juventud del mundo.

No piense por esto el lector que Menéndez y Pelayo sea un poeta muy mitólogo. Su mirada se dirige a lo presente y a lo futuro, más aún que a las cosas que fueron.

Y lo que verdaderamente busca en los libros antiguos es
El vino añejo que remoja el alma;
el entusiasmo artístico, y la sobria concisión; el ne quid nimis sobre todo.

Como Menéndez y Pelayo dice, en un comentario o análisis que ha hecho recientemente de la Poética de Aristóteles, para él el arte es la facultad de crear lo verdadero con reflexión. Crear, pues, lo falso, con reflexión o sin ella, es lo más contrario al arte que puede imaginarse. Sin reflexión se adivina a veces lo verdadero, pero más a menudo se crea algo que no es ni verdadero ni falso: lo insustancial y lo soso, o lo ambiguo, anfibológico e incierto.

De esto, por desgracia, hay bastante en nuestra poesía lírica, si bien, cuando se da con la verdad irreflexivamente, aparece cierta belleza milagrosa en la obra poética, que a veces hechiza y deleita más que la de toda creación reflexiva.

De este hechizo carecen las composiciones de Menéndez y Pelayo, quien siempre sabe lo que quiere decir, y lo dice; pero, en cambio, tampoco hay en sus versos las vaguedades e incertidumbres en que abundan hasta nuestros más egregios poetas.

Buscaré ejemplo de esto en la ya citada oda de Quintana, por lo mismo que, en mi sentir, es de lo más hermoso que en nuestra lengua hay. ¿Qué significa el poeta al decir que España fue la reina de las naciones,

La que a todas las zonas extendía

Su cetro de oro y su blasón divino?

¿Aplaudes que España se juzgase el Pueblo de Dios de las edades modernas, y que cumpliera su misión de extender la religión católica por todas las zonas? Esto no estaba en la manera constante de pensar de Quintana, y dado que, al menos en aquel momento, lo hubiese estado, merecía más terminante explicación, y no el mero epíteto de divino, lanzado al paso sobre el blasón. Es, pues, de presumir que el blasón divino no significa nada; que está de sobra; que es un casi-ripio, para redondear un verso y hallar consonante a destino, que está en otro verso anterior. Si Quintana no quería elogiar nuestra propaganda religioso-guerrera y política, debió decir sobriamente

La que a todas las zonas extendía

Su cetro de oro...

y borrar el blasón divino, que en sus versos no vale, sino blasón bonito,

elegante, ilustre, encumbrado; en suma, todo lo que se quiera si carece de color y de sentido preciso.

Lo que llevamos examinado hasta aquí de las poesías de Menéndez y Pelayo, basta a que le calificuemos de poeta original, si bien de poeta que, por más que se inspire en los sentimientos de su propia alma, no logra, no por contemplación directa de lo real, en la vida, sino con ocasión de sus estudios y de su ciencia.

Aun así sólo, como en España (no me tilde usted de adulator del vulgo y de encomiador de lo presente: lo digo con sinceridad) vivimos ahora en un período de florecimiento, nuestro poeta no ha sido únicamente aplaudido como tal por los que, al hacerlo, pueden dejarse llevar del espíritu de partido, sino también por personas que en los partidos más opuestos militan.

Entre estos encomiadores descuella un crítico duro, cruel, injusto a veces y sobrado descontentadizo; pero (estoy seguro de que no me engaña la gratitud) de agudísimo ingenio, de erudición varia y sana y de singular chiste y discreción en cuanto escribe, cuando la pasión de secta no le ciega: el Sr. D. Leopoldo Alas. Con trasladar aquí algunas de las alabanzas que él da a Menéndez, terminaré y completaré esta parte de mi estudio.

«Menéndez, dice, quiere, como Chénier, que imitemos a los antiguos, porque sabe la diferencia que va de la imitación servil, fría y rebuscada, a ese espíritu de asimilación que escoge, de todo lo bueno, la flor, lo exquisito. Nada más necesario para nuestras letras, tal como andan, que ese estudio prudente y bien sentido de la civilización clásica y de su literatura; nada más digno de admiración que ese espíritu, encarnado en un joven que, sin precedentes próximos, sin más atractivo poderoso y de cuenta que la propia inspiración, se arroja por tan desusado camino... Hay algo en lo clásico, necesario para la educación completa... Menéndez acaso es él solo que lo comprende aquí y lo siente como es menester para hacerlo fecundo. Amar lo antiguo por ignorancia de lo moderno, es achaque de algunos eruditos; pero amarlo, conociendo lo nuevo, y, por lo mismo, porque se echa de menos en esto lo que en lo antiguo existe, es otra cosa».

Natural es que lo primero que directamente mueva a cantar a un joven poeta sea la mujer y su hermosura. Natural es que Amor sea el primer numen que le inspire. Pero en Menéndez y Pelayo no sucede así. Engolfado en sus estudios, asistente en las aulas y en las bibliotecas, y velando de noche sobre los libros, y no en los salones, no toma hasta tarde, con relación a su precocidad, asunto que no sea de sus estudios mismos.

Sus primeros versos de amor son A Epicaris, y en ellos se ve patente la verdad de lo que decimos. El estudiante tiene una novia, sencilla sin duda, modesta y buena, con quien no podemos menos de creer que piensa en contraer matrimonio. El caso es bastante serio, y el espíritu del poeta lo es también para que produzca versos ligeros, alegres y galantes. Pudiera haberlos producido tiernos y apasionados; pero, menester es confesarlo, tampoco lo son los versos A Epicaris. Nuestro poeta, que trata de crear lo verdadero con reflexión, es incapaz de mentir; y como anda tan distraído con su ciencia y su filosofía, si bien reconoce mil prendas excelentes en su futura, se queda frío o se entusiasma poco. De aquí que, en vez de

enamorarla y arrullarla, le da una lección de metafísica o de ontología, procurando explicar de qué suerte Dios está en todo, resplandeciendo su luz y hermosura, en unas partes menos y en otras más, a través de lo creado. El mundo material es como nube o velo que encubre la hermosura de Dios. Pero sólo, por entre esa nube o velo o en el centro del alma, podemos columbrar dicha hermosura. El mundo es también como símbolo, como hieroglífico, donde lee el sabio lo que de Dios puede saberse. La armonía del mundo denota la bondad y el saber soberano del Creador. Ahora bien: una muchacha bonita es cifra o compendio de ese símbolo, lo más transparente y claro del velo o de la nube, y el motivo o tema capital, al menos para los hombres, de la total armonía. De aquí resulta que el poeta elija a Epicarís para su símbolo, y como medio grato de llegar, hasta donde al hombre es posible, al conocimiento de Dios. Los versos son elegantes, primorosos y tersos; las filosofías están bien expuestas y sentidas; pero el amor vivo no parece. En cierta linda copla de fandango, donde las mismas filosofías y teologías, según el vulgo alcanza a entenderlas, se encuentran también, hay mil veces más pasión que en las atildadas estrofas con consonantes de nuestro poeta. La copla dice:

Rubita, sol de los soles,
Tu cara es una custodia,
Y tu pecho la escalera
Para subir a la gloria.

Las cosas cambian de aspecto, y el poeta halla al fin verdadera inspiración amorosa, cuando viene a Madrid de asiento, precedido de alta fama; gana la cátedra por oposición, y es ensalzado con justicia por todas partes.

En el día no puede decirse lo que dijo Iriarte de las españolas sus contemporáneas:

Las mujeres ahora no despuntan,

Como en siglos pasados, por discretas.

En el día, particularmente en la high life, hay en esta Corte no pocas lindas damas, aficionadas a toda cultura intelectual, y que se prendan e interesan, como las mariposas a la luz, por cuanto de cualquier modo resplandece. Algunas han aprendido mucho de re litteraria; otras, tal vez, no tuvieron tiempo para aprender, envueltas desde muy niñas en el torbellino de las fiestas, paseos, toros, teatros, tertulias y demás diversiones; pero la agudeza, la facilidad de comprensión y la claridad del natural criterio, suplen con frecuencia la falta. De aquí que nuestras damas sean, a mi ver, tribunal casi infalible para fallar sobre el mérito de los hombres, ya brillen en la tribuna, ya escriban para el teatro, ya compongan libros de bella literatura y hasta de filosofía. Sobre el fallo viene el influjo. Al político, al poeta, al literato y al sabio, cuando empiezan a brillar, tal vez les faltan aún algunos perfiles y pulimentos, que ellas añaden. Numa aprendió no poco de Egeria, y Pericles y Sócrates aprendieron de Aspasia. Ya que no el Amor, una diosa que no está en el Olimpo, porque es muy moderna, la coquetería, presta hoy su milagroso poder a las damas para que influyan de esta suerte.

En resolución, Menéndez y Pelayo fue influido. El estudiante candoroso, modesto y retirado, fue presentado y agasajado en los más brillantes salones; y lo eléctrico de las miradas, las palabras de miel y la belleza elegante, le arrebataron el alma y lograron que de ella brotasen cantos bellísimos: extraña explosión de amor, síntesis armoniosa de afectos algo paganos, como los de los poetas clásicos antiguos por sus Gliceras, Lesbias y Cintias, y de adoración extática, como la de Dante y Petrarca por Beatriz y por Laura.

Pero, sobre todo, prevalece el sentimiento de que la dama, a quien el poeta se consagra, es como su musa, su sibila, su adoctrinadora; una hada o maga que le enseña la ciencia arcana que ignora aún; le abre el tesoro de los poéticos ensueños, y hiere para él, con su varita de virtudes, la peña agreste del ingenio nativo, haciendo surtir de allí el manantial de la inspiración propia, y un universo flamante, maravilloso, mil veces más rico y ameno que el conocido.

De oro y azul estancias fabulosas,

Nunca soñadas de alarife moro;
Alcázares de gnomos y de silfos;
Escondidos talleres
Donde el martillo de los genios suena;
Trémulos lagos donde hierve el oro,
Y un sol que centuplica sus ardores
Sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
E infunde en nueva tierra y nuevos cielos
Una oculta virtud germinativa.

¿Para qué citar versos de estas composiciones de amor, si todos son igualmente sencillos e inspirados? Cada uno de estos cantos surge de repente, sin enmienda y sin retoque, del alma del poeta: ex abundantia cordis, al principio, por la traviesa y graciosa Lidia; y después, cuando el corazón

Ya rota el ara del amor primero,

Halló trivial lo que juzgó divino,

por la rubia y simpática Aglaya, viniendo a ser la una y la otra sucesivamente profetisas de amor, gentiles iniciadoras en sus misterios, Diótimas nuevas,

Germen de soberanas fantasías,

Horno do se caldea
El metal en fusión del pensamiento

y otras mil virtualidades o potencias miríficas que el poeta enumera y realza por medio de hermosas y variadas imágenes, las cuales se precipitan cual torrente sonoro en el cauce de sus fáciles versos.

No negaré que éstos obtendrían mayor popularidad, y se grabarían mejor en la memoria, si fuesen quintillas, octavas, décimas u otras estrofas aconsonantadas, simétricas y más cantables. Pero acudir con tal

exigencia a Menéndez y Pelayo, sería suponer que en sus versos amorosos ha habido premeditación, permítaseme la palabra. Y nada más lejos de eso. El mayor hechizo de estos versos estriba en lo impremeditados. Salieron porque sí, y salieron con la forma que tienen, y ya no podía dárselos otra. Lo cual no es afirmar que salieran los versos sin reflexión y sin arte, sino que el arte y la reflexión están inmanentes en el poeta, y ni en el más improvisado arranque le abandonan.

Espronceda, en el Canto a Teresa, y la Avellaneda y Tassara, que son quizás, en nuestro siglo, los que mejor han cantado el amor en España, premeditan sin duda más lo que cantan; pero carecen de aquel constante acierto, de aquella sobriedad atinada y de aquella limpia pureza de líneas.

Goethe, el lírico del amor, aguarda para cantarle a que el alma se sosiegue; y entonces, tomándola como objeto, con frialdad crítica y esmerada labor, esculpe, cincela y engalana, como hace el joyero con el material de su obra, las propias impresiones y pasiones. Se parece a aquel refinado artista, no recuerdo si de Atenas o de Síbaris, que sacó en molde el firme y floreciente pecho de su joven enamorada, y, reproduciendo en oro sus airoas y suaves curvas, labró espléndida taza, digna de que en ella Higia escanciase a los hombres beatífico nepenthes, y Hebe el néctar a los inmortales.

Pero cada cual es como Dios le ha criado, y la serenidad olímpica de Goethe, de que alguien le zahiere, atribuyéndola a un alambicado egoísmo, es lo más opuesto a la candidez fervorosa y súbita de Menéndez y Pelayo. Dejémosle, pues, con sus versos libres, que brotan de improviso, y no por merced de estudiada cavilación retrospectiva.

Más hermosos aún que el amor se los ha inspirado la amistad; amistad dulcísima, entusiasta y respetuosa, a otra mujer de la sociedad aristocrática madrileña. La superior inteligencia de esta mujer, su bondad sin coquetería, la noble distinción de su porte y modales, su sencilla naturalidad y su afable indulgencia, ganan las voluntades todas. El literato, el filósofo, el político y el poeta, hallan en ella mente que los adivine y estimule cuando aún son oscuros, que los celebre y juzgue con más elevación que la generalidad cuando ya son ilustres y famosos, y que siempre los comprenda y estime. Como su apacible trato cautiva, pronto se granjeó el afecto de nuestro joven poeta. Ella le pagó con usura, en el más delicado aprecio de su ingenio y saber y en la simpatía más generosa.

Un grande infortunio dio ocasión a Menéndez para mostrarle su cariñosa gratitud, escribiendo los versos mejores que tal vez ha escrito.

El hijo primogénito de esta dama, por ella entrañablemente amado, murió en la flor de su edad, víctima de mal irremediable del pecho, yendo por mar, en busca de salud, desde Málaga a Cádiz.

Analizar aquí la Elegía a su muerte, escrita por Menéndez, sería una profanación. Léala quien tenga alma, y su voz se pondrá trémula y las lágrimas se agolparán a sus ojos. Pero no serán lágrimas amargas, sino rocío fecundo en esperanzas celestiales, en santa resignación, en melancólica dulzura y en optimismo cristiano. ¡Qué sentimiento tan verdadero y tan hondo! ¡Qué consolación tan sencillamente dada a la afligida madre! Así Virgilio, si hubiera recibido en la pila bautismal la fe de Cristo, hubiera lamentado a Marcelo. Todo en esta Elegía, oro

acendrado de Tíbar, es natural, nítido y melodioso desde la primera a la última palabra. Sólo hay cuatro versos que disuenan, que borraré yo de mi ejemplar, y que si pudiese borraría de todos. Borrados dichos cuatro versos, en mi sentir, queda perfecta la obra.

Deber de crítico y deseo de dar con esta penosa declaración completa autoridad al encomio, me obligan a declarar que hay cuatro malísimos versos en la Elegía. El gusto de lo falso y lo hinchado es pestilencia tan sutil, que penetra por cualquier resquicio, y al descuido más leve, hasta en las estancias más resguardadas y salubres. Donde todo está dicho con tan sublime sencillez, duele encontrar lo siguiente:

La fiebre, que sus huesos,

Cual indómito monstruo, contundía,
El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa.

Este corcel, que vuela por la sangre (y aquí se me ha de perdonar el desenfado, pues escribo una carta familiar, aunque para carta va siendo larguísima); este corcel, digo, me da cien patadas, porque tanto él como el indómito monstruo que va en el caballero, tratan de destrozar y contundir, aunque en balde, una de las más brillantes y finas joyas de nuestra poesía.

He dejado expresamente para lo último el hablar de la más importante composición que contiene este tomo. Ahora me pesa, porque el lector ha de estar ya cansado, y yo también lo estoy. Algo, con todo, es indispensable decir.

En esta composición, que se titula La galerna del Sábado de Gloria, alienta toda el alma del poeta: su fervor religioso, su amor a la ciudad natal, su entusiasmo por la brillante historia de los cántabros, su viva comprensión de la belleza del paisaje, su concisa potencia gráfica para describirle, y, por último (para que se pasmen los que le acusan de neo), su aplauso cordial a cuanto hay de grande y noble en nuestra época, y su fe en el progreso humano y en la santidad y éxito seguro de la misión que tiene nuestro linaje de continuar, hermohear y completar con su trabajo la creación divina.

¡Perenne lid con la materia inerte;

Dura labor, pero victoria cierta!

Al llegar a este punto, el poeta hubo de creerse, con razón, un Píndaro de ahora iluminado su espíritu por luz más alta y pura, que viene del Tabor y del Gólgota, y por los resplandores naturales de la ciencia y de la razón de nuestros días. Y entonces, queriendo eclipsar las Olímpicas, exclamó con arrogancia sublime y justa:

Otro estadio, otra arena, otra

cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora

Como al atleta coronar solía.

Ahora bien: si cuanto va expuesto hasta aquí no basta para convencer hasta a los más empedernidos (entre la gente de pícaro gusto, se entiende, porque la que le tiene bueno no necesita que yo la convenza) de que Menéndez y Pelayo, a más de ser erudito, discreto, prosista fecundo, filósofo y buen hablista, es un poeta lírico, no así como quiera, sino de los mejores, considero inútil seguir predicando en desierto, y pongo término a esta interminable carta, la más larga que he escrito en todos los días de mi vida.

Sentiré que usted se fatigue leyéndola, y mas sentiré aún que el público se fatigue, si usted se la da como Prólogo o Introducción.

Menester era cumplir lo prometido a Menéndez y Pelayo, y queda cumplido, tal vez de sobra.

No es malo advertir, sin embargo, que sólo por conjeturas se puede evaluar, en huerto bien labrado y fértil, la abundancia del fruto, mientras todo no llega a sazón y se hace el esquilmo.

Del ingenio de nuestro poeta no tenemos sino las primicias. Salva la distancia entre el mito y la realidad humana, es lícito aplicar a Menéndez lo que el himno homérico dice de Hermes, que, niño aún, en su más temprana mocedad, inventó y pulsó la cítara y se apoderó del rebaño del flechador Apolo. Mucho promete como pensador, como erudito y como poeta, si el estro, la salud y la actividad no le fallecen. Sin dejar de ser lo que es, hallará nuevos tonos; volverá, en la poesía, a la rima; cultivará el romance; no será menos helénico, y, si cabe, será más hispano. La patria, la religión y la humanidad en su progreso; las atrevidas empresas de esta gente, primogénita en Europa de los arios euplocamos, a quien él ve, como avanzada de la civilización, sobre las tres grandes penínsulas de la mar mediterránea; y por cima de todos los altos y transcendentales conceptos y aspiraciones de lo infinito y divino, han de ser, no lo dudo, más amplia y magistralmente cantados por él. Amor, además, se le aparecerá bajo forma, si se quiere menos etérea y fantástica, pero moralmente más hermosa. No le hará idolatrar en la mujer a una deidad o célica maestra, que acude, como Venus al hijo, a acabar de educarle, en entrevistas fugitivas sino que le enseñará a respetar y a amar en la mujer a la dulce y fiel compañera de la existencia toda, la cual no huirá, y a la cual no tendrá, como a Lidia, a Aglaya y a otras, que increpar cuando huya, exclamando:

Quid natum toties, crudelis tu quoque,

falsis

Ludis imaginibus?

Por lo pronto, y dejando a un lado profecías y mal encubiertas semi-nupciales amonestaciones, Menéndez y Pelayo ha prestado ya no pocos servicios a nuestra poesía grave y elevada. Su saber no le ha impulsado, como insinúa la ignorante malicia, a escribir cosas obscuras, sino a escribir claro. Es singular; nuestros poetas ligeros y algo picarescos tienen concisión y claridad; rara vez emplean palabras ociosas o sin sentido; pero, entre los que se encumbran, hasta el más abonado suele irse a menudo por los cerros de Úbeda, sin que haya quien le ataje, y armar tan ininteligible jerigonza, que nos provoca a llamarle, con Lope:

... Poeta al uso;

Que él tampoco entendió lo que compuso.

Contra éste y sus semejantes nos da ejemplo Menéndez, que siempre dice lo que sabe y sabe lo que dice.

Veo con sorpresa, a última hora y ya terminado este escrito, que el tomo no es sólo de poesías líricas, sino que contiene además dos tragedias de Esquilo traducidas: Los siete sobre Tebas y el Prometeo. Agradezca usted a esta circunstancia el que no conste esta carta-prólogo de cinco o seis páginas más; permíteme que en cierto modo quede incompleta, a pesar de ser tan larga, y créame su afectísimo amigo
Juan Valera.

Lisboa, 24 de diciembre de 1882.

Primera parte
Odas y epístolas

Soneto-dedicatoria

A ti, de ingenio y luz raudal

hirviente,
De las helenas Gracias compañera,
De mis cantos daré la flor primera:
Gane hermosura al adornar tu frente.

No de otro modo en bosque floreciente
Rudo y sin desbistar el leño espera,
O el mármol encerrado en la cantera,
El sabio impulso de escultor valiente.

Llega el artista, y la materia rinde;
Levántase a forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y escinde.

Corra, en la piedra, de la vida el río;
Tú serás el cincel, noble Señora,
Que labre el mármol del ingenio mío.

Carta a mis amigos de Santander
Con motivo de haberme regalado la bibliotheca graeca de Fermín Didot
(2)

¡Al fin llegaron... desde el turbio Sena
Que la varia y gentil ciudad divide,
Metrópoli lodosa de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria invicta,
Último escollo del poder latino!

¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen
Volúmenes sin cuento; ¡qué delicia
Es recorrer sus animadas hojas!
¡Cómo a la mente atónita resurgen
Los inmortales de la edad helena!
¡Cómo habla la belleza en esos libros,
Llenando de deleites y memorias
El alma henchida de estupor sagrado!

Si el pagano escultor sintió animarse
La piedra que él en diosa transformara,
Y la sangre serpear entre las vetas
Del pario mármol, y espirar los ojos
Lumbre de vida, y rítmica palabra
De sus labios salir, y el pecho alzado
En onda de suspiros agitarse,
Y los brazos tenderle -¡insigne premio
Al vencedor artífice de Atenas!-
Tal siento palpitar eterna vida
Entre las muertas hojas de esos libros,
Del tiempo y la barbarie vencedores,
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.

Ved... Homero está aquí... bélico estruendo
Del Escamandro en las riberas suena;
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas
En torno de la leche, la llanura
Invaden con sus carros; allí Aquiles,
El de los pies ligeros, rauda vuela,
Agitando fatídicos corceles.
Las troyanas esposas desde el muro
Con horror le contemplan; solo Héctor
Combatirá por el Ilión sagrado;
Miradle traspasar la puerta Scea;
Andrómaca, bañada en risa y lloro,
En brazos lleva al pequeñuelo infante,
A quien asusta el yelmo empenachado
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja
Fuego voraz a las aquivas naves!
¡Ved cómo estrecha el suplicante Príamo
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,
Y cómo lleva a sus ancianos labios
La mano matadora de sus hijos!

¡Pues qué, si de la plácida Odisea
Vago feliz por los amenos bosques!...
Allí portentos de la docta Maga,
El Cíclope sin luz, y los vergeles
De Alcino, y de la gruta de Calipso

El umbroso frescor; allí la lucha
Del mañoso Itacense con los vanos
De la casta Penélope amadores,
Que en balde el arco manejar querían,
Por la diestra fortísima doblado
Del hijo de Laertes. ¡Y qué escenas
De hospitalaria paz bajo los techos
Del viejo Néstor y del rey de Esparta!
¡Qué Elena tan gentil, ya redimida!
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente
De cuanto bello el arte ha concebido!
De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
A Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.

¿Y quién agotará su cauce al río?
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron
Líricos vates, del sagrado suelo
Bañado por las ondas de armonía,
Que de la voz de Homero se desatan
Para fecundizar los campos griegos?
Apagadas cenizas sólo quedan
De la llama de Safo, ora a Afrodita
Quiera ablandar con métricos halagos
Porque a sus brazos al infiel conduzca,
O ya en ardiente, voladora estrofa,
El fuego exhale que en sus venas corre,
Cuando contempla a aquel mortal dichoso,
A los eternos dioses semejante,
Que mira frente a sí reír su amada,
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela
La oda triunfal de Píndaro, y corona
De lauro inmarcesible al noble púgil
Que huella invicto la palestra Elea,
Entre el polvo de férvidas cuadrigas
Y los aplausos de la doria plebe,
Infundiendo las Gracias de Orcomeno
A sus miembros vigor y gallardía!
Y no de ungido luchador tan sólo
La gloria canta, mas de su linaje
Y su pueblo también; que la oda inmensa
En hilo de oro engarza tierra y cielo,
Vuela del agua al sol, del sol a Jove,
Y oráculo de pueblos y Sibila,
De la justicia y sobriedad las leyes
Grata pronuncia en vividores versos.

Venid a mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Aleco, de Estesícoro y Simónides,
Donde aún alienta el genio en cada sílaba;
Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz mesénica contienda;
Y templen tal horror con dulce halago,
El himno de Baquilides suavísimo,
O la voz grave del anciano ascreo,
O el canto pastoril siracusano,
O un enjambre de abejas desprendidas
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante
Me parece asistir; encadenado
Miro al Titán filántropo en la roca
Su cólera exhalando contra Zeus
En impotentes voces, mientras Io
Mísera vaga por la ardiente arena,
Y el coro de las Ninfas Oceánidas
A tan recio dolor no halla consuelo.
Ved, bañado está en sangre el de Micenas
Alcázar opulento; de Casandra
La fatídica voz alzarse escucho;
Sigo temblando al parricida Orestes,
Cuando aún la sangre cálida gotea
De su madre infeliz y las Euménides
No abandonan su umbral, siempre entonando
El coro vengador; él, perseguido
Por los terrores de conciencia inicua,
De gente en gente vaga; sólo encuentra
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.
Que no el choque brutal de las pasiones
Se limita a pintar el arte heleno;
Queda en el fondo del oscuro vaso
Una gota de miel; todo lo temple
La voz solemne del antiguo coro.
Religiosa emoción la mente embarga,
Al ver a Edipo ciego, desterrado,
Su carrera expiatoria ya cumplida,
Penetrar en el bosque de Colona,
Y hacer sagrada con la tumba suya
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas
De la tragedia griega, castas vírgenes,
Antígona, Ifigenia, Polixena,
Que al dar el cuello al sacrificio infando,
Sólo el morir tan jóvenes sentíais!
¡Cuál resplandece la verdad humana
En esas puras frentes! ¡Cómo sabe

Eurípides mover los corazones,
De la cautiva Andrómaca al lamento,
O a los furores de la Colquia maga!
¡Cuál se despide moribunda Alceste!
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes
El ulular de la nocturna orgía!

¡Coros de nubes y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.
¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto septentrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!

¿Quién fantaseó de griegos y teutones
Sacrílego consorcio? Entre la niebla
De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que a nuestros campos
El don prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá a Elena
Con el Fausto casar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos
De tierra más feraz, al mediodía
Los Bárbaros descienden; en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan,
Mas no el rudo cantar de sus montañas
Al canto de las Piérides igualen,
Ni su filosofar caliginoso
A aquella antigua, plácida Sofía,
Que del divo Platón en el Convite
Alzó la mente a contemplar el rastro
De la eterna belleza, y a expresarla
Cual nunca la expresó lengua nacida.

Esa Venus Urania, siempre joven,
Que si, al sepulcro descender pudiera,
Otra vez del sepulcro se alzaría,
De juventud radiante y de hermosura,
Por la voz de Demóstenes hablaba
En el tumulto del hirviente foro;
Del cándido Herodoto se envolvía
Entre la ingenua, desatada prosa,

Y en el seco, nervioso y penetrante
Estilo de Tucídides; posaba
De la abeja del Ática en los labios
La pura esencia de las jónicas flores.
Ella enmeló las flechas de Luciano,
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,
Déspota rey de la conciencia humana,
Culto y aras le dio.

¡Las Gracias llenen,
Amigos, vuestra mente con sus dones;
Las Gracias, compañeras de la vida,
Por fácil lleven y apacible senda,
De flores adornada, vuestros pasos!
Ni me olviden a mí. Yo el don precioso
Que de vuestra amistad hora recibo,
Conservaré con diligente estudio,
Y el revolver los inspirados folios
Traerá a mi mente la memoria grata
De los caros amigos donadores.

¿Cómo olvidar a ti, que en rica prosa,
Del áureo siglo el esplendor renuevas; (3)
Ni a ti, cantor del Anahuac ingente,
Cual sus bosques espléndido y lozano; (4)
Ni a ti por quien El Tuerto y Tremontorio
No envidian de Cervantes los pinceles; (5)
Ni a ti que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas Musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy; (6) ni a ti que a Víctor Hugo
Cubriste fiel con peregrino manto,
Tejido de colores y armonías,
Volviendo a España el oriental tesoro,
Que él al Sena llevó; (7) ni a ti que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergaminos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias; (8)
Ni a vosotros, mis dulces compañeros
En estudioso afán; ni a los sagaces
Del comercio fructífero ministros,
Por quien nuestra ciudad es rico emporio
De los tesoros de la mar de Atlante?

¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,
Puerto de la Victoria apellidada
Por el romano triunfador Augusto,
Cuando del fuerte cántabro imponía
El yugo a la cerviz! ¡Puerto sagrado

Por las cabezas que en tu templo guardas!
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,
Dilátense tus muelles opulentos
Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
O del café los vigilantes granos,
O la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

Y no olvides jamás, patria adorada,
Que fueron, como tú, de mercaderes
Cuna y albergue Rodas y Florencia;
Recuerda que el Magnífico Lorenzo
No fue educado en el feudal castillo
Que alzó el señor germano entre las ruinas
De la inmortal, helénica cultura,
Sino en la abierta, florentina lonja;
Y de aquel mercader so el regio manto
Medró la ciencia, sublimose el arte;
La lámpara platónica encendida
Tornó a brillar en manos de Ficino
Y del latín en las marchitas frases
El alma juvenil de Policiano
Supo infundir calor y nueva vida.
Recuerda que togados mercaderes,
Los que sus leyes al Oriente dieron,
Cuando temblaba la imperial Bizancio
Del león de San Marcos al rugido,
Ardieron en la misma noble llama.
Para ellos los Paladios y Bramantes
Alcázares suntuosos levantaron
Orillas de la adriática laguna,
Y del ducal palacio en las techumbres
Torrentes de color vertió Ticiano.
Que no el amor del oro allí extinguía
Del genio vividor la pura llama,
Ni ha de apagarla en ti. Con larga mano
Premia el ingenio y al saber ayuda,
Ni ingenio ni saber en mí premiaste;
Sólo el intenso amor irresistible,
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquel amor más íntimo y potente
A mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Sonando, cual arrullo en mis oídos,
Lento el rumor de su arenosa playa.

La galerna del sábado de gloria
(1876)

Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas.
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona;
Que ni falerna vid ni ático olivo,
Ni siciliana mies ornan sus campos,
Ni allí rebosan las colmadas trojes,
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente;
Pero hay bosques repuestos y sombríos,
Misterioso rumor de ondas y vientos,
Tajadas hoces, y tendidos valles
Más que el heleno Tempe deleitosos,
Y, cual baño de Náyades, la arena
Que besa nuestro mar; y sus mugidos,
Como de fiera en coso perseguida,
Arrullos son a la gentil serrana,
Amor de Roma, y espantable al vasco,
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan
Cual ceñidor las Cícladas marmóreas;
Ni el golfo que con dórica armonía
De Nápoles arrulla a la Sirena
Cabe la sacra tumba de Virgilio;
Ni el vago azul de la marina Jonia;
Sino el Ponto que azota a Caledonia,
Y roto entre las Hébridas resuena,
Titán cerúleo que a la yerta gente
Hace temblar en la postrera Tule,
Y cabalga entre nieblas y borrascas
Sobre el inmenso Leviatán, que nutre
Con pestífero aceite la candela
Del céltico arponero. Ni cien carros
De guerra hicieran tan horrible estruendo
En torno de Ilión, como esas olas
Cuando las perlas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven a alzar firmes y rudas,
En son de guerra y vencedor amago,
A renovar el memorable estrago
Que en la Pasión de su Hacedor movieron;
Por eso es hoy más íntima y solemne
La voz de las tormentas boreales,
Mayor su indignación, cuando arrostrarlas
Osa el nauchero de piedad desnudo.
¡Ay! no verá la luz del patrio faro
Sobre el amigo cerro de la costa,

Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
Ni su velera y triunfadora nave,
Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
Rota y hundida la soberbia quilla,
Que oro y baldón conduce a estas arenas,
O el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va; sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas;
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancebos
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto,
Acariciados por maternas olas,
Do lleve el viento el son de las campanas
De la torre natal, a sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma;
Del que a Cannas Aníbal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los vacecos y autrigones;
Del que en la cruz de su triunfal suplicio
El bárbaro cantar de la victoria
De Agripa ante las haces entonaba.
¡Oh, sálvalos, Señor! En ellos corre
Sangre de Bonifaz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela,
Del que trazó primero en breve carta
La soledad de los indianos mares,
Y en sus bosques logró gigante tumba,
Al impulso de arpón enherbolado.
¡Contéplalos luchar!... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Oceano,
Ni del hado la ley adamantina...
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rojiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.
¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote

Les dio la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron,
Cual lo que vio la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente;
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,
Entre Dios y la mar la Cruz alzada,
Y descender con palmas y coronas
Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros. (9)
¡Muerte feliz, entre la paz del cielo
Y el beso de los mares! Cuando vengan
A acariciar la conocida playa,
De barca y pescador traerán los restos
En el cendal de su tejida espuma.

Otro celebre en canto que no muera
La guerra y la ambición, peste del mundo,
Y a la fuerza brutal erija altares.
Yo diré que mis cántabros se hundieron
Con los despojos de su fiel trainera,
Como cae el guerrero en la batalla
Asido al asta de su enseña rota.
¡Y aún es más noble y santa que en el campo,
En el taller la sangre derramada
A impulsos del martillo y de la rueda,
O en el cóncavo seno de los montes,
Al trueno de la pólvora deshechos,
Por donde agita sus humeantes crines
El moderno Tifón, o en los escollos
Do cela el mar sus perlas y corales!
¡Perenne lid con la materia inerte,
Dura labor, pero victoria cierta!
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora,
Como al atleta coronar solía!

Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta a cubrir las llagas de tu pueblo
Un trozo de tu regia vestidura;
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tugurio suspendidos
Y por el vendaval y por los soles
Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.
Santander, 1877.

A Lidia

Almas afines hay; bésalas Jove,
Y las manda a la tierra con el sello
De divina hermandad. Si no se encuentran,
Largo gemido y sempiterno lloro
Es su vida mortal. De vanos sueños
Se enamoran tal vez; el aire abrazan,
Y entre el error y la esperanza viven.
Una forma, una línea o un sonido
Les trae el eco de su dulce hermana,
Sombra falaz que sujetar ansían,
Y que cual humo leve desaparece
En la nocturna lóbreguez. La idea
Del vago bien, la forma no encarnada,
Místico amor, reminiscencia acaso,
Vive inmortal en la memoria suya,
Y es tormento no más. Al rudo soplo
Muere extinta la llama creadora,
O a sí propia se abrasa. Desfallece
La inspiración; cual Tántalo sediento,
El alma anhela las eternas aguas,
Que huyen del seco labio burladoras,
O quiere, como Sísifo, en la cumbre
Parar la piedra que hasta el fondo rueda.
¡Vano anhelar! la trama de su vida
Nadie logra romper; nadie separa
Los negros hilos de las blancas hebras.

¡Y qué blancas tal vez, si encuentra el alma
Su inmortal, peregrina compañera,
Eco perdido de su voz, reflejo
De su hondo pensamiento enamorado,
Que en ella se depura y enaltece,
Y medra en esplendor y en hermosura,
Y comprende en altísima manera
La cifra de lo hermoso y lo perfecto!
Entonces, a la lucha de la vida
Firme descende el vigoroso atleta,
Y ni el rumor de populares armas,
Ni la faz del tirano, ni las olas
Del velívolo mar, ni el duro ceño
De la rígida ciencia le intimidan.
Lo que antes era mármol, blanda cera
Bajo sus manos es, y le obedece
Cual dócil sierva la palabra; rinde
La materia a sus pies, domeña el mundo,
Y es rayo en la tribuna y en las lides,
O circunda su frente vencedora

El lauro de las hijas del Permeso.

Bañarse en la corriente de la vida,
La tela trabajar del pensamiento,
Cuando hay un alma que a la nuestra sigue
Y con nosotros el bordado trama,
Hilos de amor mezclando a la madeja;
Arrancar de sus labios tembladores
La frase a medio hacer, envuelta en risa;
Aprender en la lumbre de sus ojos
Lo que nunca en las áridas escuelas,
Altísima de amor filosofía;
Y en su gallardo cuerpo ver cifrados
La luz, el movimiento, la elegancia,
La quintaesencia del arcano ritmo,
Es gozar y es vivir. (10)

¡Oh, cuántas veces
La triste maga de los montes míos,
La de cerúleos, penetrantes ojos,
Me trajo en el arrullo de la brisa,
O en el clamor de mi natal ribera,
Su peregrina voz! ¡Cuántas su forma
Vi dibujarse en el tendido cielo,
O surgir de las ondas inclementes
De nuestro mar, en moribunda tarde!
¿Era la antigua helénica sirena,
Del golfo siciliano desterrada,
Para amansar con dóricos cantares
Al britano argonauta? Yo sentía
Gigante anhelo por asir la diosa,
Cual a Juno Ixión; mas, como Juno,
Siempre la diosa en nube se tornaba.
Y un sueño la juzgué, mas no era sueño;
Que en otras playas, en región distante,
Su huella descubrí, y en la alta noche
La vi pasar ceñida de hermosura,
Bajo el sereno azul partenopeo,
O en las bátavas nieblas reclinada.
Ella encantó mis solitarias horas
De escolar vagabundo. Ora la encuentro,
Y no velada en misterioso enigma,
Mas plástica y radiante. Eres aquella
Que yo soñé, dulcísima señora,
Risa perpetua, omnipotente gracia;
Es de diosa tu andar, mora en tus labios
La grata persuasión, rige tu mente
La Urania Venus con lazada suave
De inmortal secretísima armonía,
Que rica por tus miembros se difunde.

No fue tan grácil la veloz Camila,
Sobre intactas espigas revolando;
Y el lauro del ingenio te otorgara
La misma de Sinesio profesora,
Decoro y flor y luz de Alejandría.

No rondaré sin tregua tus umbrales,
Haciendo resonar en tus oídos
El ya enojoso, por cantado a tantas,
Himno de amor. En el misterio vive
Y del profano vulgo se recata
Este mi oculto deleitoso fuego.
Ayúdame a crecer; nunca los ojos
Que tan alto tesoro ávidos celan,
Sorprenderán mi amor en mi semblante,
Ni juntaré mi voz a la alabanza
Que de ti en torno sin cesar resuena;
Y me verás indiferente, mudo,
Reprimiendo la férvida palabra
Que de mis labios escaparse quiere.
Mas ¡cuántas cosas te diré al oído,
Si quieres escucharme sin enojos!
Escúchame, señora, que es mi alma,
Si tormentosa como el mar bravío
Que de mi cuna los peñascos bate,
Dura y tenaz y firme y resistente
Cual la honda raíz de mis montañas;
Y ni el recio huracán de tus desdenes
Podrá abatir el generoso tronco
De esta pasión que crece y se agiganta,
Firme como el Titán en su caída.
Puede el cierzo doblar el leve mirto,
Y de su pompa y su verdor privarle;
Mas al roble, monarca de las selvas,
Sólo el rayo del cielo le derriba,
Sólo en lid secular le doma el tiempo.
Madrid, marzo de 1880.

Remember

Si dura ley, señora,
Impide que mi voz presente y viva,
O encadenada en letra mensajera,
Amante vuele a acariciar tu oído,
¿Consentirás al menos
Que el ritmo vago, como el aire libre,
Indomeñable, etéreo,
Que ni montes ni alcázares detienen
Y halaga y duerme al velador tirano,
Y nada dice y lo revela todo,

Las alas tienda desde el fresco seno
De mis cántabros valles, y penetre
En la áurea estancia do tu pecho yace
En la nocturna calma?

Sí lo consentirás; que lidio sólo
Con la espada del canto,
Y ni tesoros ni grandezas tengo
Que arrojar a tus plantas;
Y si tú me recuerdas
Alguna vez en solitarias horas,
No será por los triunfos y laureles
Que siembre a Fortuna en mi camino,
Sino por la recóndita armonía
Que vibró de tus ojos en mi mente,
Y arrancó, reflejada en mis cantares,
Tal vez una sonrisa de tus labios.

¿Me olvidarás, gentil iniciadora,
Profetisa de amor, Diótima nueva,
Que a mi sediento espíritu ofreciste
Tan alta y celestial sabiduría,
Cual la que oyera Sócrates severo
De la extraña mujer de Mantinea?
Amor, divino intérprete y ministro,
Que al cielo lleva los humanos votos,
O al hombre trae la inspiración sagrada;
Lazo que traba y une
En síntesis armónica y fecunda
El mundo real y el mundo de la idea;
Amor es el demonio
Que describe Platón, mañoso, artero,
Ágil y vigoroso,
Porque heredó de Poros la firmeza,
Hábil encantador, sofista y mago.
Dura pobreza le educó a sus pechos,
Y anda descalzo, sin hogar ni lumbre,
Ansiando siempre por lo hermoso y bueno.

Ése es mi amor; el inmortal deseo
Que antes erraba sin hallar reposo,
Y ora descansa, y yacerá por siempre,
En el centro sagrado de tu alma,
Como en su propia esfera. Allí respira
Y vive para ti, tú le custodias,
Ni un punto romperá su alegre cárcel;
Pasan por él los ruidos de la tierra
Sin conmoverle; y por extraño modo,
Cuanto él quiere, medita y fantasea,
Tu solo pensamiento lo contiene;

Y bellas son por ti las cosas bellas,
Alegre el sol porque tu faz alumbra,
Áureas las flores si tu frente ciñen,
Y apetecible el lauro y la victoria
Si huellas tú la conquistada palma.

¿Cómo olvidarte yo, si eres la fuente
De todo buen pensar; si tú lanzaste
Al surco de mi alma
Los gérmenes primeros
De propia inspiración y altivo canto;
Si sangre y jugo y plástica hermosura
Tal vez al mármol diste,
Que antes labraba yo con torpe mano;
Si alguna de las Gracias que en ti moran,
Y fáciles, ligeras,
Cual enjambre de abejas del Himeto,
Bullen del labio tuyo desprendidas,
Endulzó con su miel el acre fruto
De mi indómito, agreste y rudo ingenio?
¡Oh! ¡cuánta y cuánta plástica sabrosa,
Como el rocío sobre yerba nueva,
A refrescar mi espíritu bajaron!
¡Cómo se abrió risueña ante mis ojos
La de esperanzas opulenta vida!

¡Que no las hiele el viento de la ausencia,
Dulce señora mía,
Mi sola voluntad, mi pensamiento!
¡Florezcan inmortales
En las dos almas por un Dios unidas!
Agosto de 1880.

Soneto

¡Salve, titán de la cerúlea frente,
Sobre el materno piélago dormido;
De tu férrea garganta amo el rugido,
Amo la espuma de tu faz hirviente!

A tus arrullos despertó mi mente,
Mi primer llanto resonó en tu oído,
Eduqué con tu indómito alarido
Mi brava condición y ánimo ardiente.

Mas ni el fragor de tus tormentas calma
Esta pasión que vencedora rige

Mi fe, mi corazón y mi albedrío,

Ni darán tus sonrisas paz al alma,
Hasta que en ti sus claros ojos fije
La eterna luz del pensamiento mío.
Santander, 24 de agosto 1881.

Sus ojos

Canción

Cien veces los miré, mas nunca supe
Cuál era su color; fijos los míos
En su lumbre, contentos se anegaban,
Y al parecer veían;
Pero el alma sedienta penetraba,
A través de las formas veladoras,
En busca del recóndito sentido,
Como busca el teósofo,
Signada en piedras, plantas y metales,
La huella del Señor; letras quebradas
Que anuncian su poder; cifra del nombre
A lengua terrenal siempre vedado.
No sé si azules son, garzos o negros.
Quede a vulgares ojos
El reflejar la luz del mediodía,
De bullidores átomos enjambre,
O la niebla del norte,
De graves pensamientos compañera,
Y de recio sentir inspiradora
Porque en los ojos de la amada mía
No se reflejan las terrenas cosas,
Sino sus arquetipos,
De perfección radiantes y hermosura,
Y aquella luz más alta e increada
De las puras ideas.

Ideal de virtud, de ciencia y gloria,
Sueños alegres de mi mente joven,
Visiones del Cantábrico Oceano,
Roto jirón de niebla,
Que en las tardes de otoño me traías
Mil vagas sombras y flotantes coros,
Por divina manera congregando
Lo que en los libros vi bullir y alzarse,
Lo que difuso en la materia vive,
Y aquella esencia más sutil y pura
Que sobre la materia y sobre el libro
Mi espíritu insaciable adivinaba.

Ella en tus ojos arde,

Ignota al vulgo, pero a mí patente;
Por eso, al contemplarlos,
No vi el color ni percibí la línea,
Y me embriagué de célica hermosura,
Y sentí rumor de alas
Que, en torno a mi cabeza,
El demonio socrático movía.

En otros ojos leo
La historia del amor en cifra breve;
La blanda luz de la pasión que nace,
Y las serenas horas
En que dos almas, sin hablar, se entienden;
La interna llama que potente cruje,
Y arde en las venas y a la lengua asoma;
El hervidor afán, la inquieta mente,
La voz primera que el amor declara,
Alma con alma confundidas luego,
Y al fin la negra sombra
Que envuelve al alma viuda y desolada,
Al espirar de la ruidosa tarde.

Pero en los tuyos, el amor perenne,
Algo que en mí despierta
Mezcla de amor y religioso culto,
Cielo sin nubes, devoción tranquila,
Que a recordar me lleva,
No ya la vida exuberante y varia
Que brota de los pechos inexhaustos
De la madre común Naturaleza,
Perpetua en el mudar de sus amores,
Sino la sacra y mística Teoría (11)
Que forman las ideas
Eternas, inmutables,
Girando en torno a la Verdad Suprema.

Y no sólo la flor de la hermosura
En ti difunde su sagrado aroma;
No sólo me apareces
Una en la esencia, en formas inexhausta;
No sólo se revisten
En ti de gallardísima figura,
De nueva claridad por ti bañadas,
Las hijas de mi indócil fantasía:
Ora la noble dama montañesa
Su palafren rigiendo,
Para imponer al valle su tributo;
Ora la ninfa griega
Que anima el soto y en la fuente ríe,
O hace correr la savia

Por el tronco gentil a que se enreda,
Del prolífico amor presa y vencida;
Sino que el rayo de tus dulces ojos
Es impulso inicial de mi albedrío,
Germen de soberanas fantasías,
Alto señuelo a mi ambición de fama,
Horno do se caldea
El metal en fusión del pensamiento,
Piedra quilatadora
Donde el sentir y el entender se prueban;
Raudal de frescas aguas
Que dan entendimiento de hermosura.
Quien aplicó su labio a tal corriente,
¿Qué sabor no hallará triste y amargo?
¡Cieguen los ojos que tu rostro vieron,
Si han de mirar de otra mujer los ojos!
Abril de 1880.

Elegía
En la muerte de un amigo

¿Por qué dicen, señora,
Que es el dolor la tierra conquistada
Por el moderno reflexivo numen?
¿No hay lágrimas de ardiente poesía
Hasta en el polvo más menudo y leve
De los sagrados mármoles de Atenas?
Hoy mismo, ¿quién podría
Llenar las soledades de tu alma,
Con voz más empapada de consuelos,
Que la solemne voz medio cristiana,
Présaga del dolor de otras edades,
Con que Menandro repitió en la escena:
«Joven sucumbe el que los dioses aman?»

Le amaron... sucumbió... ¡Triste destino,
Nunca cual hoy profundo y lastimero!
No sé qué vaga nube,
De futura tormenta anunciadora,
Cubrió mi frente, al encontrar perdida,
De un escoliasta en las insulsas hojas,
Esa eterna razón de lo que muere
Antes de tiempo y sin sazón cortado.
¿Te acuerdas? Otro día
La vimos centellar con luz siniestra
En el canto purísimo y sombrío
Del amador toscano de la nada,
Que en versos no entendidos
Del vulgo vil, y a espíritus gentiles,

Como el tuyo, señora, reservados,
La secreta hermandad te descubría
Del amor y la muerte.

Acaso tú su altísimo sentido
Con entrañas de madre penetrabas;
Yo acaso me creía,
Con infantil y amarga vanagloria,
Digno de las recónditas caricias
Que halagan al amado de los dioses
En el tálamo excelso de la muerte;
Abrazos regalados,
Cual no los dio jamás mortal alguna;
Besos que infunden en los labios fríos,
No eterno anhelo, mas el goce eterno
De otra inmortal, fecunda primavera,
Rica de nueva flor y granos de oro.

¡Dichoso aquel que cuando joven muere!
Signo de alta fortuna
Lleva en su noble, inmaculada frente;
El sol de la existencia sin ocaso
Le nutre con su luz irrestañable;
El fango de la tierra
No salpica el laurel de su corona,
Ni el sueño inquietarán de su ceniza
Gárrulas voces de enemigo bando;
Cuando él no viva, su menor despojo,
Su pensamiento apenas germinado,
La impalpable semilla de su idea,
Lo que anheló y vivió, lo que, soñaba,
De lengua en lengua correrán gloriosos,
Materia a ser de admiración y llanto.
Nadie envidia la flor, muchos el fruto.
¡Dichoso aquél que cuando joven muere!
¿Cómo apartar de mi tenaz memoria
La tarde en que le vi por vez postrera?
El velo de la muerte
Que iba envolviendo su gentil semblante;
La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo, contundía;
El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa;
El flaco respirar del pecho herido,
Que ya por otras auras anhelaba,
Y el tibio fulgurar de aquellos ojos
Profundos y serenos,
Que hablarme de otro mundo parecían,
Cual lámpara de mago
Que a lo más hondo del santuario lleva

Y hace patente su riqueza arcana,

¡Tan joven, y tan dulce, y tan discreto!
Quizá tú soñarías
Con verle domeñar en la carrera
Del potro ibero la indomada espalda,
O en ruda caza fatigar los montes
O en el ardua palestra
Mover con arte el ya robusto brazo,
Al sudor noble de las armas hecho;
O ya en más alta empresa,
Rendir con tierno y laborioso halago,
De la Memoria a las esquivas hijas,
Siguiendo fiel el rastro luminoso,
Que en torno de él trazaban
Las cariñosas familiares sombras
Del moro vengador de su linaje
Y el penitente Edipo castellano.

Y quizá soñarías
Aplausos, y victorias, y loores,
Y el tronco de su estirpe,
Por él con nuevas y pujantes ramas
De perenne verdor engalanado...
¡Alégrate, señora,
Que aún fue mejor su venturosa suerte!
Intacto lleva a Dios su pensamiento;
No deja tras de sí recuerdo impuro,
Y ni la envidia misma
Puede clavar en él la torpe lengua.
Blanco de ciega saña
Nunca se vio, ni de traición aleve,
Ni, rota el ara del amor primero,
Halló trivial lo que juzgó divino...
Acá le llorarán; allá en el cielo
Árbol será firmísimo y lozano
Lo que era germen en la ingrata tierra.
Yo le envidio más bien. ¡Qué hermosa muerte!
¡Qué serena agonía,
Cual sintiendo posarse
Los labios del arcángel en sus labios!
¡Morir no en celda estrecha aprisionado,
Sino a la luz del sol del mediodía,
Y sobre el mar, que ronco festejaba
El vuelo triunfador del alma regia
Subiendo libre al inmortal seguro!
¡Morir entre los besos de su madre,
En paz con Dios y en paz con los humanos,
Mientras tronaba desde rota nube
La bendición de Dios sobre los mares!

Julio de 1881.

Diffugere nives...

¡Ved!... ya la vida universal fermenta
En el regazo de la inmensa madre,
Que rota la amplia túnica de hielo
Su seno entrega sin cesar fecundo
A los besos de lluvia engendradora,
O a las caricias de amoroso viento.
La eterna desposada
Cede al blando alentar que hincha y entreabre
Los poros mil de su robusta entraña,
Y hombres, plantas y brutos,
Y hasta el metal, y hasta la piedra, sienten
Su vida duplicarse
Con el olear de la existencia nueva;
Y del halago de su madre ansiosos,
Van a beber del néctar de sus pechos
La irrestañable vena.

Hermosa la mañana,
Rica de luz y de oriental aroma,
Imprime sobre mármoles y muros
Las huellas de su beso luminoso,
Y aun parece que alegra y regocija
De mi estrecho tugurio los rincones,
Donde alzan la cabeza,
Como anhelando resurgir a vida,
En mudos libros los ingenios muertos

¡Alegre día! ¡Primavera hermosa,
Clima sereno y dulce,
Como el clima de Atenas
En el tiempo feliz de los Misterios!
¿Por qué entre tanta pródiga alegría
Que en la inerte vejez renueva el jugo
De la primera edad, que hasta en la tumba
Hace saltar los conmovidos huesos,
Sólo estoy mudo yo, y áspero, y triste?
¿Por qué no vuelven las vitales auras
A refrescar mi aridecida frente?

Cuando los años mi cabeza opriman,
Jamás podré apartar de la memoria
Aquellas horas de misterio llenas,
En que el alma se abría
Del primer sol al fecundante rayo,
Y por nuevas regiones
En rápida visión peregrinaba;
Mirando en otros ojos

Adivinada su fugaz ventura,
Más alto el pensamiento,
La voluntad más firme y poderosa,
Y aquel instinto vencedor que guía
A las grandes y estériles empresas.

Si sangrientas dejé mis vestiduras
En las ásperas zarzas del camino;
Si labré por mis manos la cadena
Cuyos férreos abrazos
Aún en las marcas de mi cuello duran;
Si me arrojé a luchar contra las olas
De la inconstancia femenil, más bravas
Que las del mar entumecido y bronco;
Si quise detener en su carrera
Los átomos del aire bullidores,
El carro irreparable de las Horas,
O el pensamiento suyo movedizo
Aún más que el viento y que la errátil nube,
Fue loca y temeraria mi osadía;
Mas generosa fue; y hoy que en la arena,
Cual gladiador rendido,
Lanzo el escudo por mil partes roto,
Aún la recuerdo y la bendigo y creo
Que vivirá como perenne aroma
Su espíritu en el mío;
Aunque me enseñe la mundana ciencia
Dónde la hierba de olvidar se cría.
Abril de 1881.

A Aglaya

¿Quién pudiera atajar, dulce señora,
El raudal inexhausto de la vida?
¿Quién, en las horas de ventura arcana,
Decir al corazón: «Aquí reposa,
La tienda levantemos;
Bastan sus lienzos a albergar dos almas»?
No es la vida el fragor de la pelea,
Ni el ciego impulso de ambición insomne
Que lucra maldición en los aplausos,
Sino la antigua idealidad serena,
Amplia fruición de sí, propio dominio,
Que no se asienta en la movable base
De favor popular o regio amparo;
Ni al hilo de la gente,
Sierva camina de opinión tirana.
Corren sus días cual intacta linfa
Que murmurando por la selva fluye;
La pompa de los cielos,

El vario ornato de perpetua boda
Con que Naturaleza se engalana,
En él encuentran cristalino espejo,
Que ni las sombras de la duda empañan,
Ni el desaliento hiela;
Señor de sí se eleva el pensamiento,
Y congregando aromas y esplendores,
Rico de propio jugo,
Y rico de la savia poderosa
Con que le nutre la opulenta vida,
Desata sus corceles
A conquistar el mundo de la idea.
¡Feliz si logra la templanza activa,
El reposo fecundo,
Del arte y la razón ansiada meta!

¡Mísero quien le pierde! Y no te asombre
Verme llegar, señora, a tus umbrales,
Cual náufrago lanzado
Por brava tempestad a nueva orilla,
¿Quién sabe si benigna o procelosa?
Mas no será aquel mar de escollos rico,
De fabulosos monstruos y tormentas,
Que desligó las tablas de mi nave,
Que mi brazo cansó, gastó mi fibra,
Y hoy me arroja a tus pies, roto y maltrecho.

Encadenome un día
Lazo falaz de pérfida hermosura;
Ya ni un rescoldo queda
Que las cenizas de su pecho avive,
Mas no la ingratitud manche mi labio;
Y aunque cien veces martilló risueña
Mi espíritu en el yunque de la vida,
¿Cómo olvidar que fueron
Sus palabras de amor las que sonaron
Por la primera vez en mis oídos?
Cifré en su pensamiento
Cuanto de luz, de gala y esplendores
El pensamiento crea,
Yo la endiosé para adorarla luego,
El yerto mármol transformando en numen.
Era la estatua de Memnón, que sólo
Lanzaba sus recónditos sonidos
Cuando la luz de mi pasión la hería;
Por ella ambicioné triunfos y palmas,
Atar a mi cuadriga la fortuna,
Hacer sonar mi nombre entre la ciega
Versátil muchedumbre,
Saciar mi sed en las eternas fuentes

Del bien y la belleza,
Y con viril acento,
Descubrir la verdad a los mortales,
Para que el eco del aplauso diera
Recóndita fruición y arrullo grato
A mis tiernos amores,
Y en la santa labor ella gozase
De abrir un alma nueva
A los rayos del arte y de la vida.

Todo pasó; no volverán mis quejas
A interrumpir la calma
En que su muerto corazón reposa;
Ella al estruendo volverá del mundo,
Que sembrará de flores su camino,
Hasta que al peso de los años ceda,
Y se halle sola, desamada y triste,
Y se acuerde de mí; yo, que entre tanto,
Rotas las alas, perdereme oscuro
Entre la inútil, perezosa turba
Que despreciaba ayer; y eso que siento
Hervir el alma en entusiasmo santo,
Y algo que no es mortal rueda en mi mente.

¿Será verdad, señora, que en el alma
Una vez y no más brotan las flores?
¿Nada dirán a mi pasión dormida
La rubia mies, diadema de tu frente,
La casta luz de tus profundos ojos?
¿Podré escucharte impávido y sereno,
Sí para ti enlazados
Bondad nativa y peregrino ingenio,
Cual hadas mecedoras de tu cuna,
Benévolas pusieron
En tus labios de púrpura el tesoro
Que en torrentes de gracia se derrama?
¡Si a veces imagino
Que aún vuelve a mí la antigua primavera,
Que auras del cielo infunden
Nuevo y pujante retoñar de vida
Al talado vergel de mi esperanza,
Y que del alma en el arcano centro,
Por bosques frondosísimos de ideas,
Torna a mover sus perezosas aguas
La fuente del amor y la armonía!

¿Y no te han dicho alguna vez mis ojos
Que a compasión te muevas?
Por ti capaz me siento
Aun de domar mi condición bravía;

No será mi pasión ciega y fogosa,
Como avenida torrencial deshecha,
Cual fue el hervor de los pasados días,
Mas limpia fuente o cristalino arroyo
Que copie tu querer como un espejo
Y se dilate mansa por la vida.
Una palabra tuya
Freno será a mis ojos y a mi lengua;
Huiré de ti cual despreciado siervo,
Por contemplarte a solas sin enojos;
La lengua maldiciente
Jamás al tuyo enlazará mi nombre,
O dirá que las ruedas de tu carro
Pasaron sobre mí, sin que fijaras
En mí la vista, ni escuchases ruego.

¡Vano soñar!... que pasen en buen hora;
Yo quisiera tener, para ofrecerte,
íntegra el alma, virgen el tesoro
Que arrojé al turbio mar de mi destino.
¡Tanto perdido afán, que en ti lograra
Más alto fin y generoso empleo!
Y entonces... a tus plantas te pidiera
Que marcasen mi frente con el clavo
De servidumbre eterna... Mas no es digna
De ti, señora, la mezquina ofrenda
De un corazón que otro recuerdo mancha;
Y aunque de nuevo ruja
Y eleve en mí su indómita cabeza
La ronca tempestad que va conmigo,
Yo te amaré, pero en silencio siempre,
Y tu imagen vendrá consoladora
A posarse en mi umbral, ora desierto.
Enero de 1882.

Nueva primavera

Brote del labio lo que el pecho siente;
Rompa su cárcel el interno fuego
Que nutrí con amor por tantos días,
Y devorando hasta el postrer rastrojo
Del seco campo de mi amor perdido,
Inflame el pensamiento
Con nueva luz, de dichas precursora,
Y el mundo del espíritu convierta
En realidad radiante de hermosura.

¡Cuánto tiempo pasó, sin que lograsen
En el centro del alma resonancia
Los himnos del placer y de la vida!

Y en la región de sombras encantadas
Y de flotantes sueños y quimeras,
¡Cuánta niebla veló la alzada cumbre!
¡Qué brava tempestad tronchó las flores!
¡Cómo enturbiaba su caudal el río!

Hoy siento que la vida
Llama a mis puertas en alegre coro;
Hoy reverdece mi esperanza muerta,
Hoy se agolpa en tropel mi hirviente sangre
Por un filtro genial vigorizada;
Hoy tienen para mí caricias nuevas
Las fuentes y las auras y las flores;
Hoy despierta mi espíritu abatido,
Más fuerte tras el duelo y la derrota,
Como retoña secular encina,
Cobrando esfuerzo doble
Del hierro mismo que mutila el tronco.

Dejadme bendecir la mano amiga
Que limó mi asperísima cadena;
Si aire de libertad de nuevo inunda
Mis sedientos pulmones,
Si aún puedo levantar la hundida frente,
Si aún soy señor de mí, dádiva es suya;
Suyo el recio valor que ella me infunde
Con la miel de sus labios persuasivos,
Y con el blando, irresistible freno
De su elocuente y clara inteligencia;
Ella me rescató, por ella aliento;
Dejadme que la rinda
Como triunfal despojo mi albedrío.

Nunca amé de esta suerte; ¿y quién negara
Admiración y amor a su hermosura?
Belleza no de estatua
En su divinidad alta y serena,
Mármol que extingue en castas desnudeces
El más osado impulso del deseo,
Sino belleza irresistible, humana,
Que no impera tan sólo
En las líneas del torso peregrino.
Ni se detiene en la gentil cabeza,
Ni en los anillos de la forma muere;
Halago que traspira
De su voz, de sus ojos, de sus venas,
De las místicas rayas de su mano
Y aun del ambiente mismo en que se mueve.

¡Oh, cuántos años de mi vida diera
Por respirar tan encantado aroma,

Por vivir de esa luz y de ese fuego!
¡Quién confundiera nuestras vidas juntas
Como dos gotas de la misma fuente,
Como dos cuerdas de la misma lira!
¡En su cauce orgulloso
Cuál resonara el pensamiento mío,
Si a acrecentarle con amor bajarán
De su espíritu egregio los raudales!
¡Qué mundos se abrirían
Ante mis ojos en los ojos suyos!
De oro y azul estancias fabulosas,
Nunca soñadas de alarife moro,
Alcázares de gnomos y de silfos,
Escondidos talleres
Donde el martillo de los genios suena,
Trémulos lagos donde hierve el oro,
Y un sol que centuplica sus ardores
Sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
E infunde en nueva tierra y nuevos cielos
Una oculta virtud germinativa,
De nueva creación productora.

Y a la luz de ese sol yo acertaría
A perpetuar tu nombre en mis cantares,
Cual hembra castellana
Nunca ensalzada fue, como aún respiran
Las doctas hijas de la antigua musa,
Como en Tibulo, Némesis y Delia,
Como en Horacio, la gentil Glicera...
¡Ven a alumbrar mis vigilantes horas,
A ser la sal de mi desierta mesa!
Te contaré mil fábulas sagradas
De amores de los hombres y los dioses,
Cuanto tejió la griega fantasía
En la serena juventud del mundo,
Hasta que al suave y poderoso halago
De tanta juventud y tanta vida,
Sientas hervir tu sangre generosa
Caldeada por la llama del deseo.
Junio de 1882.

A.....

(12)

¡Ojalá cada sol que te amanezca
Aún más hermosa y más feliz te mire!
¡Nunca tu frente oprima
El demonio tenaz del pensamiento,
Ni blando rostro, halagadora risa,
Hielen en ti la flor del sentimiento!
No llorarás por ti, serás dichosa;

Mas no a la compasión tu ánimo cierres,
Porque en llorar con el dolor ajeno
Hay alto y melancólico placer.

Himno a Dionysos

(13)

¡Salve, alegre, genial Primavera,
Que esperanzas derramas doquiera
Y coronas los prados en flor!

Ved cuál bulle y fermenta la vida,
Y al deleite natura convida
Con su oculta, tiránica voz.

Ya resuena la mística orgía,
Que otro tiempo las cumbres hería
Del heleno, feraz Citerón.

La Bacante su peplo descíñe
Que dos veces en púrpura tiñe
La fenicia opulenta Sidón. (14)

Tibia noche sus sombras extiende,
A la cumbre la virgen asciende,
Y ya el báquico tirso empuñó.

Cubre piel de pantera su espalda,
Y el ardor de sus venas rescalda
La resina que el pino sudó. (15)

Aquel dios que domaba a Penteo
Y a Licurgo, sacrílego reo,
En su pecho domina feroz.

¡Ay de aquél que perturbe la fiesta,
O penetre con planta inhonesta
El recinto sagrado del dios!

Él entrega los miembros humanos
De la Ménade loca a las manos,
Cuando hierve el sagrado furor.

Escuchad esos trinos suaves;
Es el ave que cuenta a las aves
Los sagrados misterios de amor.

Y la fuente los dice a la fuente,
Y la linfa fugaz del torrente
Precipita su manso rumor.

Con su trémula luz las estrellas
Por el cielo persiguen las huellas
Del triunfante y fugaz Hyperión.

En su hoguera otros soles se inflaman,
Y a otros mundos su lumbre derraman
En abrazo insaciable de amor.

¡Eros, salve! En los cielos imperas, (16)
Obligando a rodar las esferas
En eterno y armónico son.

Coronemos de rosas la frente,
Que mañana la aurora riente
Deshojadas verá y sin olor.

En las copas el vino de Samos,
Y el escolio inmortal repitamos
Que las fiestas de Jonia alegró.
Marzo, 1879.

En el álbum de la Duquesa de Villahermosa
(17)

Con larga mano te otorgó, señora,
Virtud, gracia y nobleza el alto cielo;
Es tu casta hermosura rico velo,
Digno del alma regia que atesora.

Tú del místico fuego guardadora,
Del desvalido perenal consuelo,
Pasas haciendo bien por este suelo:
La santa caridad tu techo mora.

Prez y decoro de tu estirpe clara,
Luz de tu esposo, gloria de tus lares
Más que por tiembres cien, por ti soberbios.

El sabio Salomón te comparara
A la amante mujer de los Cantares,
A la fuerte mujer de los Proverbios.

El Oaristys
Idilio de Teócrito, traducido del griego

LA DONCELLARobó un pastor a la prudente Elena.
DAFNISYo gocé de otra Elena el dulce beso.
DONCELLANo te jactes, pastor, el beso es vano.
DAFNISEn vanos besos hay dulce deleite.
DONCELLATu beso borraré, lavo mi boca.
DAFNIS¿Tu boca lavas? Besaré de nuevo.

DAFNIS No te envanezcas; que cual sueño leve
Pasa la flor de juventud lozana.
DONCELLA También se estiman las pasadas uvas;
Aún es fragante la marchita rosa.
DAFNIS Ven a la sombra, mis palabras oye.
DONCELLA Son engañosas tus palabras dulces.
DAFNIS Ven a los olmos, tañeré mi flauta.
DONCELLA No me deleitan, como a ti, sus sonos.
DAFNIS Virgen, las iras de Afrodita teme.
DONCELLA Si ella me prende, auxiliárame Diana.
Detén la mano, o morderé tus labios.
DAFNIS Nadie de Amor a libertarse alcanza.
DONCELLA Juro por Pan que burlaré sus flechas.
¿Pero aún insistes en ponerme el yugo?
DAFNIS Temo que Amor a otro varón te entregue.
DONCELLA Mil me anhelaron, pero a nadie quise.
DAFNIS Yo sólo vengo a conquistar tus dones.
DONCELLA Grande dolor encerrarán las bodas.
DAFNIS Ningún dolor, mas juegos y alegría.
DONCELLA Siempre al marido temblará la esposa.
DAFNIS Es de la casa y del marido reina.
DONCELLA Del parto temo los dolores graves.
DAFNIS ¿Pues no te ampara la genial Lucina?
DONCELLA ¿Y tras el parto la hermosura queda?
DAFNIS Ella de nuevo nacerá en tus hijos.
DONCELLA ¿Qué me darás en opulenta dote?
DAFNIS Bosques, ganados, abundosos pastos.
DONCELLA No abandonarme, por los dioses jura.
DAFNIS Por Pan lo juro, seguirete aunque huyas.
DONCELLA ¿Tálamo harás en la paterna casa?
DAFNIS Y establos llenos de balantes greyes.
DONCELLA Mas ¿qué decir a mi amoroso padre?
DAFNIS Mi nombre dile, gustará del yerno.
DONCELLA Dime tu nombre, agradarame acaso.
DAFNIS Dafnis, de Lycas y de Nomis hijo.
DONCELLA Soy bien nacida como tú, boyero.
DAFNIS Menos ilustre, de Menalcas hija.
DONCELLA Muéstrame el bosque y los establos pingües.
DAFNIS Ven do floridos los cipreses se alzan.
DONCELLA Paced, cabrillas, miraré sus campos.
DAFNIS Toros, paced, mientras mis campos mira.
DONCELLA Sátiro, para la atrevida mano.
DAFNIS Quiero coger las ya maduras pomas.
DONCELLA Tiemblo... ¡por Pan!... Perezco... desdichada...
DAFNIS Di, ¿por qué tiemblos, de mis ojos lumbre?
DONCELLA La tierra mancha mi ligera veste.
DAFNIS Blando vellón sobre la tierra pongo.
DONCELLA ¿Por qué desatas la virgínea zona?
DAFNIS En sacrificio a la de Chipre Reina.
DONCELLA Oigo rumor... Se acercarán al bosque.

DAFNIS Son los cipreses, que tus bodas cantan.
DONCELLA ¿Cómo mi velo desgarraste, alevé?
DAFNIS Otro más rico te daré mañana.
DONCELLA No cumplirás lo que prometes hora.
DAFNIS ¡Alma te diera y corazón y sangre!
DONCELLA Perdón, Artemis; ¡sucumbió tu ninfa!
DAFNISA ti una vaca inmolaré, Cipriota.
DONCELLA Doncella vine... y tornaré a mi casa...
DAFNIS No ya doncella, mas esposa... y madre.

Así dijeron con susurro leve
Entrambos pastorcillos sus amores,
Y abandonando su furtivo lecho,
Tornó a sus cabras la gentil zagala,
Alegre el corazón, roja la frente;
Dafnis contento se volvió a sus toros.
Santander, 1879.

Himno de la Creación para la mañana del día del gran ayuno
Poema de Judah Levi, poeta hebraico-hispano del siglo XII

Dios

¿A quién, Señor, compararé tu alteza,
Tu nombre y tu grandeza,
Si no hay poder que a tu poder iguale?
¿Qué imagen buscaré, si toda forma
Lleva estampado, por divina norma,
Tu sello soberano?
¿Qué carro ascenderá donde tú moras,
Sublime más que el alto pensamiento?
¿La palabra de quién te ha contenido?
¿Vives de algún mortal en el acento?
¿Qué corazón entre sus alas pudo
Aprisionar tu veneranda esencia?
¿Quién hasta ti levantará los ojos?
¿Quién te dio su consejo, quién su ciencia?
Inmenso testimonio
De tu unidad pregona el ancho mundo;
Ni hay otro antes que tú. Claro reflejo
De tu sabiduría se discierne,
Y en misterio profundo
Las letras de tu nombre centellean.

Antes que las montañas dominasen,
Antes que erguidas en sus bases de oro
Las columnas del cielo se elevasen,
Tú en la sede divina te gozabas,
Do no hay profundidad, do no hay altura.
Llenas el universo y no te llena;
Contienes toda cosa

Y a ti ninguna contenerte puede;
Quiere la mente ansiosa
El arcano indagar, y rota cede.
Cuando la voz en tu alabanza nuevo,
Al concepto la lengua se resiste;
Y hasta el pensar del sabio y del prudente
Y la meditación más diligente
Enmudece ante ti. Si el himno se alza,
Tan sólo El Venerando te apellida,
Pero tu Ser te ensalza
Sobre toda alabanza y toda vida.

¡Oh sumo en fortaleza!
¿Cómo es tu nombre ignoto,
Si en todo cielo y toda tierra brilla?
Es profundo... profundo
Y a su profundidad ninguno llega.
¡Lejos está... muy lejos...
Y toda vista ante su luz es ciega!
Mas no tu ser, tus obras indagamos,
Tu fe cual ascua viva,
Que en medio de los santos arde y quema.
Por tu ley sacrosanta te adoramos;
Por tu justicia, de tu ley emblema;
Por tu presencia, al penitente grata,
Terrífica al perverso;
Porque te ven sin luz y sin antorchas
Las almas no manchadas,
Y tus palabras oyen, extasiadas,
Cuando yace dormido
El corporal sentido,
Y repiten en coro resonante:
«Tres veces Santo, Vencedor y Eterno,
Señor de los ejércitos triunfante.»

Los ángeles del cielo altísimo
¡Benedicid al Señor, ángeles suyos,
De su palabra fieles mensajeros!
¡Señor de los guerreros!
Es su nombre glorioso acá en la tierra;
El Eterno y El Uno
Sus nombres celestiales;
Nadie contó la inmensa muchedumbre
De espíritus que, en torno de su lumbre,
Cantan sus alabanzas inmortales.
Sus infinitos rostros reproducen
La faz tremenda y la visible espalda.
Él levantó del carro los pendones,
En signo y testimonio de su gloria,
Para mostrar que viene la victoria

Del eterno Señor a las naciones.
Son todos los espíritus sus siervos,
De su palabra y su querer ministros;
Se esconden a los ojos de las gentes,
Mas de cerca o de lejos, tus videntes
Oyen el blando ruido de sus alas.
Y es su camino el caminar glorioso
Que les trazó mi Dios, mi Rey, el Santo,
Que con ellos estaba
Allá en la cumbre del sagrado Sina.
No obran jamás sin voluntad divina;
Por eso, al escucharlos reverentes,
Dicen los santos que por boca de ellos
Tu eterna Majestad habla y fulmina.
Desplegadas al viento las banderas
De tu primera excelsa monarquía,
Cubren las tiendas de tus fuertes moran,
Y todos con tus armas se decoran
Mostrando tu blasón en hierro y oro.
De la luz el tesoro
Pusiste entre ellos y la viva fuente.
¡Dichoso el que en la férvida corriente
Pueda anegarse, y repetir con ellos
En incesable canto, noche y día,
Como David enfrente de tu carro:
«¡Benedicid al Señor, ángeles suyos!»

Los ángeles del segundo cielo y los planetas
Inferior a este cielo soberano
Otro segundo cielo se dilata
Y otro ejército allí. Bestias enormes,
Las que del carro de Ezequiel tiraban,
Mostrando van en círculo perfecto,
Henchida de ojos, la candente espalda,
Hasta que, dominando las esferas,
Sobre el mundo inferior su tienda plantan,
Y del Señor adoran la presencia
Con la voz de sus ruedas inflamadas.
Millares y millares de legiones,
Que ciencia profundísima realza,
Moviendo van la esfera de la luna
Y la del sol que lo inferior arrastra.
Ellos rigen y mueven las estrellas
Dominadoras de la suerte humana,
Y el ejército inmenso de las noches,
Y sobre el cielo las tendidas aguas.
Y cada cual anhela con sus obras
Dar fin cumplido a la inmortal palabra,
Que no se tuerce ni quebranta nunca,
Que nunca cede ni tropieza en nada;

Todos concordes a una voz se alegran
Y el nombre del Señor en himnos cantan:
«¡Benedicid al Señor, legiones tuyas!»
Que el gran cantor de salmos invocaba.

La tierra

Es el reino tercero cuanto encierra
En su ámbito la tierra,
Y cuanto, circundándola, se extiende.
Es la generación del aire y fuego;
Son del ingente mar las crespas olas,
El tesoro de Dios, de donde salen
La nieve, la tormenta y el granizo,
Y el viento proceloso
Que a cumplir sus palabras se desata,
Y los arroyos que en bullente plata
Hace correr su dedo generoso,
Y los cedros del Líbano altaneros
Que levantó su mano,
Hierbas y plantas mil que fructifican
Para el sustento humano.
Y Dios manda crecer en copia grande
Los peces de la mar y las ballenas,
Y poblando la selva y las arenas
De innúmeras feroces alimañas,
Hace que dé la tierra a aves y fieras
El fruto bienhechor de sus entrañas.
Y todo al hombre se somete luego,
Al hombre, tu legado, a quien alzaste
Por señor de las obras de tu diestra,
Para sacar un día
De su semilla al rey y al sacerdote,
Y al pueblo de tu ley, que parecía
De ángeles campo, reino de profetas.
Y por glorificar tu augusto nombre,
Porque suene continua tu alabanza,
Firmaste el pacto y la perpetua alianza,
Y en la boca de niños y lactantes
Pusiste la verdad de tus promesas.
Magnificado sea
De región en región tu nombre santo,
Y de tus mensajeros
Por edades sin fin resuene el canto,
Que el hombre de los cánticos suaves
A su Hacedor decía:
«Benedicid al Señor, sus obras todas.»

Israel

Benedicid al Eterno,
Por toda tierra que su imperio abarca.

No hay en el universo otro monarca,
Ni otro eterno más que Él. Por Él salía
El noble Jesurún de servidumbre.
Y en medio de las ondas eritreas
La mano de Moisés le conducía.
Hizo bajar la gloria de su trono
Hasta el santuario do sus pies estampa,
Y levantó al profeta hasta las nubes,
Donde su faz de resplandores vela.
El germen esparció de profecía
Sobre los pechos a su luz abiertos,
Y derramó su espíritu en las almas
Atentas a los célicos conciertos.
Y su culto ordenó firme y estable,
Imagen de su reino perdurable.
Los ángeles del alto ministerio
Su nombre santifican,
Y en su pecho las iras dulcifican.
Es blanco su vestido
Como el del serafín o el del profeta,
E iguala su figura
Del ámbar y el topacio la hermosura.
Y corren, se apresuran y congregan,
Y cuando a ti se llegan,
Medran en gloria y en saber y en lumbre;
Se visten de temor y se avergüenzan,
Mas luego les infundes nuevo aliento
Para cumplir solícitos tus obras,
Y en las alas del viento
Triplican la alabanza al Dios que reina,
Temido en el congreso de sus santos.

El Alma

(18)

I

Bendice, ¡oh alma mía! derivada
Del puro aliento de la santa boca,
El nombre del Magnífico, temido
De serafines en el alto coro.

II

¡Oh tú, que de la fuente de pureza
Espléndida y hermosa procediste;
Tú que delante de Él doblas la frente,
Y en su divino nombre eres bendita,
Bendice a Aquél que te estampó su sello,
Porque siguieses firme su camino!

III

Bendice, ¡oh alma mía!, manifiesta

A las miradas de interior sentido,
Mas no a los ojos de la carne ciega,
El nombre de Elohim el invisible,
El fiel ensalzador de tu flaqueza.
¿Qué boca expresará sus alabanzas?
Sublimes son las obras de su mente.

IV

Bendice, alma sutil, que sin apoyo
Llevas el cuerpo, el nombre del que tiene
Suspendidas sus tiendas en la nada,
Del que al hijo de Adán dio el intelecto,
Fiel mensajero de verdad y ciencia.

V

Bendice, oh tú que por asirte luchas
A la flotante fimbria de su veste,
Y por llegar al escabel sagrado
Donde sus pies en el santuario asienta,
El nombre del que ensalza a quien se abate,
Y entre los serafines le numera.

VI

Bendice, ¡oh alma mía! destinada
A hacer sapiente el corazón del hombre,
Al Justo que te infunde en la materia,
Para mover la carne perezosa,
Para vivificar la sangre hirviente
Que pierden su color, si te retiras,
Y se deshacen como el humo al viento;
Mas sobre ti despuntará florido
El tallo que germina del Eterno.

VII

¡Oh tú, que en las tinieblas resplandeces,
Bendice al esplendor de la justicia,
Que levantó la puerta de los cielos!

VIII

Bendice, ¡oh alma viva! encarcelada
En cosas muertas, al viviente eterno
Que con la llama de la gracia alumbra
Al que en la Ley su espíritu apacienta.

IX

¡Oh tú, que a la substancia de los cielos
Etérea, inmaculada, sobrepujas,
Bendice a quien formó para su gloria
Al patriarca que en su nombre espera,
Y con la voz de inmensos beneficios

Le preparó a gustar de sus arcanos!

X

¡Tú, que al Perfecto en ciencia conociste,
Bendice al sabedor de tus deseos,
Que cumple los anhelos inmortales,
Y del perdón desatará las aguas
Si penitente a sus senderos vuelves!

XI

¡Bendice, hija del Rey, hija querida,
El nombre del Potente que ha enseñado
No arcana ley, difícil ni remota:
«¡Harás misericordia, harás justicia;
Que en la equidad el Verbo se deleita!»

XII

Bendice, ¡oh tú, que te conservas santa
En deleznable y pasajero cuerpo!
A quien de santidad su frente ciñe,
Y ante quien los espíritus se avezan
A repetir por siempre su alabanza,
Sin consumirse en el sagrado fuego.

XIII

No hay alabanza que su nombre agote;
Mas bendícele tú, que tan de cerca
Puedes glorificarle y bendecirle
En el augusto templo de tu mente.

XIV

Tú, que enfrente del Rey sales erguida,
Para cumplir sus obras en la tierra,
Bendice a quien te mira desde el trono,
Y bélica armadura da a su pueblo.

XV

Bendice, ¡oh alma mía! que los miembros
Sostienes del espíritu en las alas,
El nombre de tu Dios, que en las columnas
De saber inmortal mantiene el mundo,
Sobre las almas justas cimentado.

XVI

Tú, que serás de gloria circundada,
Y de radiante majestad vestida,
Bendice a Aquél que cuanto ordena cumple,
De quien tiemblan los impíos confundidos,
Y cuyo auxilio al vencedor alegra.

XVII

Bendice al Hacedor, ¡oh margarita!
Que de tu Dios alumbras los senderos,
Del Dios que tus plegarias acogiera,
Cuando corriste a demandarle ayuda.

XVIII

Bendice a Dios, ¡oh forma intelectual
Que en el nombre tus huellas estampaste!
Dios es la Roca en que se apoya el orbe;
La Justicia y la Fe le llaman justo.

XIX

Bendice, ¡oh Santa! al Dios Omnipotente
Cuya visión tendrás, santificado
Por innúmeros vates y profetas.

XX

Bendice, ¡oh tú que la justicia sigues!
Al que en su carro el firmamento cruza,
Para salvar a su abatida plebe:
«Dios (así clamarán los poderosos)
Sobre todas las gentes es excelso.»

XXI

Tú, que en casa de fango te cobijas,
Mas de los cielos tu raíz procede,
Bendice el nombre que resuena en medio
De siete purísimas legiones,
De toda mancha y toda culpa netas.

XXII

Bendice, ¡oh tú, que de su diestra pendes,
Como pupila suya muy amada!
El nombre del Perfecto bendecido
En todo corazón y en toda lengua,
Del que a par de la luz formó las almas,
Al primer son de la palabra suya.

Palinodia de Leopardi
Al marqués Gino Capponi

Erré, cándido Gino, largo tiempo,
Y grandemente erré. Miserable y vana
Juzgué la vida; insulsa más que todas
Esta presente edad. Intolerable
Fue y pareció mi lengua a la dichosa
Prole mortal, si es que mortal se puede
Llamar el hombre. Entre desdén y asombro,

Del Edén odorífero en que habita,
Rió la alta progenie afortunada,
Y me llamó infeliz, y de placeres
Incapaz o inexperto, pues mi hado
Juzgué común, y de mi mal, consorte
Al humano linaje. Al fin mis ojos
Hirió la diaria luz de las gacetas,
Entre el humo volátil del cigarro
Y el ruido de crujientes pastelillos,
Entre el rumor de sacudidas tazas
Y blandidas cucharas, ante el grito
Ordenador de helados y bebidas
Cual voz de mando. Y confesé humillado
La pública alegría y las dulzuras
Del destino mortal noble y excelso;
Y vi el valor de las terrenas cosas,
Y toda flores la carrera humana,
Las obras estupendas, las virtudes,
Alto saber, estudios y prudencia
De nuestro siglo. De la Osa al Nilo,
Del Catay a Marruecos, y de Goa
A Boston, vi correr reinos, ducados
E imperios, anhelantes tras las huellas
De la felicidad y asirla casi
Por los flotantes rizos, o a lo menos
Por la cola del manto. Y esto viendo
Y meditando las profundas hojas,
Del grave antiguo error que me cegaba
Y aun de mí mismo yo tuve vergüenza.

Áureo siglo, Marqués, hilan ahora
Los husos de las Parcas. Todo diario
En varias lenguas y columnas varias,
De todas partes lo promete al mundo.
Universal amor, ferradas vías,
Vapor, tipos, comercio y aun el cólera,
Los más lejanos pueblos y naciones
En lazo estrecharán; ni maravilla
Será que suden leche las encinas
Y miel los robles, o danzando giren
A los sonos de un vals. Tanto ha crecido
El poder de retortas y alambiques
Y máquinas del cielo emuladoras,
Y tanto crecerá, volando siempre
De progreso en progreso, sin medida,
De Cam, de Sem y de Jafet la prole.

No cual un día comerá bellotas
Si el hambre no la obliga; el duro hierro
No depondrá. Con pólizas de cambio

Satisfecha tal vez, la plata y oro
Despreciará la generosa estirpe;
Mas no de sangre de los suyos nunca
Su mano ha de lavar; antes cubierta
Será de estragos, con la vieja Europa,
Del Atlántico mar la otra ribera,
Fresca nodriza de sin par cultura;
Y en campo lidiarán fraternas huestes
Por pimienta o aromas o canela
O por el jugo de melosa caña,
O alguna otra razón, práctica y útil.
Y valor y virtud, y fe y modestia,
Y amor a la justicia, escarnecidos
Y de toda república arrojados
Como siempre serán; que es su destino
Estar siempre debajo. Torpe fraude
Y audacia impune elevarán su frente,
Nacidas a reinar. De imperio y fuerza,
Ya unidas en un haz, ya separadas,
Abusará quienquiera que los rija;
No importa el nombre. Que esta ley grabaron
Hado y Natura en tablas de diamante,
Y no la borrarán con sus centellas
Volta ni Davy, ni Inglaterra toda
Con las máquinas suyas, ni en un Ganges
De políticas hojas nuestro siglo
Ha de anegarla. Siempre el vil en fiesta,
Siempre el bueno en tristeza; conjurado
El mundo todo contra excelsas almas;
Del verdadero honor perseguidoras
Calumnia, odio y envidia; de los fuertes
Despojo el débil, de los ricos siervo
El ayuno mendigo, en toda forma
De público gobierno, cerca o lejos
Del polo o de la eclíptica, y por siempre,
Si al humano linaje esta morada
O la lumbre del sol no se nos niega.

Estas leves reliquias, estos rastros
De la pasada edad, fuerza es que impresos
Lleve la que ora surge edad del oro,
Porque de mil discordes elementos
Tejida está la condición humana,
Y a ponerlos en paz nunca bastaron
Fuerza ni entendimiento de los hombres,
Desde nació su generosa raza;
Ni bastarán, aunque potentes sean,
En nuestra edad periódicos y pactos.
Pero en cosas más graves será entera
Nuestra felicidad nunca soñada.

O de lana o de seda los vestidos
Han de ser más galanos cada día;
Dejará el labrador los rudos paños
Por cubrir de algodón su piel hirsuta,
De castor su cabeza. Y apacibles
A la vista, mil cómodos sillones,
Mesas y canapés, lechos, tapetes,
Adornarán con su mensual belleza
Todo aposento. De manjares formas
Nuevas admirará, calderas nuevas,
La humeante cocina. Y rapidísimo
De París a Calais, de Calais a Londres
Y de aquí a Liverpool, será el camino,
Por no decir el vuelo...

Iluminadas

Mejor que ora lo están, mas no seguras,
Serán de las ciudades populosas
Las más ocultas y torcidas calles.
Tales dulzuras, tan dichosa suerte
A la naciente prole se aperciben.
¡Feliz aquél que mientras esto escribo
Llora en los brazos de la fiel niñera!
Él ha de ver el suspirado día
En que aprendan los niños con la leche
De la cara nodriza, cuánto peso
De sal, cuánto de carne, cuánta harina
Consume en cada mes la patria aldea,
Y cuántos de nacidos y de muertos
Anualmente consigna en su registro
El anciano prior; cuando por obra
Del potente vapor, en un segundo
Impresas a millones, llano y monte
Y aun de los mares la extensión inmensa,
Cual bandada de grullas que se abate
Sobre ancho campo, y obscurece el día,
Cubrirán las gacetas, vida y alma
Del universo, y de saber en ésta
Y en la futura edad única fuente.

Como un infante, con asiduo anhelo
Fabrica de cartones y de hojas
Ya un templo, ya una torre, ya un palacio,
Y apenas le ha acabado, le derriba,
Porque las mismas hojas y cartones
Para nueva labor son necesarias;
Así Natura con las obras suyas,
Aunque de alto artificio y admirables,
Aún no las ve perfectas, las deshace,
Y los diversos trozos aprovecha.
Y en vano a preservarse de tal juego,
Cuya eterna razón le está velada,

Corre el mortal, y mil ingenios crea
Con docta mano; que a despecho suyo,
La natura cruel, muchacho invicto,
Su capricho realiza, y sin descanso
Destruyendo y formando se divierte.
De aquí varia, infinita, una familia
De males incurables y de penas,
Al mísero mortal persigue y rinde;
Una fuerza implacable, destructora,
Desde nació le oprime dentro y fuera
Y le cansa y fatiga infatigada,
Hasta que él cae en la contienda ruda
Por la impía madre opreso y enlazado.
¡Del estado mortal miseria extrema!
¡Vejez y muerte que comienzan cuando
El labio infante el tierno seno oprime
Que la vida destila! Ni enmendarlos
Podrá, por sabio y por feliz que sea,
El siglo nono-décimo, ni cuantas
Vengan tras él edades sucesivas.
Mas si lícito me es la verdad neta
Por su nombre decir, sólo infelice
Será todo nacido, en cualquier tiempo,
No en la vida civil, en toda vida,
Por esencia insanable y ley eterna
Que cielo y tierra abraza. Pero nuevo
Y divino remedio imaginaron
De nuestra edad los ínclitos talentos,
Pues no pudiendo hacer feliz a nadie,
Se dieron a buscar, dejando al hombre,
Una común felicidad, e hicieron
De muchos tristes un alegre pueblo,
Todo paz y ventura. Y tal portento,
En folletos, revistas y gacetas,
No declarado aún, asombra al mundo.

¡Oh mente sobrehumana, oh agudeza
Del siglo que ora corre! ¡Y qué seguro
Filosofar, y qué sapiencia, amigo,
En más sublime asunto y remontado
Enseña nuestra edad a las futuras!
¿No ves con qué constancia hoy escarnece
Lo que ayer adoró, y el ara abate
Para juntar mañana sus pedazos
Y venerarlos entre humeante incienso?
¡Oh cuánta fe y estimación merece
El concorde sentir de nuestro siglo...
O el del año corriente!... ¡Y qué trabajo
Es comparar nuestro sentir y ciencia
Con el del año actual y el del que viene,

Porque ni un punto discrepemos todos!
¡Cuánto en filosofar adelantamos
Si al moderno se opone el tiempo antiguo!

Uno de tus amigos, y maestro
No sólo en poesía, mas en todas
Artes y ciencias, de la humana mente
Árbitro enmendador, me aconsejaba:
«No cantes tus afectos y dedica
Esa viril edad a los severos
Estudios económicos. Atiende
Al público gobierno. ¿El propio pecho
Qué te vale explorar? Materia al canto
No busques en ti mismo. Las grandezas
De nuestro siglo di; di su esperanza
Que madurando va.»

¡Recto consejo,
Que yo escuchaba con solemne risa,
Al resonar en mi profano oído
Ese cómico nombre de esperanza!
Mas ora vuelvo atrás y la carrera
Contraría emprendo, persuadido al cabo
Que quien anhele gloria y busque fama,
Al propio siglo contrastar no debe,
Sino adular y obedecer: ¡por corta
Y fácil vía llegaré a los astros!
De tan alta ventura deseoso
Materia no darán al canto mío
De la presente edad los intereses.
Ya sabrán mercaderes y oficinas
Cuidar de ellos mejor. Mas la esperanza
He de decir, que ya visible prenda
Nos conceden los dioses; ya de larga
Felicidad principio, ostenta el labio
Y el rostro del garzón enorme pelo.
¡Oh luz primera, saludable signo
De la famosa edad que se levanta,
Mira cómo se alegran tierra y cielo
Delante a ti; cómo fulgura el rostro
De la doncella, y en convites vuela
La gloria ya de los barbados héroes!
¡Crece, crece a la patria, oh masculina
Moderna prole! A tu velluda sombra
Italia crecerá, crecerá Europa
De las fauces del Tajo al Helesponto,
Y el mundo al fin reposará seguro.
¡Y tú comienza a saludar con risa
A los hispídos padres, prole infante,
Para los áureos días elegida!
Ni te asuste el negrear de su semblante.

¡Sonríe, oh tierna prole; a ti guardado
De tanto y tanto hablar espera el fruto!
Mira el gozo reinar, ciudades, villas,
Vejez y juventud al par contentas
Y las barbas ondear largas dos palmos.

El pájaro de Aglaya

¿Leíste alguna vez allá en el Tasso
La suave historia del jardín de Armida?
¿Del pájaro te acuerdas prodigioso
De varias plumas y de rojo pico,
Que con humana voz allí cantaba
La vida del amor y de las rosas,
Las rosas codiciadas
De mil amantes y de mil doncellas,
Para adornar con ellas
La tersa frente o el mullido seno?

¿Recuerdas cómo el pájaro encantado
Después con sabia lengua refería
Cuál pasa y se marchita la lozana
única flor que en la existencia crece,
Y que apenas florece
Cuando quema sus hojas el estío?
¿Recuerdas el dulcísimo consejo
Con que acabó sus pláticas el ave?
«Coged la rosa mientras dure el Mayo;
Agotad el perfume de la vida
Mientras hierve en el fondo de su copa
La regia prez del oloroso vino;
Recorred triunfadores el camino,
Como en antiguas fiestas los mancebos,
Corriendo en el estadio, se arrancaban
Las sagradas antorchas de las manos.»

Yo pienso, mi señora,
Que el ave aquella, cuya estirpe ignoro,
Alta filosofía
Aprendió de otros pájaros doctores,
Y aun de otras alimañas más oscuras,
En Oriente y en Roma y en Atenas.
¿Quién me diera entender su algarabía
Y declararte su sentido arcano?
Dicen que Salomón le comprendía.

Sólo sé que esa voz, detenedora
Del mísero Reinaldo en la espesura
Bajo el poder de la celosa maga,
Era la voz de tórtola judía

Que gime en el Cantar de los cantares;
La voz de anacreóntica paloma
Donde hasta el himno se transforma en beso;
Del persa ruiseñor la melodía
Que de Jafiz en el Diván resuena,
Y hasta el chirrido alegre y discordante
Con que alivia al cansado caminante
La cigarra del Ática en estío.

Es ley de amor que se revela al mundo,
Y si ese amor invade
Alma gentil de sus misterios digna,
Espárcese en la vida un penetrante
Lánguido aroma de azahar oculto,
Y acuden en tropel los ruiseñores,
Cantando sus amores,
A anidar en el alma enamorada
Y a celebrar sus inmortales bodas.

Y hoy anidan en mí; pero uno solo
Rompió su cárcel por buscar tu seno,
Y no encontró calor y abatió el ala,
Y encadenado gime
Bajo el imperio de tu blanca mano
Entre las redes de artificio sabio.
Él te podrá contar en la alta noche
Lo que nunca decir osó mi labio;
Que él sabe mis ocultos pensamientos
Y es docto, como el pájaro de Armida.
Madrid, 1887.

Segunda parte
Tragedias

Los siete sobre Tebas
A la memoria del insigne escritor montañés D. Amós de Escalante

ETEOCLES Ciudadanos cadmeos: el que rige,
Sentado en la alta popa, el gobernalle
De este pueblo, y no sufre que sus ojos
El sueño oprima, la verdad os debe
Siempre decir. La próspera fortuna
Se atribuye a los dioses; mas la adversa
A nosotros se achaca. Si contraria
(¡Ojalá no!) la suerte se mostrare,
Execrarán mi nombre los tebanos
En rítmicas, ruidosas cantilenas,
Por toda la ciudad. Ora conviene

Que todos a la lid nos aprestemos,
Aun el joven imberbe, aun el anciano,
Por defender la patria y los altares
De los dioses indígenas, que nunca
Profane el vencedor; y por los hijos,
Y por la dulce tierra, engendradora
Y nodriza común, la que en su seno
Blando os recibió, cuando arrastrabais
Los perezosos infantiles miembros,
Y entre acerbos molestias educados,
Fuertes os hizo, armígeros, robustos,
Para que a vuestra madre defendieseis.
Ni es enemigo hasta el presente día
A nosotros el hado; la victoria
Más de una vez logramos, aunque asedie
Enemiga falange nuestros muros.
Ora el augur, que por la sacra llama
No vaticina (pues sus ojos cubre
Opaca niebla), mas pastor de aves,
La fatídica voz atento escucha
Y sabe interpretar, de los agüeros
Déspota y rey, me anuncia que esta noche
Dar el asalto piensan los Argivos
En cerrado escuadrón. A las murallas
Todos volad; las puertas y las torres
Armados ocupad, con las lorigas
El cuerpo defendido. No os aterre
Su inmensa y poderosa muchedumbre.
¡Buen ánimo, que suerte en el combate
Un dios os la dará! Ya mis espías
Han de volver de la enemiga hueste.
Ni en vano tornarán. Algo sabremos.
Quizá se logre prevenir el dolo.
NUNCIO; Buen Eteocles! ¡Rey de los Tebanos!
Nuevas te traigo de la hostil falange.
Todo lo presencié. Siete caudillos
En ancho y negro escudo recogían
La sangre de los bueyes inmolados,
Y en la sangre sus manos empapando,
Por Ares, por Belona y por el Miedo,
Ávidos de matanza, ellos juraron
La Acrópolis hundir de los Cadmeos,
Y el pueblo desolar, o en propia sangre
Esta tierra bañar, muriendo todos.
De Adrasto el carro con los tristes dones,

Que a los ausentes padres un recuerdo
A Argos llevasen, tácitos coronan.
Sus lágrimas corrían; mas la queja
No salió de sus labios. Su alma férrea,

Cual león por la presa se agitaba.
Ni un punto detendrán su audaz intento:
Echando suertes los dejé; los dados
Dirán qué puerta cada cual embista.
De la ciudad elige los mejores,
¡Oh Rey!; en cada puerta uno combata,
Que ya del todo armada se avecina
La hueste de Argos; se levanta el polvo,
Y los campos albean con la espuma
Que exhala la nariz de sus corceles;
Tú, cual diestro piloto, afirma y salva
Esta ciudad que es combatida nave,
Antes que llegue el torbellino horrendo
De Marte. Onda terrestre se levanta,
Inmensa multitud que vocifera.
No pierdas los momentos; explorando
Yo seguiré; mis ojos siempre abiertos,
Y fiel como hasta aquí, cuanto suceda
Presto sabrás, porque salvarte logres.
ETEOCLES; Oh Zeus, oh Tierra, oh Dioses tutelares
De nuestro pueblo! ¡Oh Furia prepotente
De mi padre! ¡no hagáis que se hunda y caiga
En poder de enemigos desolada
Esta ciudad do el habla doria suena,
Ni que el fuego doméstico se apague,
Ni que yugo servil sufra de Cadmo
La libre tierra! Vuestra ayuda imploro;
útil será a vosotros la victoria;
Pues siempre las ciudades bienhadadas
Veneran más a los celestes dioses.
CORO; Qué de dolores el temor me anuncia!...
Sus reales deja la enemiga hueste;
Ved cuál cabalgan y se acercan ya...
Muda señal, pero veraz, segura,
Es la nube de polvo que levantan
Sus rápidos corceles, con los cascos
La tierra sacudiendo estremecida...
El estrépito crece,
Y ya se acerca más...
Es cual torrente que del monte baja,
Invencible corriendo a la llanura.
¡Piedad, celestes dioses;
Grandes diosas, piedad!
Con un clamor que hasta los muros se alza,
Ataca la ciudad la muchedumbre,
De escudos refulgentes adornada.
¿Quién nos defenderá? ¿Quién de los dioses
Lidiará en mi favor? ¿De qué demonio
Abrazaré la veneranda estatua?
¡Vuestras sedes espléndidas,

Oh dioses, proteged!
Mas ¡oh lamentos vanos!
¿El ruido no escucháis de astas y escudos?
Acudamos con peplos y coronas,
Las aras de los dioses a ceñir.
¡Oh dios del áureo yelmo,
Ares, señor antiguo de esta tierra,
Defiende la ciudad que tanto amaste.
Venid todos, ¡oh dioses tutelares!
Las vírgenes tebanas os imploran,
De fiera servidumbre amenazadas.
En torno a la ciudad muge una ola,
Por el soplo de Ares encrespada,
Una turba guerrera,
De empenachada y hórrida cimera.
¡Oh Zeus, Padre del éxito felice!
Ahuyenta al enemigo.
Mira cercada la ciudad de Cadmo
Por el terror de las hostiles armas
Del iracundo Argivo;
Los frenos aligados
De sus bridones a la horrenda boca,
Gimen en son de muerte;
Y los siete caudillos
Soberbios con espléndida armadura,
Van a las siete puertas,
Do su lugar les señaló la suerte.
¡Defiende la ciudad, hija de Zeus,
Palas, en los combates vigorosa!
¡y tú, Poseidón, que corceles domas,
En los mares potente,
Defiéndanos tu diestra y tu tridente!
De Cadmo el nombre y la progenie clara,
¡Ares, Ares!, protege.
Y a ti, Cipria, también, pues de tu sangre
La nuestra ha procedido,
Nuestros fervientes ruegos dirijamos;
Y a ti, rey del Liceo,
Porque cual lobo rujas
Contra la hueste aquea,
Y a ti, Latonia virgen,
Del arco y las saetas decorada.
¡Ay! ¡Ay qué ruido siento, oh alma Juno,
De carros y caballos
En torno a la ciudad!...
¡Cómo los ejes so la carga gimen!
¡Cómo rechinan las veloces ruedas!
Cúbrese el aire de volantes dardos.
¿Qué suerte nos amaga? ¿Qué destino
Nos guarda Dios? En las almenas llueve

Piedras, y de los cóncavos escudos
Resuena el bronce. A ti concedió el Padre
El santo oficio de la justa guerra,
¡Oh reina Onca! La ciudad ampara
De siete puertas. ¡Prepotentes dioses,
Supremos de esta tierra tutelares!
No entreguéis la ciudad a gente dura
Y de extranjera lengua. Oíd el ruego
De las castas doncellas, y propicios
Este pueblo mirad, que en las orgías
Honró con muchas víctimas las aras.
ETEOCLES Yo os pregunto, intolerables bestias,
¿Es éste el modo de alentar al pueblo?
¿De unas aras correr en otras aras,
Fatigar a los dioses inmortales,
Gemir, vociferar?... ¡Infame sexo
Que los prudentes odian! Ni en los males
Ni en la prosperidad, con las mujeres
Quiero habitar. Si la fortuna ríe,
¿Quién tolera su audacia? ¿Quién su miedo
Si el peligro se acerca? Vuestra fuga
Y loco clamoreo al ciudadano
Terror infunden y ánimo cobarde,
Y acrecientan su fuerza al enemigo.
Contra nosotros mismos peleamos,
Y somos destruídos. Las mujeres,
¿Qué ayuda nos darán ni qué consuelo?
Mas si alguno a mi imperio se resiste,
Sea varón o mujer, anciano o niño,
Negros sufragios rodará la urna,
Y será por las calles lapidado.
En casa, las mujeres; los varones,
En la muralla velen; que las hembras
No harán daño en sus lares encerradas.
¿Me habéis oído, o no?
CORO ¡Sangre de Edipo!
Temblamos al oír ruido de carros,
Y de volubles, estridentes ruedas;
Y en las bocas sonar de los corceles
Inquietos frenos, que engendrara el fuego.
ETEOCLES ¿Y qué? ¿Si se refugia en la alta popa,
Se salvará en el mar tímido nauta,
Cuando su leño el aquilón sacude?
CORO Corrimos a los viejos simulacros,
La celestial ayuda suplicando,
Cuando sonó en las puertas un estruendo,
Cual de nevosa, rápida tormenta;
De terror agitadas, a los dioses
Pedimos que amparasen estos muros...
ETEOCLES Rogadles sólo que baluarte sean

A la ciudad arrojan.
¡Dioses nacidos de Saturnia stirpe,
El pueblo proteged de los Cadmeos!
¿Qué suelo encontraréis como el de Tebas,
Si abandonáis a los hostiles dioses
Esta región frugífera,
Y de Dircea las salubres ondas,
Cuales nunca Poseidón,
El que la tierra abraza,
Ni las hijas sin número de Tetis,
Arrojan de sus urnas,
Para calmar la sed de los mortales?
¡Oh tutelares númenes!
¡Al enemigo bando
Lanzad la destrucción: Ate funesta,
La lanza matadora de varones,
La que sus armas rompe y desbarata!
De gloria coronad a los tebanos,
Presidio sed de vuestros templos y aras,
Inmóviles en ellos.
¡Cuán triste es ver a la ciudad Ogigia,
Despojo de la lanza,
Sepultada en el Orco,
O a triste servidumbre reducida;
Sin gloria devastada
Por el furor aqueo;
Aventadas las sórdidas cenizas,
Y madres y doncellas,
Rotas las vestes, los cabellos sueltos,
Cual yegua por las crines arrastrada!
¡Moribundos cautivos
Llenan con su clamor los anchos foros
De la ciudad saqueada!
¡Cuán triste es ver a la violada virgen,
Que aún no probó de Himene los halagos,
Apenas de los brazos
Sale de sus injustos forzadores,
Que el fruto sin sazón arrebataron,
Dejar la tierra y la paterna casa!
¡Oh mil veces feliz la que antes muera
De ver miseria tanta!
Rapiña y destrucción, muerte e incendio,
Humo que el aire turba y ennegrece;
Y Ares en tanto, de piedad desnudo,
De pueblos domador, la llama atiza.
Clamor confuso en la ciudad resuena;
Fuera de la ciudad, los enemigos
Forman vallado cual de fuertes torres,
Lanza con lanza, escudo con escudo;
Sucumben los varones,

Y los lactantes niños
Lanzan vagidos de su sangre llenos.
En medio a la rapiña,
Los fieros vencedores
Se estorban mutuamente y se sofocan,
O se juntan tal vez por ayudarse;
Mas luego se dividen,
Cada cual mayor presa ambicionando.
Yacen en el camino
Las esperanzas de la mies perdidas,
Los frutos arrancados,
Y acerbo llanto el labrador derrama.
Van en turbios raudales
De la tierra los dones más preciosos,
Y las dorias esclavas,
Con llantos y gemidos,
El tálamo nefando
A voluntad del vencedor, esperan.
¡Sólo la eterna noche
Podrá acabar su poderosa vida!
SEMICORO 1º Mirad, amigas, ya del campo viene
El fiel explorador; nos traerá nuevas;
Presuroso hacia aquí sus pasos guía.
SEMICORO 2º Pues también nuestro rey, hijo de Edipo,
Se dirige hacia acá por escucharle,
Y no es menos veloz el paso suyo.
NUNCIO Ya sé cuánto prepara el enemigo,
Y qué caudillo destinó la suerte
A cada puerta. En la de Preto brama
Tideo; porque, infaustos los augurios,
Del Ismeno le aparta el sacro vate.
Pero él, furioso y anhelando lucha,
Ruge como el león al mediodía,
Y de Éclides, profeta venerando,
Torpe se mofa, y le llamó cobarde,
Adulador del miedo y de la muerte.
Los tres penachos del radiante yelmo
Feroz sacude, y del bronceo escudo
Las sonantes, espléndidas labores
Bajo la mano, en son de guerra, gimen.
Lleva en su escudo, por soberbia insignia,
El espléndido cielo coronado
De innúmeras estrellas, y la luna
En medio del broquel, la luna llena,
Ojo y señora del horror nocturno.
Así, adornado de fulgentes armas,
En la ribera del sagrado río,
Clama por arrojarse a la pelea,
Como fiero corcel que muerde el freno,
Si de bélica trompa el son escucha.

¿Quién le opondrás? ¿Quién de valor tan grande
Que la Prétida puerta le defienda,
Si sus cancelas impetuoso rompe?
ETEOCLES Nunca temí la pompa de Tideo;
No hieren las empresas del escudo,
Ni del yelmo penachos y cimera,
Sino la aguda lanza. Y esa noche
Que me dices que lleva en el escudo,
Con rutilantes astros adornada,
Agüero podrá ser de su destino;
Si cerrare sus ojos moribundos
La negra noche, ese blasón fastuoso
Responderá muy bien a lo que ostenta,
Él mismo contra sí profetizando.
Enfrente de Tideo, al sabio hijo
Pondré de Astaco, el de progenie clara,
De insolencia odiador; tardo y certero;
El que a la honra como a un Dios venera.
Es hijo de la tierra Menalipo,
De los sembrados héroes descendiente
Que Marte perdonó. Juzgará Marte
La incierta lid. A Menalipo mueve
Filial amor, para romper osado
Lanza enemiga del materno suelo.
CORODad a mi defensor, propicios dioses,
Ayuda en la pelea,
Pues tan justo campeón cual Menalipo
Defiende nuestra tierra.
Mas ¡ay! yo temo ver de mis amigos
La destrucción sangrienta.
NUNCIO; Favor le den los dioses! Capaneo
Hubo por suerte la Electraia puerta.
Más que el otro feroz, más arrogante
Que hombre nacido, maldiciones lanza
Contra los muros. ¡Ojalá se frustren!
Quiéranlo o no los Inmortales, dice
Que la ciudad asolará, ni teme
De Zeus la ira, que a la tierra baja
En inflamados rayos y centellas,
Que estima cual calor del mediodía
Que arde, pero no abrasa. Por enseña
Lleva un varón ignífero y desnudo,
Con un hacha en las manos, y repite
En áureas letras: «Quemaré la tierra.»
¿Quién le resistirá? ¿Quién será osado
A detener sus ímpetus soberbios?
ETEOCLES Mejor; al temerario le condena
Su propia lengua acusadora siempre.
Si amenaza insolente Capaneo,
Y desprecia a los númenes, y mueve

Lengua mortal, en vanas alegrías,
Contra Zeus que escucha desde el cielo
Sus soberbias palabras tempestuosas,
Espero que sobre él de la justicia
El rayo caiga ignífero, potente,
En nada a los calores semejante
Del mediodía. A él opondré un guerrero
Corto en palabras, pero de alma ardida,
El fuerte Polifón, seguro amparo,
Si la virgen Artemis le protege.
CORO Quien amenaza a la ciudad, perezca,
El rayo le separe de sus muros;
No profane mi lar,
Ni con soberbia lanza me arrebaté
Del lecho virginal.
NUNCIO Salió a Eteoclo la tercera suerte
Del fondo de la cóncava celada.
Va a la puerta de Neita con sus hombres.
Él rige ferocísimos bridones,
Que anhelosos de lid tascan el freno;
Resuena en modo bárbaro el bocado,
Del soplo henchido, que animoso humea
Por la abierta nariz. El ancho escudo,
No de vulgar manera blasonado,
Muestra un varón de poderosas armas,
Que el pie en la escala afirma, y a la torre
Del enemigo asciende, y esta letra:
«Ni Marte de los muros me arrojara.»
Opónme a este varón otro más fuerte,
Que de Tebas aparte el servil yugo.
ETEOCLES Ya le hay si la fortuna le protege,
En manos, no en palabras poderoso;
El hijo de Creonte, megareo,
De aquellos autóctonos descendiente,
Que sembró Cadmo en el terrón beocio;
Ni el fiero resoplar de los caballos
Le hará cejar un punto en la defensa;
De su tierra nutriz tornará al seno,
O con los dos varones y el escudo,
Y la ciudad pintada por despojos,
A Tebas volverá de gloria lleno.
Alaba a otro caudillo; di su nombre.
CORO Grata la suerte al defensor ayude
De mi casa y ciudad,
Y Zeus al insolente y temerario
Le mire sin piedad.
NUNCIO El cuarto, que a la puerta se avecina
De la Onca Atene, Hipomedón se llama,
De cuerpo ingente y ánimo robusto;
Temblé del cerco grande de su escudo,

Al agitarle él. Sagaz artífice
Allí esculpió a Tifón, por su ígnea boca
Humo negro exhalando, de la llama
Versicolor hermano, y las serpientes
En complicados giros que circundan
Toda la cavidad del hondo escudo.
Va con él el terror, y cual bacante
Del numen agitada, arde y delira.
¡Resiste bien su belicosa furia,
Que ya en las puertas el tumulto suena!
ETEOCLESPalas Onkea, suburbana diosa,
A esa puerta vecina, sus polluelos
Defenderá de ese dragón argivo.
Hiperbio, el esforzado hijo de Enopo,
De varón a varón, con él pelee,
Que ni en fuerzas, ni en ánimo, ni en armas
Le es inferior. Mercurio los ha unido.
Lidiarán dos gigantes; sus escudos
Ornan dioses hostiles: si a Tifeo
El uno lleva, vomitando llamas,
Zeus padre, en el broquel del fuerte Hiperbio,
Sentado lidiador, el rayo vibra.
¿Cuándo el Saturnio se miró rendido?
Tal se odian estos númenes; nosotros
Al vencedor seguimos, mas por ellos
El vencido combate. ¡Triunfe Zeus
Otra vez de Tifón! Al adversario
La misma suerte que a su dios alcance,
E Hiperbio, cual lo anuncia su divisa,
Por Zeus salvador, triunfante sea.
CORO¡Estréllese en las puertas la cabeza
De quien lleva la imagen en su escudo
De un demonio terrígena, que odian
Númenes y mortales juntamente!
NUNCIOAsí se cumpla; el quinto, colocado
En la puerta del Bóreas, do la tumba
Se eleva de Anfión, hijo de Zeus;
Por la lanza que vibra, y le es más cara
Que sus ojos, más santa que los dioses,
A Tebas destruir, aunque se oponga
El Saturnio, promete... Es un mancebo
De varonil esfuerzo; en la hermosura
De su madre Atalanta la serrana,
Imagen es. Y su infantil semblante
Apenas cubre el delicado bozo,
Indicio ya de pubertad naciente.
Su nombre es virginal: Partenopeo;
Pero su alma cruel, torva mirada,
No son de virgen. Su redondo escudo
De cincelado bronce afrenta a Tebas,

Allí clavada la voraz esfinge
Sostiene entre sus garras a un cadmeo,
Cual blanco a las saetas. ¿Desde Arcadia
Por tan largo camino habrá venido
Para manchar sin honra su linaje?
Huésped en Argos, su hospedaje quiere
Pagar en estos muros con afrenta...
¡Ojalá que los dioses le desoigan!
ETEOCLES; Ojalá de los dioses la venganza
Humille sus soberbias vanidades,
Y muerte y destrucción caiga sobre ellos
Cual ellos la provocan sobre Tebas!
A ese niño de Arcadia, Actor, hermano
De Hiperbio, yo opondré, que no con voces,
Mas con potente diestra le resista,
Y a esa lengua sin obras ponga freno,
Y pasar de las puertas no tolere
A quien tiene del monstruo, horror de Tebas,
La imagen por empresa en el escudo.
Ella se volverá contra su dueño,
Cuando los dardos bajo el muro lluevan,
Y confirmen los dioses este augurio.
CORO De terror tu oración nos penetra,
El cabello se eriza al oírte;
Al soberbio los dioses confundan,
Que tan grande impiedad pronunció.
NUNCIO El sexto es tan valiente como sabio;
El augur Anfiarao, que se coloca
En la Homoloide puerta, interpelando
Con acerbos palabras a Tideo,
Turbador de los pueblos, homicida,
Causa y maestro de los males de Argos,
Evocador de furias, y ministro
De mal consejo a Adrasto. Y a tu hermano,
Desdichado Polínice, en dos partes
Su cizañero nombre dividiendo,
Iracundo lanzó tales palabras:
«Por cierto te será de mucha gloria,
Y ante los Inmortales muy acepto,
El destruir con peregrina hueste
Patria ciudad e indígenas deidades.
¿Cómo tu patria en guerra domeñada
Te ha de ser nunca voluntaria sierva?
¿Quién de tu madre atajará las voces
Que acusadora contra ti levante?
Fiel agorero de mi propia suerte,
El suelo hostil fecundaré con sangre.
Lidemos, que gloriosa muerte espero.»
Así diciendo, sacudió el escudo,
Que es blanco, sin emblema ni divisa.

Más quiere bueno ser que parecerlo;
Y de su alma en el profundo surco,
Frutos recoge de prudencia mucha
Y buen consejo. Oponle un adversario
Tan sabio como él. Que es muy temible
El justo que a los númenes venera.
ETEOCLES; Suerte infeliz la que enlazó a ese justo
Con hombres tan impíos! Siempre daña
Tratar con el inicuo; de su campo
Siempre se recogió fruto de muerte.
¡Oh! ¡Cuántas veces ascendió a la nave
Varón piadoso entre profanos nautas,
Inicua turba que se arroja a todo,
Y pereció con ellos! ¡Cuántas veces,
Ciudad impía que olvidó a los dioses,
Hospeda a un justo, que en la ruina se hunde,
Cuando el azote de los dioses llega!
Así de Eclis el hijo, augur piadoso,
Prudente, justo, venerable, santo,
Y sublime profeta, por mezclarse
Con los impíos, soberbios, jactanciosos,
Que tan largo camino hacen en balde,
Si Zeus nos ampara, en la derrota
Será con los restantes confundido.
Mas que ataque la puerta, no lo esperes,
Ni le tengo por tímido o cobarde;
Mas sabe que su muerte se avecina,
Si es veraz el oráculo de Loxias;
Y Loxias calla, o la verdad revela.
Inhospital custodio le reciba
En la puerta el fortísimo Lasthenes,
Viejo en prudencia, vigoroso en cuerpo,
Largo en la vista, de ligeras manos;
Que con la izquierda al enemigo arranca
El hierro de la lanza. La victoria
En manos de los númenes consiste.

CORO Nuestros ruegos oíd, Inmortales;
 Buena suerte otorgad a este pueblo,
 Y los males que trajo la guerra
 El extraño tan sólo reciba;
 De los muros el rayo los lance,
 Que fulmine la diestra de Zeus.

NUNCIO El séptimo... ¿direlo?... es él... tu hermano,
Que a la ciudad impreca y la maldice,
Y jura hundir sus torres, y aclamado
Con festivo Peán, canto de triunfo,
Ir a encontrarte y pelear contigo,
Y matarte o morir. Y si la vida
Te perdonare, con destierro largo
Vengar la afrenta que le hiciste un día.

Y porque cumplan sus fervientes votos,
A la patria y los dioses gentilicios
invoca el esforzado Polinice
Lleva un reciente bien labrado escudo,
Con dos figuras cinceladas de oro;
Una mujer que por la mano guía
A un armado campeón: es la Justicia;
Así la misma letra lo declara:
«Volveré este hombre a su perdida Tebas
Y a dominar en la paterna casa.»

Mira quién le opondrás...

ETEOCLES ¡Raza de Edipo

Maldita, por las Furias perseguida,
Odiada por los dioses! Ya se cumple
La maldición terrible de mi padre.
Mas no gemir ni lamentarme debo.
¡No suenen otra vez vuestros sollozos!
Es digno de su nombre Polinice;
Mas de esa audaz divisa de su escudo
Los áureos rutilantes caracteres,
Que cual su mente bullen y deliran,
Presto veréis si a Tebas le conducen.
Si la virgen Justicia, hija de Zeus,
Sus obras y consejos inspirara,
Conseguirlo podría. Pero nunca
Le saludó ni penetró en su techo,
Ni cuando abandonaba las tinieblas
Del seno maternal; ni cuando niño,
Ni en su primera juventud, ni cuando
Ornó su barba innumerable pelo.
Y hora que aflige a su nativa tierra,
¿Le ayudará? ¿Merecerá su nombre
Si a tan audaz varón une su esfuerzo?
Iré confiado a la batalla. ¿Qué otro
Con más razón que yo debe matarle?
Rey contra Rey, hermano contra hermano,
Enemigo a enemigo lidiaremos;
Pronto... lanza y escudo... y armadura.
CORO; Oh el más amado de los hombres todos,
Hijo de Edipo! en su furor no imites
A tu iracundo hermano. Que combatan
Entre sí los argivos y cadmeos.
Su sangre es expiable. Mas no hay siglos
Que basten a lavar la negra mancha
De un doble fratricidio.

ETEOCLES ¿Quién tolera

Sin honra ni venganza la victoria?
Yo prefiero la muerte, Los cobardes,
¿Qué gloria dejan tras su torpe vida?
CORO; Hijo! ¿En qué piensas? El furor te ciega,

Ávido de combate. Esa iracundia
 Aún puedes refrenar.
 ETEOCLES Un dios me arrastra...
 ¡Vete a surcar las ondas del Cocito,
 Con favorable viento, maldecida
 Raza de Layo, que aborrece Febo!
 COROCiego furor a derramar te impele
 ¡Fruto nefando! la fraterna sangre.
 ETEOCLES Ved... de mi padre la enemiga sombra
 Ya con los ojos secos se levanta;
 Ella me manda consumir el crimen,
 Y vengarme y morir...
 CORO Tú no la invoques,
 Que no es cobarde quien justicia guarda;
 Si los dioses tus víctimas aceptan,
 Nunca la negra Erinnis vengadora
 Afirmará sus plantas en tu techo.
 ETEOCLES Los dioses... ¡Cuánto tiempo ha que dejaron
 Del todo nuestra casa! En nuestra ruina
 Ellos se aplacen. No aduléis al hado.
 CORO Aún es tiempo... Si un numen se aplacase,
 En favorable viento se tornara
 El soplo abrasador que te consume.
 ETEOCLES ¡Aún arde más la imprecación de Edipo,
 Y nocturna visión veraz me dice
 Cuál serán divididos los tesoros
 De mi padre infeliz!...
 CORO A las mujeres
 Oye, aunque las desprecies.
 ETEOCLES Es inútil...
 Decidlo, pero en breve...
 CORO No combatas
 En la séptima puerta.
 ETEOCLES ¿Con palabras
 Doblearme queréis? ¡Empeño vano!
 CORO Honran también los dioses la victoria
 Que sin lidiar se alcanza.
 ETEOCLES De un guerrero
 Tal palabra es indigna...
 CORO ¿Y en la sangre
 Quieres bañarte de tu hermano?
 ETEOCLES Quiero;
 Y no se salvará, si un dios me ayuda.
 CORO ¡Ay de nosotras, si la horrenda Erinnis,
 No a los dioses igual, devastadora
 De pueblos, y de males adivina,
 Viene a cumplir la imprecación del padre,
 Y a saciarse en la sangre de los hijos,
 Cuyo ciego furor arde y atiza. (Se va ETEOCLES.)
 CORO Antiestrofa a

El de la Escitia peregrino hierro
Que forjara el Calibe,
El reino parte de los dos hermanos
Y por iguales suertes,
Tan sólo aquella tierra
Que sus despojos cubra,
En vez de ricos campos, les divide.

Estrofa b
Cuando sucumban en nefanda guerra,
Con recíproca herida,
Y de su negra sangre se saciare
El profanado suelo,
¿Quién lustrarle podrá? ¿Qué expiaciones
El fratricidio lavan? Desventura
Mayor se junta a los antiguos males.

Antiestrofa b
Ya tres edades corren,
Desde que Layo consultara a Apolo
En su oráculo pitio, levantado
De la tierra en el centro;
En vano le gritó: «¡Tebas perece,
Si de ti nace un hijo!»

Estrofa c
La celeste amenaza
Venció de amigos el falaz consejo,
Y engendró Layo al parricida Edipo,
Que fecundó incestuoso
El seno mismo do nació su vida.
De aquel consorcio insano
Esta sangrienta estirpe ha procedido.

Antiestrofa c
Los males, cual las olas,
En su curso se alcanzan; una cede,
Cuando la otra vencedora se alza,
Y de la rota nave,
Como de la ciudad, en torno ruge.
Frágil reparo la muralla ofrece;
¿Sucumbirá este pueblo
Vencido con sus reyes?

Estrofa d
Cúmplese ya la execración antigua;
Nunca de paso el infortunio viene;
Siempre descarga a plomo;
Si la tormenta brama,
Fuerza es lanzar riquezas y tesoros,

Y aligerar la nave.

Antiestrofa d

¿A quién honraron los celestes dioses?
¿A quién el pueblo inmenso,
En la ágora sonante congregado,
Como al prudente Edipo,
Cuando venciera a la voraz Esfinge
Que asoló nuestra tierra?

Estrofa e

Mas luego que el enigma
Llegó a saber de su fatal incesto,
Con enemiga mano,
La misma de su padre matadora,
Arrancose los ojos, aún más caros
Que el amor de sus hijos.

Antiestrofa e

Y con horrendas voces
Las vengadoras Furias invocaba,
Porque sus hijos con armada mano
Su herencia dividieran. Ora temo
Que su delirio las Erinnis cumplan.
NUNCIO; Buen ánimo! Alentad, tiernas alumnas
De vuestras madres. Ya está libre Tebas
De yugo y servidumbre; ya perece
De esos varones la jactancia altiva.
En calma la ciudad... Y no se ha abierto
La nave contrastada por las olas;
Las torres nos protegen; cada puerta
Tiene un guerrero de pujante brío;
En las seis puertas la victoria es nuestra;
La séptima domina el rey Apolo,
Que en la raza de Edipo la venganza
Quiere tomar de la impiedad de Layo.
CORO; A la ciudad qué nueva desventura?...
NUNCIO Salva está la ciudad; pero los reyes...
Los de una misma sangre procedidos...
CORO; Qué dices? A escucharte ni aun me atrevo.
NUNCIO Los hijos ¡ay! del infeliz Edipo...
Oye tranquila.
CORO ¡Mísera! Adivino
Lo que a contarme vas.
NUNCIO Los dos cayeron,
Y con mutuas heridas traspasados...
CORO; A tal punto llegaron?
NUNCIO Y de entrambos
Bebió la tierra la caliente sangre.
CORO; Entre sí los hermanos combatieron?

NUNCIO Entrambos en el polvo se revuelcan.
CORO ¡A entrambos ha cabido igual fortuna!
NUNCIO Muertos quedan los dos; el hado quiere
Exterminar de Edipo la progenie.
¡Lgrimas y alegría juntas llegan!
En salvo la ciudad, mas sus caudillos,
Con el hierro en Escitia martillado,
Quisieron dividirse los despojos
La tierra poseerán que sus cadáveres
Pueda cubrir, tras de la horrenda liza;
Cumplida está la maldición del padre.
CORO ¡Júpiter grande, tutelares dioses
Del alcázar de Cadmo!
¿Debo alegrarme por la patria salva,
O llorar a los reyes
Que, infelices, sin prole, sucumbieron,
Y de su amargo nombre
Bien el infausto agüero confirmaron?
¡Furia de Edipo, prepotente y negra!
Impera en nuestras almas
Frío terror. Yo llevaré al sepulcro,
Cual dementada y férvida bacante,
Lúgubres trenos, cánticos de muerte,
Pues en su propia sangre
Torpemente manchados,
Yacen los dos. Las Furias presidían
A su ominoso encuentro.
Llegó a su fin la maldición paterna,
Y Febo satisfizo
De su violado oráculo el ultraje.
¡Ay de nuestra ciudad! A los oráculos
¿Quién falta impunemente?
¡De Edipo descendencia!
Digna de lloro es vuestra suerte infanda,
Calamidad que las palabras vence.

(Traen a la escena los cuerpos de ETEOCLES y POLINICE.)

Vedlos aquí... veraz fue el mensajero.
Doble dolor... calamidad perfecta;
En la casa del mal, el mal habita,
Y nunca viene solo.
¡Llorad, llorad, amigas,
Porque a los muertos acompaña el llanto;
Golpead con ambas manos la cabeza!
Con aura de suspiros
Impeleréis los remos
De la sacra Teoría
Que surca, a negras velas,
El Aquerón de lágrimas avaro;

Y a la región de nieblas,
Que no visita Apolo
Ni el sol alumbra con fulgente rayo,
Conduce a los mortales,
A las fauces del monstruo, siempre abiertas,
Que anhela devorarlos.

.....
Mas ya llegan Antígona e Ismenia;
De lo hondo de su pecho
Ellas el canto lúgubre entonando,
A los muertos hermanos
Justo dolor ofrecerán. Vosotras
Haced un semicoro,
Y el himno de las Furias resonante
Alzad, mientras nosotras repetimos
El lúgubre cantar, que alegra al Orco.
SEMICORO 1.º; Hermanas infelices, más que cuantas
Enlazan con el cingulo sus vestes!
Yo gimo y lloro; ni es falaz mi llanto.
SEMICORO 2.º; Insanos campeones!
La voz de los amigos fuera en vano;
El mal os arrastraba,
Y los paternos lares
Quisisteis domeñar en lid y guerra.
SEMICORO 1.º Acerba muerte y destrucción trajisteis
A vuestra casa, hermanos.
SEMICORO 2.º Ya la casa paterna es allanada,
Ya con el hierro cada cual obtiene
El amargo reinar que tanto ansiaba.
SEMICORO 1.º Ya fieras las Euménides
La imprecación del padre consumaron.
SEMICORO 2.º Por el siniestro lado
Los dos cayeron en la pugna heridos;
Sus consanguíneas manos
Movieron ¡ay! las Furias vengadoras
SEMICORO 1.º Al par de reino les privó y de vida
La disorde Fortuna,
Por su padre invocada.
SEMICORO 2.º En la ciudad resuenan los lamentos
Y gimen las murallas,
Y la tierra de entrambos amadora;
Poseerá otro heredero
El campo que a estos míseros
La causa fue de división y muerte.
SEMICORO 1.º Furiosos dividieron,
Árbitro el hierro, la tebana herencia,
E igual parte lograron.
Sus iras los amigos execraban.
SEMICORO 2.º El hierro los inmola,
Y les reserva el hierro

ISMENIA; Oh mi hermano infeliz!
ANTÍGONA Muerte al amigo
Diste.
ISMENIA Y él te mató.
ANTÍGONA Doble al oído
Es la desgracia.
ISMENIA Y a la vista doble.
ANTÍGONA; Cuán cerca están los males!
ISMENIA ¡Las hermanas
Cuán cerca de los míseros hermanos!
CORO; Cuán grande es tu poder, luctuosa Erinnis,
Sombra de Edipo, formidable Parca!
ANTÍGONA; Grave dolor!
ISMENIA ¡No vuelve del destierro!
ANTÍGONA No volverá, que ha muerto.
ISMENIA También muere
El que en casa quedó.
ANTÍGONA Si muere, mata.
ISMENIA Él a Eteocles arrancó la vida.
ANTÍGONA; Cuánto padezco!
ISMENIA ¡Mísero linaje!
ANTÍGONA; Llanto doblado por los dos hermanos!
ISMENIA Y doble llanto por las rotas lanzas.
CORO; Cuán grande es tu poder, luctuosa Erinnis,
Sombra de Edipo, formidable Parca!
ANTÍGONA Tú lo supiste al asaltar a Tebas.
ISMENIA Y en la defensa tú.
ANTÍGONA La misma Furia
Te trajo a la ciudad.
ISMENIA Ella te armaba
Contra el hermano.
ANTÍGONA ¡Triste de mirarse!
ISMENIA; Triste de oírse!
ANTÍGONA ¡Oh males!
ISMENIA ¡Oh fatiga!
ANTÍGONA A la casa y la tierra.
ISMENIA Sobre todos
A mí.
ANTÍGONA Y aún más a mí.
ISMENIA ¡Rey Eteocles,
De estos males autor!
ANTÍGONA ¡Locos hermanos,
Sobre todos los hombres, infelices!
ISMENIA; Dó los sepultaremos?
ANTÍGONA Do más digno
De su valor y de su estirpe sea.
ISMENIA Junto al padre reposen.
EL PREGONERO Los decretos
Escuchad que los próceres dictaron
De la gente cadmea. Sepultura

Se concede a Eteocles, que ha lidiado
 Por el suelo natal y por sus dioses,
 Lanzando a los extraños de sus muros,
 Y ha muerto allí donde es glorioso al joven
 Por la patria caer. Pero su hermano
 Yacer debe insepulto y de los canes
 Despojo vil, pues asolar quería
 De Cadmo la ciudad, y lo cumpliera
 Si un dios no nos ampara. Ni es la muerte
 Bastante expiación al numen patrio,
 Por haber conducido a nuestras torres
 Peregrinos guerreros. Vil sepulcro
 Tendrá en el vientre de voraces aves;
 Vertida libación, llanto ni trenos
 No alegrarán su tumba, ni el lamento
 De los fieles amigos le acompañe.
 Esto mandan los próceres de Tebas.
 ANTÍGONA Yo a su edicto respondo. Si a mi hermano
 Nadie quiere enterrar como a Eteocles,
 Yo le sepultaré; todo peligro
 Arrostraré por él; no me avergüenzo
 De hollar las leyes por tan justa causa.
 Nuestra sangre común, la de mi madre
 Y mi padre infeliz, a esto me obliga,
 Y mucha fuerza tiene. Acompañarte
 Quiero en los males, voluntaria, alegre.
 ¡Alma mía, valor! ¡Hermano mío!
 No los lobos famélicos tus carnes
 Devorarán; yo sola en mi regazo,
 Llevando el polvo en el bysino manto,
 Esconderé so tierra tus cenizas
 Do nadie las profane. Audacia y fuerza
 He de tener.
 EL PREGONERO No opongas a las leyes
 Inútil resistencia.
 ANTÍGONA Tal decreto
 No vuelvas a intimarme.
 EL PREGONERO Si el peligro
 Vence, es la plebe en su furor tremenda.
 ANTÍGONA Alaba su rigor; sin sepultura
 No quedará mi hermano.
 EL PREGONERO ¿Y a enterrarle
 Te atreverás, si el pueblo le aborrece?
 ANTÍGONA No le han marcado aún los inmortales
 Con el sello de gloria o de anatema.
 EL PREGONERO Trajo a Tebas la guerra.
 ANTÍGONA Devolvía
 Mal por mal.
 EL PREGONERO Uno solo le ofendiera,
 Y él atacaba a todos.

La voz de Zeus; pero no me atrevo
 A encadenar en proceloso risco
 A un dios de mi linaje. Dura fuerza
 Es la necesidad; cumplirse debe
 La voluntad del Padre. ¡Excelso hijo
 De la divina Temis consejera!
 A mi pesar, con lazo indisoluble,
 Te sujeto a esta peña, nunca hollada
 De humanas plantas, do ni forma veas
 Ni voz escuches de mortal alguno,
 Mas la llama del sol lenta te abraza
 Y muda tu color. Cuando estrellada
 La noche oculte el esplendor del día,
 O el sol disipe el oriental rocío,
 Siempre tu mal te aquejará presente.
 Aún no nació quien libertarte pueda.
 ¡Tal premio por tu amor a los mortales!
 ¡Tú, siendo dios, las iras de los dioses,
 Por honrar a los hombres, te atrajiste!
 Injusto fue tu afán. Y por castigo
 Este peñasco sostendrás enorme,
 Estando en pie, sin que tus ojos cierre
 El sueño, sin que doble tus rodillas
 Larga fatiga, con lamento mucho
 E inútil llanto; que de Zeus la cólera
 Es dura de aplacar, y siempre recia
 Es de nuevo señor la tiranía.
 LA FUERZA ¿Por qué le compadeces y te paras?
 ¿No le aborreces cual los otros dioses,
 Ya que entregó tu don a los mortales?
 HEFESTO La sangre y la amistad son fuertes nudos.
 LA FUERZA ¿Despreciarás las órdenes del Padre?
 ¿No temes esto más?
 HEFESTO Siempre eres cruda
 Y por extremo audaz.
 LA FUERZA Vano remedio
 Es llorarle; lo inútil abandona.
 HEFESTO ¡Malditas sean mis manos y su oficio!
 LA FUERZA No las detestes; que de tantos males
 No es la causa tu arte.
 HEFESTO ¡Oh si este arte
 Algún otro supiera!
 LA FUERZA Nadie es libre,
 Fuera de Zeus; los dioses alcanzaron
 Todo, menos imperio.
 HEFESTO No lo ignoro.
 LA FUERZA No tardes, pues, en circundar de lazos
 A Prometeo. No te mire el Padre
 Temer y vacilar.
 HEFESTO ¿Dó están los hierros?

LA FUERZA Tómalos, y en las manos el martillo
 Alza y sacude, y clávale a la piedra.
 HEFESTO Ya diligente voy,
 LA FUERZA Hierre más fuerte.
 Remáchale, que es diestro, y hallaría
 Manera de escapar...
 HEFESTO Ya de este brazo
 No se desclavará.
 LA FUERZA Pues clava el otro;
 Y entenderá que es inferior a Zeus
 En industria y saber. Su pecho pase
 Adamantina cuña...
 HEFESTO ¡Ay, Prometeo!
 Gimo al ver tu dolor.
 LA FUERZA ¿Tornas ahora
 A detenerte con gemidos vanos?
 No te pese quizá,
 HEFESTO ¿No ves presente
 Espectáculo atroz?
 LA FUERZA Miro la pena
 Al delito seguir. En las axilas
 Clávale pronto.
 HEFESTO Ya sé que he de hacerlo;
 No me lo mandes más.
 LA FUERZA Quiero apremiarte,
 Y tu ardor excitar. Traba sus piernas
 Con ferrados anillos...
 HEFESTO Ya acabamos.
 LA FUERZA Y con grillos sus pies ora entrelaza,
 Pues en obras de hierro es eminente.
 HEFESTO Son fieras tus palabras cual tu rostro.
 LA FUERZA Sé dulce en hora buena; mas no taches
 Mi firme condición y áspero genio.
 HEFESTO Encadenado está; quédese solo.
 LA FUERZA Torna ¡oh Titán! a tu insolencia antigua;
 Divinos dones para el hombre roba.
 ¡Que los hombres te quiten esos lazos!
 En vano te llamaron el prudente;
 Hoy otro Prometeo necesitas,
 Que de tal artificio te desate.
 PROMETEO Éter divino, voladores vientos,
 Fuentes y ríos; de marinas ondas
 Risa perpetua; omniparente tierra,
 Yo os invoco.
 ¡Sol que en tu lumbre lo penetras todo:
 Mira a los dioses afligir a un dios!
 Mira que debo innumerables años
 Aquí lidiar con el suplicio atroz.
 Tales cadenas contra mí ha forjado
 El nuevo rey de la mansión feliz.

¡Ay! ¡ay! Lamento mi dolor presente.
 ¿Cuándo el futuro llegará a su fin?
 Pero ¿qué digo? adivínelo todo,
 Y ninguna desdicha inopinada
 Puede llegar a mí. Conviene ahora
 Esta suerte fatal sufrir constante,
 Ya que la ley del hado es invencible;
 Duro es callar, y es el hablar más duro,
 En tan negra fortuna, que padezco
 Por haber conducido a los mortales,
 De leve caña en el recinto hueco,
 Una centella de furtiva llama
 Con que las artes y los bienes crecen.
 Por tal delito suspendido quedo
 Con clavos a este monte. ¡Ay me cuitado!
 ¿Qué ruido de alas? ¿Qué perfume siento?
 ¿Es mortal o divino? ¿Quién se acerca
 A la remota cima a contemplarme?
 ¿Venís a ver a un dios aborrecido
 De Jove y de los otros inmortales
 Que sus atrios frecuentan, porque he amado
 Mucho a los hombres? ¡Ay! Más cerca siento
 El batir de las plumas; se estremece
 El éter sacudido por las alas.
 Cuanto se acerca a mí, terror me infunde.
CORO DE NINFAS OCEÁNIDAS Nada receles; con ligero vuelo
 Alegres ninfas a esta roca llegan,
 No sin vencer la voluntad de nuestro
 Padre Oceano.
 Nos condujeron las veloces auras,
 Cuando el estruendo del herido bronce
 De nuestros antros penetró el recinto,
 Ronco gimiendo.
 Luego vencimos virginal vergüenza,
 Y por el éter, en alado carro,
 Los pies descalzos, acudimos todas.
 A consolarte.
PROMETEO ¡Ay! ¡ay! de Tetis
 Fecunda, prole,
 Y del ingente
 Padre Oceano
 Que en giro eterno
 Circunda el orbe:
 Vedme en las peñas
 Encadenado,
 Como custodio
 Del alto monte.
CORO Nube de llanto
 Vino a los ojos,
 Desde que vimos

Pender tu cuerpo
De agudas piedras,
Con fiera llaga;
Nuevos señores
Tiene el Olimpo;
Con ley despótica
Cronios impera.
La ley antigua
Él abolió.

PROMETEO ¡Oh si en el Orco,
Bajo la tierra,
En el profundo
Tártaro inmenso,
Yaciera atado,
Sin que a los dioses
Ni a los mortales
Contento diera
Con mis dolores!
Ora ludibrio
Soy de los vientos;
Mis enemigos
Mofan de mí.

CORO ¿Quién de los dioses
Se alegraría?
¿Quién de tus males
No se indignara,
Fuera de Zeus,
Siempre iracundo,
El que inflexible
La estirpe célica
Hoy tiraniza,
Y no desiste
De su venganza
Hasta que logra
Saciar sus iras,
Sin que perdone
Dolo ni afán?

PROMETEO Aunque mis plantas
Con ignominia
Sujete el hierro,
Vendrá algún día
En que el monarca
De los felices
Saber pretenda
Lo que yo oculto:
Quién de su trono
hombres sacros
Le arrojará.
Ni me persuadan
Melosas voces,

Ni la amenaza
Logre aterrarme,
Porque el secreto
Yo le revele,
Hasta que rompa
Mis duros lazos,
Y el crimen pague
Que cometió.

CORO Ni la desdicha
Rinde tu audacia;
Libre y altivo
Hablas aún;
En nuestras almas
Penetra el miedo;
Por tu fortuna
Tememos todas.
¿Cuál de estos males
El fin será?
Que inexorable
Es del Saturnio
La voluntad.

PROMETEO Ya sé que Zeus,
Áspero y duro,
Bajo su arbitrio
Pone la ley;
Mas cuando sienta
Cerca el peligro,
La ira venciendo,
Hará conmigo
Fiel amistad;
Yo la deseo,
Querrala él.

COROCuéntanos, pues, por qué delito Jove,
Con tal afrenta y crueldad te hiere,
Si no te ofende el recordar tus males.

PROMETEOAcerbo es el contarlos; más acerbo
Es aún el callar; todo me aflige.

La vez primera que encendió la ira
Los pechos inmortales, anhelando
Unos lanzar a Cronos de su sede,
Porque reinase Zeus; no queriendo otros
Que a las deidades imperase Jove;
Yo intenté persuadir a los Titanes,
Hijos del cielo y de la tierra; en vano.
Violentos despreciaron mis razones,
Ganosos de reinar a viva fuerza.

¡Cuántas veces mi sacra madre Temis
El futuro suceso me anunciara!

¡Cuántas veces la Tierra, única forma
De nombres mil, me dio a entender bien claro

Que quien prevaleciese a los Titanes,
 No por la fuerza, mas por arte y dolo,
 Su victoria final conseguiría!
 Enojosa les era mi presencia,
 Cuando hablé de esa suerte a mis hermanos:
 Yo juzgaba prudente en tal conflicto,
 Dar nuestra ayuda y la de nuestra madre
 A Zeus vencedor. Por mi consejo,
 En el profundo Tártaro sumiose
 Cronos antiguo con la gente suya.
 Por tales beneficios, el tirano
 Este premio me dio; que a los amigos
 Nunca guardó su fe la tiranía.
 ¿Queréis saber la causa de su enojo?
 Cuando asentado en la paterna sede,
 Distribuyó los dones y el imperio
 Entre los inmortales, con los hombres
 Ninguna cuenta tuvo; exterminarlos
 Quiso más bien, y procrear de nuevo
 El linaje mortal; nadie se opuso.
 Yo solo intercedí por los humanos
 Para que no del Orco descendieran
 A la negra mansión. Tal es mi crimen,
 Con horrendo suplicio castigado;
 Indulgencia logré para los hombres,
 No para mí; la crueldad de Zeus
 Me puso en espectáculo afrentoso.
 CORO Quien no se compadezca, ¡oh Prometeo!
 De tu infando dolor, tendrá de piedra
 O hierro el corazón. Nunca quisiéramos
 Tal desdicha haber visto; al contemplarla,
 El dolor nuestras almas ha afligido.
 PROMETEO Digno de compasión y miserable
 Es mi aspecto.
 CORO ¿Qué más narrarnos puedes?
 PROMETEO Quité a los hombres el temor del hado.
 CORO ¿Qué medicina hallaste a tal dolencia?
 PROMETEO Sembré en su mente ciegas esperanzas.
 CORO Gran beneficio diste a los mortales.
 PROMETEO Diles también el fuego.
 CORO ¿Con que el fuego
 Esos seres efímeros poseen?
 PROMETEO Con él a muchas artes se aplicaron.
 CORO ¿Por tal pecado te atormenta Zeus,
 Sin dar intermisión a tus dolores?
 ¿Y término les puso?...
 PROMETEO No, ninguno,
 Sino cuando le plazca...
 CORO ¿Y ya qué esperas?
 ¿No ves que le ofendiste? De qué modo,

Ni decirlo queremos, ni te place.
Esto olvidando, a tu aflicción busquemos
Algún remedio.

PROMETEO No es difícil cosa
En quien tiene su pie libre de males,
A otros amonestar y dar consejo.
Nada de eso ignoraba, cuando quise
Gustoso delinquir, y por los hombres
Ofrecerme cual víctima. Mas ¿cómo
Pensar que en esta roca solitaria,
En la desierta cumbre de este monte,
Habría de yacer y consumirme?
No mi calamidad lloreis presente;
A tierra descended, y oídlo todo
Hasta el fin. Persuadidme, consoladme
En mi nuevo dolor. ¡Cómo los males
Unos con otros, ciegos, se eslabonan!

CORO ¡Oh, Prometeo!

Ya te escuchamos;
Con pies ligeros,
Dejando el carro,
Y el aire puro,
Senda del pájaro,
A este fragoso
Suelo bajamos;
Cuenta tus nuevos
Duros trabajos.

OCÉANO A término llegué del largo viaje,
Gobernando sin freno, a mi albedrío,
Este alado corcel. ¡Oh, Prometeo!
Me mueven a dolerme de tus males
Nuestra sangre común, y mi cariño.
Dime en qué puedo socorrerte, y presto
Verás que no son vanas mis palabras,
Y que amigo más firme que el Océano
No le tendrás jamás.

PROMETEO ¿Y tú viniste
También a contemplar mi dura pena?
¿Cómo dejando el mar que te da nombre,
Y tus nativos peñascosos antros,
Has venido a la tierra ferri-madre?
¿Apiádiste de mí? ¿Y a verme vienes?
¡Mira cuál trata Zeus a su amigo,
A quien con él fundó la tiranía!

OCÉANO Lo miro, ¡oh Prometeo! y yo quisiera
Aconsejarte bien. Eres prudente;
Conócete a ti mismo, y tus costumbres
Amolda al tiempo, pues monarca nuevo
A los dioses impera. No pronuncies

A las mejillas.
Cronios dispone tan acerbos males,
Con propias leyes oprimiendo el mundo,
Y la funesta a los antiguos dioses
Lanza, sacude.
Lúgubre gime la anchurosa tierra,
Y tu grandeza y la de tus hermanos
Lloran caída, los que habitan l'Asia
De templos rica;
Las amazonas en batalla fuertes,
Y los de Colcos, y el inmenso pueblo
De los escitas, cabe el lago Meotis,
Término al orbe;
De Marte flor, los árabes ligeros,
Y los que moran la Caucasia roca,
Rugiente, belicosa muchedumbre,
De agudas flechas.
Sólo a otro dios en tal desdicha vimos,
A Atlas tu hermano, que el enorme peso
De la tierra y del cielo, en sus espaldas
Firme sostiene.
En él se estrellan las marinas ondas,
Treme el abismo, y so la tierra gime
El Orco negro. Su miseria lloran
Las sacras fuentes.
PROMETEO No atribuyáis a hastío ni a soberbia
Este silencio mío. Los pesares,
La ingrata afrenta, el corazón me muerden.
¿No me deben su imperio y su grandeza
Esas nuevas deidades? Pero callo,
Pues que ya lo sabéis. Deciros quiero
Cómo al hombre ignorante he conducido
A prudencia y razón. Ojos tenían,
Pero sin ver; oyendo, no escuchaban;
A las sombras, de un sueño semejantes,
Siempre al acaso obraban. Ni en el suelo
Con ladrillo o con piedra construían
Sus fábricas; moraban so la tierra,
Escondidos en antros tenebrosos,
Cual ágiles hormigas. Del invierno,
Primavera florida, o del estío
Frugífero, las señas no alcanzaban.
Todo les era igual. Mas yo enseñeles
A distinguir el orto y el ocaso
De las estrellas; inventé los números,
Arte divina; les mostré las letras,
Y la memoria, madre de las musas,
Su mente iluminó. Sujeté al yugo
Las bestias, que el trabajo de los hombres
Mucho aliviaron; antepuse al carro

Freníferos corceles, de pomposo
Ornamento arreados. Lancé al ponto
Las velívolas naves con remeros.
¡Yo, que inventé las artes para el hombre,
No encuentro hoy arte alguna que me salve!
COROCual trastornada por dolor insano
Vaga tu mente. Médico imperito,
Tu mal acreces, ni remedio encuentras

Que te consuele.

PROMETEO Si oyéndome seguís, han de admiraros
Mis artes, invenciones, beneficios.
Antes de mí, no la dolencia hallaba
Medicina; mas yo enseñé a los hombres
De muchas plantas la virtud salubre.
De la adivinación diles la ciencia,
Interpreté los sueños el primero,
Y las voces obscuras; del camino,
Los fatales encuentros; de las aves
De aduncas uñas el volar siniestro,
O a la diestra volar, y sus costumbres,
Odios y amores. Y de sus entrañas,
La forma y el color, y cómo aceptos
Son a los dioses hígados y hieles,
Y lomos y grosura. Los presagios
Del cielo declaré, velados antes.
¿Quién primero que yo, bajo la tierra,
Descubrió el bronce, hierro, plata y oro,
Riqueza que ignoraban los mortales?
Oídllo en suma: cuantas artes tienen,
Al solo Prometeo las debieron.
CORO Demasiado te cuidas de los hombres,
Y te olvidas de ti. Quizá algún día,
De Zeus a pesar, rompas el lazo
Que hoy te encadena.

PROMETEO Mas la Parca quiere
Que sólo tras innúmeras miserias
Esta lazada quiebre, y contra el Hado
No hay arte valedera.

CORO ¿Quién le rige?
PROMETEO La memoriosa Erinnys y las Parcas
Triformes.

CORO ¿Es más débil que ellas Zeus?
PROMETEO De la fatalidad ni aun él se libra.
CORO ¿Qué otro destino que perpetuo imperio
Pudo tocar a Zeus?

PROMETEO No preguntes;
Que no lo has de saber.

CORO Algún sagrado
Misterio ocultas.

PROMETEO Y ocultarle quiero,

Ni es tiempo de decirle. Si le escondo,
Me salvaré de males y cadenas.
CORO ¡Ojalá nunca Zeus,
 Universal monarca,
Su potestad oponga a mi querer!
 Sacrificados bueyes
 Conduciré a sus aras;
Ni en acción ni en palabra pecaré.
 ¡Cuán grato es larga vida
 Pasar entre esperanzas
Que al alma prestan luz e hilaridad!
 ¡Cuán tristes, Prometeo,
 Tus infinitos males;
En vez de Zeus, honrastes al mortal!
 ¿Qué ayuda puede darte
 Ese linaje efímero
A quien la ley constriñe del morir?
 Que pasa como sombra,
 Y nunca lograría
De Jove los decretos destruir.
 Mas un cantar lejano
 Penetra mis oídos,
Como aquél que en tus nupcias resonó,
 Junto a tu baño y lecho,
 Cuando llevaste al tálamo,
Con muchos dones, a mi hermana Hesión.
IO ¿Qué tierra? ¿Dónde estoy?... ¿Quién es este hombre
 Clavado en la alta peña?
Algún delito espía... ¿Entre qué gentes
 Mi fortuna me lleva?
Punza de nuevo el tábano mi rostro,
 Y el Argos terrígena,
Aquel pastor de innumerables ojos,
 Mirándome me aterra.
Clava en mí siempre su dolosa vista,
 Que ni aun la muerte vela,
Y torna del infierno, y me persigue
 Como sombra funesta.
Y mientras huyo por desiertos montes,
 Por la abrasada arena,
Suenan incesante su encerada caña
 Canciones soñolientas.
¡Ay! ¡ay! ¿Cuándo terminas mis dolores?
 ¿Por qué así me atormentas,
Hijo de Cronos, y en delirio insano
 Se agita mi cabeza?
Abráseme tu llama, o en su centro
 Sepúlteme la tierra;
Oye mis ruegos, dame como pasto
 A las marinas bestias.

Harto he vagado; ni reposo encuentro,
Ni se alivia mi pena.

Oye, Saturnio; tu clemencia invoca
La virgen que astas lleva.

PROMETEO Ésta es la hija de Inaco, por quién Zeus

Ardió en amor; la que persigue Juno;

La que el tábano hiere peregrina.

IO; Tú el nombre de mi padre pronunciaste?

¿Quién eres, infeliz? ¿Tú me conoces?

¿Sabes que un monstruo sin cesar me punza?

De su ardiente aguijón y de sus saltos

Huyendo voy; la cólera me sigue

De la implacable Juno. ¿Quién padece

Lo que padezco yo? Dime, si sabes,

Cuándo este mal acabará prolijo;

La virgen vagabunda te lo ruega.

PROMETEO Yo te diré cuanto saber ansías,

No por enigmas, mas en frase clara,

Como siempre al amigo hablarse debe.

Soy Prometeo, robador del fuego.

IO; Oh! Tú que tanto bien al hombre diste,

¿Por qué causa padeces?

PROMETEO No sin llanto

Acabo de narrar mis infortunios.

IO; Y a mí no los dirás? ¿Quién a esa roca

Aguda te clavó?

PROMETEO Del Padre Zeus

La voluntad; el arte de Vulcano.

IO; Y qué delito espías?

PROMETEO Harto sabes.

IO; Y mi errante correr, cuándo termina?

PROMETEO Más te vale ignorarlo que saberlo.

IO Lo que he de padecer, no me lo ocultes.

PROMETEO No te lo ocultaré. Mas no te envidio.

IO Dímelo todo pronto.

PROMETEO Pero temo

Tu ánimo perturbar...

IO Nada receles;

Me es grato oírte.

PROMETEO Pues decirlo es fuerza

Y lo quieres, escucha.

CORO Mas nosotras

La causa de su mal saber queremos;

Ella debe contar sus desventuras;

Tú anunciarás más tarde su destino.

PROMETEO Cumple su voluntad, sagrada Io;

Son de tu padre hermanas. Y es muy dulce

Contar nuestras desdichas do podemos

Lágrimas arrancar de quien escucha.

IO Nada puedo

A vosotras negar. Y claramente
Contaros he por qué suceso triste
Mi mente se turbó, troqué mi forma;
De nocturnas visiones agitada,
Siempre en mi lecho resonar oía
Estas voces de amor: «Virgen dichosa,
¿Por qué tu doncellez guardas avara,
Si tálamo celeste te convida?
A Jove hirió la flecha del deseo;
Quiere gozar de ti. Sal a los valles
Hondos de Lerna, a los establos ricos
De tu padre, y recibe la mirada
Amorosa del Dios.» Tales ensueños
Mis noches ocupaban. A mi padre
Osé narrar lo que en el sueño oyera.
Él de Pitho y Dodona a los oráculos
Mensajeros envió, que preguntasen
Cómo a los dioses aplacar podría.
Con ambigua respuesta se tornaron;
Mas al fin manifiesto vaticinio
A Inaco ordenó que me arrojara
De su casa y familia, y que vagase
Yo desterrada hasta el confín del orbe,
Y que, no obedeciendo, Zeus el rayo
Contra nuestra progenie vibraría.
A la voz del oráculo sumisos,
Triste mi padre y triste yo, su casa
Abandoné. Mi ánimo y mi forma
Mudáronse a la vez. Yo deliraba.
De cuernos erizose mi cabeza;
El tábano voraz en mí sus dientes
Clavaba, y yo con salto furibundo
Por la mansa corriente del Cencrea
Y el collado de Lerna discurría,
Siempre tras mí con infinitos ojos,
Argos, pastor de bueyes, mis pisadas
Iba siguiendo. Inopinado caso
Le privó de la vida. Arrebatada
Yo de furor; por el sagrado azote
Perseguida, vagué de tierra en tierra.
Ya mi historia sabéis; si puedes algo
De mi futura suerte revelarme,
No me halagues con voces engañosas;
Nada más torpe que razón fingida.
CORO ¡Ay, ay! Nunca pensé que tales nuevas
Insólitas sonaran en mi oído,
Y que tan triste y lúgubre espectáculo
Mi ánimo vacilante aterrara.
¡Ay, ay! Suerte fatal, fortuna de Io,
Horror causa tu vista.

Al seno ingente de la madre Rea
Viniste; mas de nuevo te llevaron
Tus pasos hacia atrás. El mar de Jonia
Tu nombre llevará, cual monumento
Que denuncie tu paso a los mortales.
Ya ves que lo pasado yo conozco
Como lo porvenir, en vista clara.
Ora escuchadme todas; en Egipto
Canopo está como ciudad extrema,
En las bocas del Nilo; fuerte dique
A las marinas ondas. Allí Jove
Tu mente calmará, con suave diestra
Halagándote. Y luego al negro Epafo
Parirás. Cuanto riega el Nilo undoso,
Suyo será. Mas vírgenes cincuenta
De su quinta progenie, al suelo de Argos
Bien a disgusto tornarán, huyendo
Las nupcias de sus primos. Como sigue
El gavián a tímida paloma,
Tal ellos correrán por alcanzarlas;
Pero sin fruto. La pelasga tierra
Recibirá sus cuerpos, cuando caigan
Bajo el hierro cruel de sus esposas,
En una misma noche atravesados.
¡Para mis enemigos, tales bodas!
Moverase a piedad una tan sólo,
Y a su consorte salvará, queriendo
Antes tímida ser que sanguinaria.
De ella procederá la estirpe de Argos,
Y de esa estirpe el fuerte saetero
Que estos lazos me quite. Tal oráculo
Me dio mi madre, la titania Temis.

IO ¡Ay! ¡ay! convulsión súbita

De nuevo me arrebató;
Mi mente se enloquece
Furiosa e inflamada;
El tábano me punza,
Se agitan mis entrañas;
Los ojos ya sin rumbo
Se retuercen y vagan;
Me lanzo a la carrera,
Frenética de rabia.
La lengua no obedece;
Mis confusas palabras
Estréllanse en las ondas
De mi horrenda desgracia.

CORO Por cierto que fue sabio

El que afirmó primero
Que desigual amor no convenía.
Ni amante de riquezas,

Ni de linaje excelso,
 Quien vive por sus manos ser debía.
 Nunca, nunca las Parcas
 Nos miren ser esposas
 De Jove, o de los otros celestiales.
 ¡Mirad la pena de Io,
 Por Juno perseguida!
 ¡Ay de la virgen que odia a los mortales!
 ¡Que nunca su mirada
 De amor inevitable,
 Ninguno de los dioses en mí fije!
 En esta cruda guerra,
 De resistir no hay modo
 A Zeus soberbio que los cielos rige.
 PROMETEO Ya será humilde Zeus, cuando quiera
 Tal matrimonio hacer, que del imperio
 Y del trono le prive. Cumplirase
 La maldición de Cronos aquel día
 Contra su hijo usurpador del solio.
 Y nadie, sino yo, indicarle puede
 Su salvación entre peligros tales.
 Yo lo sé, y aunque ocupe el alto Olimpo,
 Y lance el rayo, entre el mugir del trueno,
 Nada le ayudará para librarse
 De ignominiosa ruina. Que hoy educa
 Contra sí un luchador, monstruo indomable,
 Que una llama tendrá que venza al rayo,
 Y un rugido mayor que el de los truenos;
 Monstruo marino que herirá la tierra
 Y romperá el tridente de Poseidón.
 Entonces el monarca destronado
 Verá cuál distan reino y servidumbre.
 CORO Cuanto te place contra Jove dices.
 PROMETEO Anuncio lo futuro y lo que anhelo.
 CORO ¿Y ha de esperarse que domine a Zeus
 Otro dios?
 PROMETEO También él caerá vencido
 Con mayores miserias.
 CORO ¿Y no temes
 Decir tales palabras?
 PROMETEO Si no puedo
 Morir, ¿qué he de temer?
 CORO Mayor trabajo.
 PROMETEO Él me le imponga; ya lo espero todo.
 CORO Quien venera a Adrasteia inevitable,
 Es sabio.
 PROMETEO Veneradle, obedecedle
 Mientras reinare. Impere, tiranice
 En este breve plazo; de sus iras
 Nada me cuido; pasará bien pronto

Ese poder. He aquí su mensajero.

Alguna nueva trae.

HERMES A ti, sofista
Insolente y acerbo, de los dioses
Enemigo, que diste a los mortales
Efímeros, su honor; ladrón del fuego,
Te manda el padre que reveles pronto
De qué nupcias hablabas, quién del solio
Ha de arrojarle. Y dilo sin enigmas
Ni ambajes, Prometeo. No me obligues
A repetir el viaje. Tus palabras
Para calmar a Jove no aprovechan.

PROMETEO Soberbio, altisonante es tu discurso,
Cual de ministro de los dioses. Nuevos
En el imperio sois, e inexpugnables
Os juzgáis. Pero yo desde esa altura,
¿No he visto descender a dos tiranos?
El tercero caerá con ignominia,
Y muy pronto. ¿Imaginas que yo temo
De esos dioses de ayer la fiera saña?
Libre de miedo estoy. Vuélvete, Hermes,
Por do viniste. Ni preguntes nada,
Que nada he de decir.

HERMES Tu tesón loco
Te trajo a estas miserias.

PROMETEO Yo no cambio
Mis males por tu oficio, y antes quiero
Padecer a esta roca encadenado
Que de Jove ser nuncio. Con injuria
A la injuria respondo.

HERMES Que te alegras
De tus presentes daños imagino.

PROMETEO ¿Yo alegrarme? ¡Ojalá que mis contrarios,
Y entre ellos tú, tal gozo conocieran!

HERMES ¿También a mí me achacas tu infortunio?

PROMETEO Yo aborrezco a los dioses, cuantos fueron
Al beneficio ingratos...

HERMES Tú deliras.

PROMETEO Si es un delirio odiar al enemigo,
Yo delirante soy.

HERMES ¿Quién te sufriera
En la prosperidad?

PROMETEO ¡Ay me infelice!

HERMES Nunca conoce tal palabra Zeus.

PROMETEO La aprenderá, que el tiempo enseña todo.

HERMES Mas tú nunca aprendiste a ser prudente.

PROMETEO Verdad; que si lo fuera, a ti, su esclavo,
No te hablaría.

HERMES ¿Nada me respondes
De lo que el Padre quiere?

De Zeus es falsa nunca; cuanto dice
Luego se cumple. Piensa, reflexiona;
Mejor que pertinacia es la prudencia.
CORONo son intempestivas las palabras
De Hermes; él te aconseja que depongas
Tu obstinación y rindas tu soberbia.
Obedécele; al sabio es vergonzoso
De lo recto apartarse.

PROMETEO Nada ha dicho

Que yo ignorase; ni es extraña cosa
Que el enemigo al enemigo oprima.
Suelte, pues, contra mí la cabellera
Roja del rayo; se conmueva el éter
Con trueno y lucha de encontrados vientos;
La tierra en sus columnas sacudida
Arranque de raíz el torbellino,
Y las olas del mar suban mugiendo
El curso a interrumpir de las estrellas,
Y la fatalidad mi cuerpo lance
Al Tártaro profundo. Nada puede
Hacer que muera yo.

HERMES Son de un demente

Tal pertinacia y voces. ¿Qué le falta,
Para ser manifiesta, a tu locura?
Vosotras, de sus penas compañeras,
Alejaos de aquí; no os aterre
El horrendo mugido de los truenos.
CORONo nos des tal consejo, ni nos mandes
Cruelles ser; pues compartir queremos
Cuanto padezca él. Son los traidores
La más odiosa peste.

HERMES Pues mi aviso

Nunca olvidéis, ni atribuyáis a Zeus,
Ni a la Fortuna, la improvisa suerte,
Ya que vosotras mismas, a sabiendas,
De la calamidad os envolvisteis
En las inmensas redes.

PROMETEO Ya se mueve

La tierra; ya del trueno el fragor ronco
Resuena; ya de polvo torbellinos
Remolinados vienen; ya los vientos
Unos con otros lidian, y sacuden
El éter y la tierra. Amedrentarme
Quiere sin duda Zeus con tal estruendo.
¡Oh santo numen de la madre mía!
¡Éter que das la luz a los mortales!
¡Ya veis cuánto padezco injustamente!

Poesías inéditas o no coleccionadas en las ediciones anteriores

A la memoria del malogrado poeta dramático Don Luis Eguílaz

Vuelve a mis manos, olvidada lira,
Ministra un tiempo de guerrero canto; (19)
Hoy de dolor el corazón suspira
Y se agolpa a los párpados el llanto.

¿Qué es el hombre en la tierra? Polvo y cieno,
Un punto breve en la extensión inmensa,
Gota perdida en el profundo seno
Del mar azul, entre la niebla densa.

Las armas, los trofeos, los blasones,
La gloria y el poder y la hermosura,
Del monarca triunfante los pendones;
Todo cede a tu imperio, muerte dura.

Tronos, cetros, alcázares reales,
Soberbias torres hasta el cielo erguidas,
Cayeron en sus urnas sepulcrales,
Como caen las encinas sacudidas.

Milicia es nuestra vida en este suelo,
Sombra fugaz que pasa arrebatada;
Volved los ojos al sereno cielo;
La vida es sueño, vanidad y nada.

Más ligera que el vuelo de las aves,
Y más veloz que el Euro proceloso,
Sube la muerte a las ferradas naves,
Sigue al jinete en vuelo presuroso.

El varón justo y de mancilla exento,
Que de Dios al decreto se somete,
Parte, al sonar el último momento,
Cual sale el convidado de un banquete.

¿Quién ataja a la muerte en su camino
Cuando llega a sonar la hora postrera?
Si es más inexorable que el destino
¿Quién podrá detenerla en su carrera?

Sólo la gloria del artista dura
Que la palma triunfal ha merecido,
Siendo a despecho de la envidia oscura,
En fama claro y libre ya de olvido.

Que si de Ilión las torres abrasaba
En su furor el ofendido griego,
Monumento más alto levantaba
De Aquiles al cantor, de Esmirna al ciego.

Eternizó de Sófocles la gloria
Pintar a Edipo en su dolor infando;
Ciñó Eurípides lauro de victoria
El triste afán de Andrómaca llorando.

¡Salve llama del genio soberano,
Que iluminas la mente del poeta;

Que prestas voz y aliento sobrehumano
Al que llega a tocar la ansiada meta!
El mismo fuego iluminó la frente
Del varón cuya pérdida lloramos,
Por quien hoy llenos de entusiasmo ardiente
Flores sobre una tumba derramamos.
¡Venid, hijos del canto y la armonía,
Que amáis el arte y anheláis la gloria;
Venid a tributar en este día
Lágrimas y dolor a su memoria!
Si es el teatro de virtud modelo,
Venid a dar un nuevo testimonio,
Venid a honrar con lastimero duelo
Al autor de La cruz del matrimonio.
¿No veis cuál corre el abrasado lloro,
Cómo resuena el lúgubre lamento?
Responda vuestro cántico sonoro,
Cual arpa eolia herida por el viento.
Tomad la triste y fúnebre corona
Con que a su hermano coronó Catulo;
La cítara del vate de Sulmona
Cuando lloró la muerte de Tibulo;
Y bañados en llanto nuestros ojos
Sobre el sepulcro esparciremos flores,
Y en la losa que cubre sus despojos
Grabaremos sus ínclitos loores:
«Pintó mujer más fuerte y virtuosa
Que Andrómaca, que Antígona y Alceste;
Su sagrada ceniza aquí reposa;
Voló su alma a la mansión celeste.» (20)

Santander, 5 de agosto de 1874.

Soneto

Traducido de M. M. Barbosa de Bocage, poeta Portugués

Volaste, alma inocente, alma querida,
Fuiste a ver otro sol de luz más pura;
Falsos bienes de vida que no dura
Truecas por bienes de la eterna vida;
Por Dios llamada, para Dios nacida,
Ya de vana ilusión vives segura;
Feliz te creo, pero mi ternura
Con puñal de tristeza queda herida.
¡Desdichado el mortal, insano, insano,
En llorar por los hados de quien mora
En palacio de eterno soberano!
Perdona, Anarda, al triste que te adora;
Tal es la condición del pecho humano;

Si la razón se ríe, Amor te llora. (21)

Madrid, 10 de noviembre de 1874.

Soneto

Traducción de uno portugués de Leonor de Almeida, marquesa de Alorna

Nunca manché con vil lisonja el plectro,
Nunca encomios tejí de la privanza,
Ni hice puñal la lira, que a venganza
Consagran vates con punzante metro.

Consagré sumisión, respeto al cetro,
Cuando humana pasión hizo mudanza;
Nada a mis ojos vale lo que alcanza
Quien sin virtudes opulencia impetra. (22)

Despojada de todo vine al mundo,
Prestome bienes mil naturaleza,
Que me robó mi hado furibundo;
Mi alma ansía la suprema alteza,
En deleznales glorias no me fundo,
Vuelvo a la tierra pobre y sin tristeza. (23)

Santander, 6 de junio de 1875.

A La fortuna

Oda de M. M. Barbosa de Bocage. Traducida del portugués

Frenética ambición devora a César,
Un amor venicial al grande Antonio,
Importuna codicia a un Alejandro:

He aquí tus favoritos.

Lejos de mí, fortuna, déjame ora
Con la indigencia mísera luchando,
Esas tus vanaglorias no las quiero,

No quiero tus favores.

Conquista adoradores, yo no vendo
A númenes extraños culto impuro,
Doblo mi frente a Providencia sacra

Con humilde respeto.

Si ella pobre me quiere, me conformo
Con el santo querer que así lo manda,
De la amable paciencia revestido

Recibiré sus golpes.

Por esto no trocara palmas, lauros,
Que ostentan los campeones triunfadores;
Yo triunfo de mí mismo; esta victoria

Debe cantar la fama.

Si pobreza importuna me persigue
Desde la cuna hasta el sepulcro triste

Si horrible enfermedad tiende sus alas
Y en mí su golpe asesta,
Y si la negra muerte me arrebatara
Mi dulce protección, mi único asilo,
O me arranca los padres tan amados,
Espejo de virtudes,
La muerte, la orfandad, los males todos
Cual celestiales dones considero,
Beso la sacra mano que me hiere,
Sus decretos acato.
No tengo imprecación, no tengo queja,
Contra quien como padre que castiga
Deja luego entrever tierna, bondades
Que el llanto nos enjugan. (24)
Santander, 7 de junio de 1875.

Epigrama de Luciano
Traducción de uno inserto en la «Antología griega»

Cierto médico afamado
Envió su hijo a un maestro,
En la gramática diestro,
En retórica ilustrado.
Aprendió el muchacho luego
El principio de la Ilíada:
«Canta, Musa celebrada,
De Aquiles el vivo fuego,
Que mil dolores causara
A los guerreros argivos,
Y muchas almas de vivos
Al Orco fiero entregara.»
Al ver tan copioso fruto
El médico de mi cuento
Juzgó con raro talento
Que era el retórico un bruto,
Y llamándole le dijo:
«Gracias, amigo, por todo,
Para enseñar de este modo,
No te mandaba mi hijo.
Muchas almas cada día
Entrego yo al Orco fiero,
Tu ciencia vana no quiero,
Yo le enseñaré la mía.» (25)

Séneca
Fragmento dramático

Acto I

Escena primera

PISÓN.-LUCANO.-CONJURADOS

PISÓNEntrad. Antes que alumbre el sol naciente
Séneca tornará del predio a Roma.
Nada Nerón sospecha del intento
Que nos conduce aquí.

LUCANO¿Sábeslo acaso?

PISÓNEn sus acciones todas se descubre.
Sólo de algún liberto acompañado,
Por las calles de Roma se aventura
Apenas de la noche caen las sombras
Sobre nuestra ciudad. Y sin recelo
De enemiga asechanza, torpe ultraja
El pudor de matronas y doncellas.
Hierde en la oscuridad a quien resiste
Y mancha con su aliento cuanto toca,
Sin sospechar que hierro vengativo
Asestarse podrá contra su pecho
Y libertar al mundo envilecido
Del quinto de sus hórridos tiranos.

LUCANO¡Loca ilusión! ¡Estéril devaneo!

PISÓN¿Aun hay Brutos aquí, viven aún Casios,
Aun el genio inmortal de nuestra Roma
Pondrá el puñal en irritadas manos.
Más grande César fue, tembló la tierra
Ante su voluntad, rindiose esclava.
Él fue legislador guerrero, sabio,
Pero tirano al fin, y en plena curia,
Ante la luz del sol puro y radiante,
Hiriéronle cien brazos vengadores
De la violada ley en desagravio.

LUCANO¿Y violada por quién? ¿Quién lo recuerda?

¿Quién sabe si patricios o plebeyos
El campo abrieron a la fuerza inicua?
Cayó el derecho por la fuerza hollado
Cien veces en la curia y en el foro.
Rebosó de maldad la henchida copa,
Mario, Sila, Pompeyo la agotaron
Y César encontró sólo las heces.

¡Venganza inútil fue la que ponderas!
Un torrente de sangre, proscripciones,
Tres tiranos reinar y al más astuto
La herencia del león por suerte vino.

PISÓN¿Y Roma lo sufrió.

LUCANORoma no existe.

PISÓN¿Tú cantor de Pompeyos y Catones

Esas palabras pronunciar...
LUCANO No existe.
¿Qué llamas Roma? ¿El mísero vulgo
Que, hambriento, con la espórtula se agolpa
A las puertas del rico generoso,
Y el circo llena de feroz aullido?
Le verás arrastrarse ante las plantas
De quien lance más fieras a la arena,
De quien más gladiadores le presente.
¿Juzgas que de la sangre los vapores
Le dejarán pensar en tus quimeras?
PISÓN Yo desprecio esa plebe; en otro tiempo
Miedo impuso la voz de sus tribunos.
Cónsules, dictadores la temblaban;
Mas pasó aquella edad; y por fortuna,
Que yo patricio soy; otra es mi raza
Que la de esos famélicos esclavos;
Roma patricia fue la que los reyes
Lanzó otra vez de la ciudad eterna;
Patricia libertad es la que anhelo.
LUCANO Otro sueño, Pisón. El patriciado
Mírale decadente y moribundo,
Corónanle las flores de la orgía
El humo del Falerno le adormece.
PISÓN ¿Mas no despertará?
LUCANO Vana esperanza.
Desórdenes sin cuento, tiranías
Aniquilando van a los patricios.
Cuéntalos hoy; los unos sucumbieron
Bajo el hierro cruel del imperante;
Otros en el placer la muerte hallaron,
Y a algunos la miseria ha conducido
A luchar con esclavos en la arena,
Con el nómida siervo o el getulio.
PISÓN Pero el Senado...
LUCANO Si a Tiberio mismo
Su vileza ofendió; si en otro tiempo
Ya le compraba el oro de Yugurta,
¿Qué esperas del Senado? Envilecido
Todo poder está; se vende todo;
El corcel de Calígula fue cónsul.
PISÓN ¿Pero tú sufrirás tamaña mengua
Cantor de los farsálicos horrores?
LUCANO Yo no sé lo que ansío; en este pecho
Fuego de libertad arde constante.
Yo vivo con las sombras de otros días
Y en medio del escándalo presente
Pláceme recordar la antigua historia,
Y lanzarla a la frente degradada
De esta torpe ciudad. Pero yo mismo

Ignoro lo que dudo o lo que creo.
Almas de recio temple me convidan
Y absorto nuevo en su alabanza el canto.
La imagen de la patria desolada,
El pecho de Catón nunca vencido,
El negro horror de la sagrada selva,
Los dioses de la Grecia, del Egipto,
Materia dan al himno de Lucano;
Mas no su corazón, su fantasía
Llenan Roma, los dioses ni los héroes.
Aquéjame la sed de lo infinito.
Si en España nací, ¿por qué de Roma
Y no del Orbe, ciudadano, vivo?
¿Por qué de esos altares, de esos templos
La inflexible conciencia me repele?
Roma está muerta; pero nueva vida
Yo siento hervir en la confusa gente
Venida de la Siria, de la Acaya,
De la Iberia, del último Oceano,
Parásitos, libertos y sofistas.
PISÓN¿De esa vil multitud esperas algo?
LUCANODe esa vil multitud salimos todos.
Mira cuál de españoles y de galos
Se llenan el senado y la milicia,
Escucha declamar sus oradores,
Oye el ritmo vibrar de sus poetas.
PISÓN¿Mas al fin en tu ayuda, egregio vate,
Podremos esperar contra el tirano?
¿De ese histrión coronado las ofensas
Lucano sufrirá?
LUCANOCalle tu boca;
La prez y el lauro arrebatarme quiere.
En públicas lecturas sus sicarios
Sofocar el aplauso pretendieron
Que en mi loor constante resonaba,
Mientras a las canciones estridentes
Del hijo de Agripina, ni sus siervos
Osaban aplaudir con la mirada.
PISÓNY al fin, por humillarte, las lecturas
También te prohibió.
LUCANOY ante esa ofensa
Cedí, oh Pisón, a las palabras tuyas;
Y a una conjuración que no comprendo,
De móviles oscuros que no alcanzo,
Sin entusiasmo por la causa vuestra,
Presté mi nombre y la palabra mía;
Ya me tenéis aquí...
PISÓN¿Nuevo Virgilio!
Nuestra victoria cantarán tus versos
Y eterna triunfará de las edades;

Mas ya llegan Cornelio y Escevino
Y Petronio también.

Escena segunda

Dichos y PETRONIO.

PETRONIO Amigos míos.

PISÓN Bendígante los dioses inmortales,

Árbitro del placer y de las fiestas

LUCANO ¡Un siervo de Epicuro entre nosotros!

¡Tú que de Trimalción la rica mesa

Con agudas facecias alegrabas

Hoy unido a los Curios y Catones!

Singular metamórfosis por cierto.

PETRONIO ¿No alcanzas el motivo, pobre estoico?

Nada debo a Nerón; en otros días

Fui pretor en Bitinia, después cónsul;

Los públicos negocios me atrajeron,

Pero canseme al fin, y en los placeres,

En el ocio sin gloria, en los festines,

Entre los coros de ligera danza,

Al blando son de las cantoras griegas,

De las rosas de Pesto coronado,

Vi resbalar mis halagüeños días,

Cual Horacio, Polión o el buen Mecenas.

Grato a las Musas, entonaba a veces

Himnos de amor, amor festivo y leve

Muerto a la tarde si nació la aurora,

O báquicos escolios repetidos

Por parásitos cien en mi triclinio,

O fábulas milesias sazonadas

De ática sal y jónica molicie.

Y canseme también. Otros placeres

Como nunca soñó la fantasía,

Punzantes a la vez y tumultuosos,

Que en vez de adormecer hieren el alma,

Insensato busqué. Con Tigelino,

Amigo de Nerón y confidente,

Logré rivalizar. Árbitro sumo

Fui del deleite en la cesárea corte

Y en medio del deleite, la amargura

Tornó a surgir... un no sé qué de hastío...

Por apartarle, con acerbo estilo,

En sátira tremenda y sin rebozo

Aquella corte describí; poblela

De Eucolpios, de Trifenas, de Gitones

A estilo de Varrón y de Menipo,

Cínicas burlas y verdad mezclando.

Hastiábame Nerón, sus tiranías,

Sus cenas, sus caballos y sus carros,
Mas sobre todo sus malditos versos;
Aquel Mimalleonis cornua bombis
Me hizo conspirador. Yo nada ffo
En la salud de Roma; allá en las aulas
Bellas palabras son: virtud antigua;
Tiempo de Cincinatos y Fabricios,
Pura declamación. ¡Tópica vieja!
Yo ni en la patria ni en la gloria creo
Y conspiro por tedio y por fastidio.
LUCANO Hipócrita de vicios, te conozco.
¿Nada crees, Petronio, nada esperas?
¿Qué es para ti virtud?
PETRONIO Un nombre vano.
LUCANO ¿Y la razón?
PETRONIO Juguete del más fuerte.
LUCANO ¿Y la conciencia?
PETRONIO Aduladora insigne
Que a cada cual responde cual desea.
LUCANO ¿Y nunca airada contestó a la tuya?
PETRONIO Alguna vez, mas acallela luego.
LUCANO Yo de los dioses y los hombres dudo;
Mas no de la virtud, de la conciencia.
Acallarla es en vano; siempre ruge
La tormenta interior; siempre levanta
Su poderosa voz; ¿quién ha logrado
Más fuerte que ella ser? Esa amargura
Que de la fuente del deleite nace,
Que te place llamar tedio y hastío,
Protesta contra mí. ¿No arde en tu mente
La luz de la justicia? ¿No cantaste
Que Roma al precipicio conducida
Fue, de su torpe liviandad esclava?
PETRONIO Ejercicio retórico sería.
Yo trabajo en palabras, soy artífice
De estilo como tú. Mas si una sombra
Empaña acaso el pensamiento mío,
Si temor vago o esperanza fútil,
Si el cansancio... quizá el remordimiento
Se atreven a clamar, cierro los ojos,
Cruzo los brazos y a merced del viento
Navego por los mares de la vida.
(Durante toda esta escena van llegando conjurados.)

Escena tercera

Dichos y FURIO.

FURIO De horribles nuevas portador a Roma

Vengo de Bayas.
PISÓN; Qué tremenda nueva
Nos puedes anunciar?
FURIO Murió Agripina
Y la mató Nerón.
PISÓN; Su propio hijo!
Dioses del parricidio vengadores,
¿Por qué no herís la frente del tirano?
Mas narra el crimen, si el horror acaso
No te impide la voz.
FURIO Oídllo todos:
Bien conocéis la historia de Agripina,
¿Y hay en el mundo quien la ignore acaso?
Sabéis cómo llegó por raro caso
Al tálamo de Claudio, su sobrina
Y con amor de madre soberano
Alzó al solio imperial su amado hijo.
En vano un estrellero la predijo
El negro parricidio del tirano;
Que él reine y muera yo, dijo al caldeo;
Y como a tal pasión nada le asusta
Allanó por las artes de Locusta
El término fatal de su deseo.
Y envenenado Claudio en una orgía
Vistió Nerón la púrpura tirano;
Su fiera condición de tigre hircana
Supo velar con diestra hipocresía;
Quiso su madre ser dominadora,
Que era de firme y alto pensamiento;
Quiso Nerón desbaratar su intento
Y romper la cadena abrumadora.
Y todos lo sabéis; desde aquel día
Soltó el tirano a su furor la rienda.
De tanta iniquidad la historia horrenda
Tal vez no cabe en la palabra mía.
Tentara en vano la infeliz matrona
De su Nerón encadenar la furia
Mientras ebrio de sangre y de lujuria
Salpicaba de lodo su corona.
Y cumpliöse el tremendo vaticinio
Que el mago aquel en las estrellas viera;
Al César molestó la voz sincera
Que una noche sonara en su triclinio;
Hace luego aprestar pérfida nave
Por hundir en el piélago a Agripina
Cuando, con raudo herir, la onda marina
Los mal seguros leños desenclave.
Mas de peligro tal guardola el hado:
Cerca de Bayas fue la nave rota;
Pero la Emperatriz, con fuerza ignota,

Logró llegar hasta la orilla a nado.
En mi villa después se refugiara
Y a Roma envió una carta con su siervo
Que anunciase a Nerón el caso acerbo
Y cómo de peligro se salvara.
Rugió Nerón al escuchar la nueva,
Lanzó un puñal delante al mensajero,
Llamó a Afranio y a Séneca: «Este acero
Es, exclamó, de su maldad la prueba;
Vuestro consejo en mi favor imploro.»
Y Séneca y Afranio se miraron
Y temblando los dos, los dos callaron,
Si por temor o por horror, lo ignoro.
¡Nada decís! y prosiguió el tirano:
«Compró sicarios por cortar mi vida;
A hierro muera; el hierro parricida
Hoy la justicia colocó en mi mano.» (26)

.....
.....

A la muerte de Judas
Cuatro sonetos traducidos de Vincenzo Monti

I

Arroja el precio vil; desesperado
El vendedor de Cristo al tronco asciende;
El lazo estrecha, y pronto abandonado
El yerto cuerpo de las ramas pende.
Rechinaba el espíritu encerrado
En son rabioso que los aires hiende;
De Jesús blasfemaba, y su pecado
Que el poder del Averno tanto extiende.
Salió de vado, al fin, con un rugido;
Aferrole Justicia, y con potente
Dedo en la sangre de Jesús teñido,
La sentencia escribió sobre su frente:
Sentencia de inmortal llanto infinido,
Y lanzó su alma al Aquerón hirviente.

II

Descendió el alma a la infernal ribera,
Y oyose gran rumor, ronco lamento;
El monte vacilaba, ondeaba al viento,
La carga en alto estrangulada y fiera.
El ángel que la seca calavera
Del Gólgota dejaba, en vuelo lento,
A lo lejos le vio, y en el momento
Con las alas veló su faz severa.
Los demonios el cuerpo conducían

Por el aire, y sus hombros encendidos
Al pecador de féretro servían.
Así, con estridores y alaridos,
El vagabundo espectro sumergían
De la Estigia en los valles maldecidos.

III

Después que recobrado el alma había
La carne y huesos que en la muerte arroja,
La gran sentencia apareció en la impía
Frente, en arruga transparente y roja.
A aquella vista, como débil hoja
La multitud infiel se estremecía:
Cual en las plantas que el Cocito moja,
Cual en el hondo lago se escondía.
Vergonzoso intentaba aquel precito
Arañando su rostro con la mano
Borrar la tersa marca del delito,
Más y más la aclaraba su afán vano:
Que Dios entre sus sienes la había escrito;
Ni sílaba de Dios borra el humano.

IV

Un estrépito en tanto resonaba
Que a Dite atruena en son alto y profundo;
Era Jesús que, redimido el mundo,
De Averno el reino a debelar bajaba.
El torvo pecador que le miraba,
Ni aun osó articular leve sonido;
El llanto de sus ojos descendido
Como lava de fuego le quemaba.
Fulguró sobre el negro cuerpo obsceno
La etérea lumbre y torva llamarada
Humeó al sonar el pavoroso trueno.

Puso entre el humo su fulmínea espada
La justicia: alejose el Nazareno,
Apartando de Judas la mirada. (27)

De morte reginae planctus

Plangit Hesperia dominam Reginam,
Planctus et luctus ubicumque sonant,
Turribus sacris concrepitant aera,
Moeror, tristitia super omnia corda...
Heu me! dolens plango.

Gemina maria littore ingemiscunt,
Et mare nostrum et Atlantis sinus;
Iberi cuncti Celtarumque cohors

Magna afficiuntur, miseri!, molestia.
Heu me! dolens plango.

Praeliis et ludis valida juvenus,
Senes, infantes, virgines nuptaeque,
Pauper et dives, princeps et mercator
Plangunt Reginae flebilem interitum.
Heu me! dolens plango.

Occidit decus, lumen et Iberiae,
Et pacis spes, et concordiae pignus,
Anima regia, corpore pulcherrima,
Nondum extinctis facibus jugalibus.
Heu me! dolens plango.

Vae tibi, Hesperia, hispanoque populo;
Turbine nigro obtenebratur coelum;
Quis Dei agnoscit vias aut consilia?
Populo nequam obscuratur lumen.
Heu me! dolens plango.

Christe, qui regis agmina coelestium,
Tutiores sedem tribue Reginae;
Preces exaudi conclamantis populi,
Surgat et alia immoritura lux.
Heu me! dolens plango. (28)

En el abanico de la mujer de Pereda

Por el perfume de azahar difuso,
El naranjo escondido se revela;
El pebetero con olor profuso,
Denuncia los tesoros que en sí cela;
El alma donde Dios su huella impuso
A otra alma rige y en sus obras vela;
Si en sus obras hay luz, paz y hermosura,
Es porque emanan de otra luz más pura. (29)

Fragmento de una oda

.....
Siempre la tierra odié seca y desnuda
Do la regia Madrid tiene su asiento;
Siempre al morir el perezoso día,
Volaba el pensamiento a mis montañas,
Envueltas, como vírgenes druidesas,
En el cendal de sus intactas nieves;
Y ver me parecía,

Cual célticos Titanes evocados
De los abismos de la mar rugiente,
Con el martillo de su Dios ingente
Para atajar el paso
Del procónsul latino
O del normando asolador pirata,
Las rocas de la orilla que hoy corona
Inextinguible y bienhechora lumbre.
Y aquel rumor solemne y majestuoso
Con que a la playa arroja
El mar del Norte los lejanos ecos
De las viejas baladas islandesas,
Con el gemir del náufrago mezcladas
O el grito triunfador del arponero;
Los mil reflejos de la luz quebrada
En los cristales fríos;
Los mil contornos de la niebla amiga,
Corona y manto del Cabarga férreo;
El grave casco de la nao britana,
Las ágiles traineras,
Cual banda de gaviotas,
Al expirar la tarde congregadas;
¡Todo hablaba a mi espíritu de lejos
Con honda y melancólica armonía! (30)

.....

Epístola al príncipe de los poetas
Traducción de una poesía latina del canónigo de León, Busto, a
Zorrilla

(31)

Pueblos y villas y sagrados templos,
Las del Cantábrico mar alegres playas,
Los campos de Vasconia, y los floridos
Huertos ornados de fragantes rosas,
Alcázares y claustros y ruinas
Cuanto en sí abraza la región egregia,
cuanto es solaz al viajador cansado
Lo recorriste tú, mi dulce amigo,
Con ilustre mujer de estirpe ibera,
Que te otorgó benigna el hospedaje,
Y con obsequio acompañó tus pasos
Docta y piadosa cual la musa Clío.
Ella arrancó de inspiración ardiente
Largo raudal a tu inflamado genio
Y de tu alma los inmensos dones
Ella supo aumentar. ¡Oh tú dichoso
Anciano ilustre, sin igual poeta
pasmado del mundo! ¿qué mayor fortuna
Te pudo acontecer? Si te guiaba

La ilustre nieta de los altos reyes
Que dieron a Aragón perenne gloria,
Y tú, iniciado en los arcanos todos
Que guarda el arte en mármoles y bronce,
Ante tu carro leve contemplabas
Maravillas del arte sucederse:
Antiguos templos, señoriales torres,
La rica pompa de la madre tierra,
Dando todo a tu excelsa fantasía
Digno alimento, y en el alma tuya
El júbilo sereno derramando
Fuente a la par de inspiración divina.
¿Qué te pudo faltar? De noche y día
Dulce solicitud en torno tuyo
Mostró del Conde la gentil esposa.
¿Por qué admirar que en tu vejez cansada
Con más vigor que en tus verdores mismos
Asciendas del Parnaso a la alta cumbre?
Si te inspira tan alta hospedadora
¿Qué sones tan eternos y robustos
No arrancarás de tu potente lira?
¡Genio divino! ¡Cuán radiante lumbre
Por tu amplia frente dilatarse veo!
Llena tu fama el universo; corre
A torrentes la miel desde tus labios.
Mas no hay ninguno entre tus regioes cantos,
Con que del orbe la atención empeñas,
Que triunfe en perfección y en hermosura
De aquel poema en que del grande Ignacio
Las glorias recordaste en sacros himnos.
No es lengua humana la que ensalza y pone
Sobre los astros a la estrella ibera;
Es lengua de ángel, y el amor la guía,
Y él suspira y alienta en sus canciones.
Si lengua humana realzar pudiera
O lengua más excelsa que la humana,
Al patriarca y al caudillo invicto
De la legión que por Jesús combate
Y con su santo nombre se decora,
Al que con suave acción y blando yugo
Y con santos consejos y enseñanzas
El mundo quiso convertir a Cristo,
Quizá más grande con los versos tuyos
El atleta cristiano resurgiera.
¡Vate feliz que a la virtud ofreces
Y a la piedad severa el homenaje!
Tú que en la flor de los risueños días
Cantabas ya de Dios, y cuanto debe
Amar, creer y venerar el hombre,
Y cantabas las obras de su diestra,

Y cuanto grande, augusto y admirable
Sembró por la amplitud del universo.
Esta senda que abriste, ínclito vate,
Ésta debes seguir; no te desvíes
Por más tortuoso y áspero camino.
Canta tu fe, tu religión, tu patria,
Dogmas celestes y hazañosos triunfos;
Canta de Dios los soberanos dones
Agradecido tú que tantos debes
A su bondad. El Dios Omnipotente
A quien alzaste tus primeros himnos
Hoy acrece las fuerzas de tu ingenio,
De tu cuerpo también, y te conserva
Hermosa y pura y juvenil el alma.
Vive, ¡oh poeta! edades infinitas.
¡Que tus años excedan a tus glorias
Y lograda del mundo la apoteosis,
Logra de Dios la triunfadora palma.
Y tú, salve también, oh dama ilustre
Que al vate ofreces protección y techo.
Tu nombre y tu blasón con voz de aplauso
Celebrarán las gentes venideras.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

